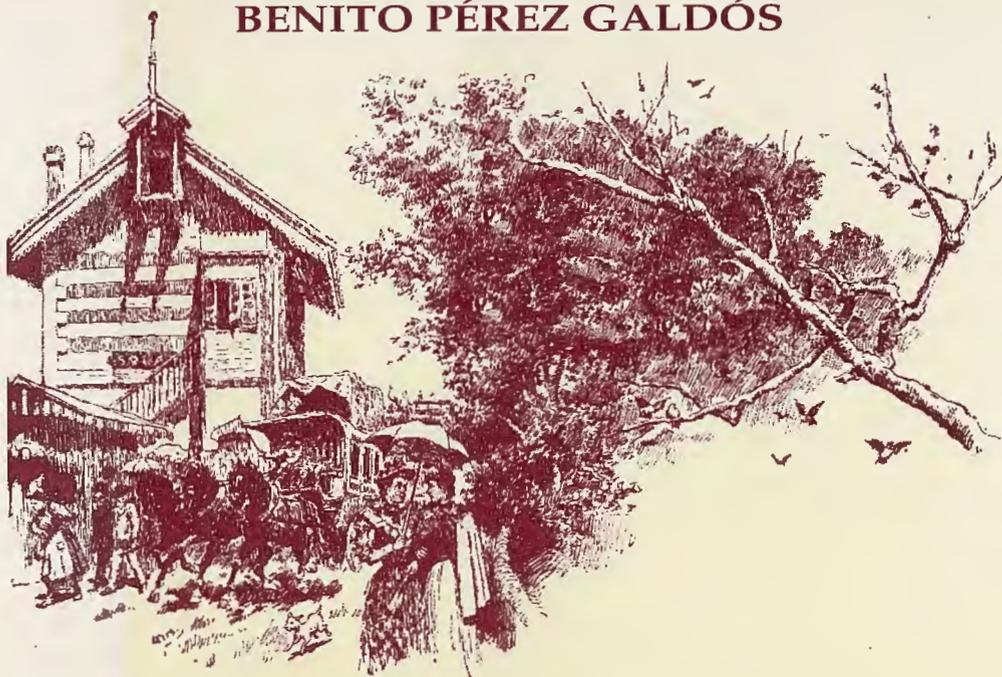




BENITO PÉREZ GALDÓS



C
UARENTA
LEGUAS POR
CANTABRIA
Y OTRAS PÁGINAS

Edición, prólogo y notas
Benito Madariaga de la Campa

Cuarenta leguas por Cantabria es un breve relato escrito por Galdós en 1876 como resultado de un viaje con su amigo José M^a de Pereda por la parte occidental de la región, con las impresiones de los pueblos visitados.

El cariño que sintió el novelista por Cantabria le llevó a escribir en numerosas ocasiones artículos e, incluso, novelas en los que aparecen escenarios santanderinos. Se trata de lugares vistos por este escritor, vecino de Santander en las temporadas estivales, con ojos de viajero curioso: Santillana del Mar, Comillas, San Vicente de la Barquera, Liébana, Santander y el Sardinero, Laredo, Cabuérniga y Ramales de la Victoria en ambiente de guerra carlista.

Cuarenta leguas por Cantabria forma parte de los textos que, unidos a los de Amós de Escalante, el Barón de la Vega de Hoz, Prudencio Sánchez, Tomás Morales, Ricardo León o José M^a de Cossío, entre otros, conforman la literatura sobre viajes por la región.

C
UARENTA
LEGUAS POR
CANTABRIA
A

Y OTRAS PÁGINAS

*Nuestro agradecimiento a los herederos
de Pérez Galdós por su permiso
para efectuar esta edición*

© 1996, de la edición, prólogo y notas:
Benito Madariaga de la Campa
para Historias de Cantabria.

EDICIONES TANTÍN

I.S.B.N.: 84-89013-039
Depósito legal: SA-35-1996

Diseño y maquetación: IKONO
Imprime: AMÉRICA GRAFIPRINT

BENITO PÉREZ GALDÓS

C UARENTA
C LEGUAS POR
CANTABRIA A

Y OTRAS PÁGINAS



Edición, prólogo y notas de
Benito Madariaga de la Campa



1.-PÉREZ GALDÓS Y SANTANDER

Benito Pérez Galdós nació en Las Palmas de Gran Canaria el 10 de mayo de 1843 en la casa que hoy alberga, en la calle Cano, el museo dedicado al escritor. Igual que sucedió con Pedro Antonio de Alarcón, fue el último de los diez hijos que tuvo, en su caso, el matrimonio formado por Sebastián Pérez Macías (1784-1871) y María Dolores Galdós y Medina (1800-1887).

Tal como han referido sus biógrafos, inició a los seis años sus primeros estudios en Las Palmas en la escuela de Luisa Bolt, de donde pasó al colegio de San Agustín de la misma ciudad para realizar, de 1853 a 1856, los cursos preparatorios del Bachillerato, que terminó cinco años más tarde, en 1862¹. De esa primera etapa juvenil confiesa que fue un niño enfermizo, tímido y nervioso². Curiosamente, la literatura, la música y el dibujo fueron sus entretenimientos favoritos, en los que sobresalió ya entonces y no abandonó jamás.

En septiembre de aquel año se embarcó con destino a la Península para cursar los estudios de Derecho en Madrid. La influencia de los krausistas se dejaba sentir, en esos momentos, en la Universidad española, donde tuvo de profesores a Fernando de Castro, Lázaro Bardón y Alfredo Camús. Sus clases y las frecuentes visitas al Ateneo modelaron su personalidad liberal, compartida también por sus amigos más íntimos. Ya entonces se advierte su fuerte vocación literaria, acrecentada a partir de su primer viaje a París en 1867, en que conoció la obra de Balzac.

Iniciado en el periodismo, decide escribir una novela, *La Fontana de Oro*, que publica en 1870 gracias a la ayuda económica de su cuñada Magdalena, por entonces viuda.

Al verano siguiente realiza su primer viaje a Santander y conoce a José María de Pereda. Mucho tuvo que gustarle la ciudad cuando, a partir de ese primer encuentro, decidió elegirla como sede permanente de sus veraneos. Su fácil comunicación con Madrid, su clima templado y fresco durante la época estival, la belleza singular del lugar y de la provincia y la acogida amistosa que le prestaron sus intelectuales le convirtieron, como él dice, en visitante habitual de Cantabria. A este respecto escribía en 1884: "(...) me será muy difícil ser com-

1.- Sebastián de la Nuez, *Galdós (1843-1920)*, col. "Guagua" (Las Palmas de Gran Canaria, 1983).

2.- "El Bachiller Corchuelo", "Nuestros grandes prestigios. Benito Pérez Galdós", *Por esos mundos*, núm. 186, julio 1910, pp. 27-56.



pletamente imparcial hablando de Santander y de los montañeses, por el mucho cariño que tengo a este pueblo, mi cuartel de verano, mi refugio contra el calor desde hace catorce años. Esto y los buenos amigos, la benignidad del clima y las repetidas expansiones del ánimo, han creado en mí una predilección especial que no puedo ocultar, y reconociendo las bellezas de toda la región cantábrica, pongo siempre en primer lugar las de esta provincia, así como en la preferencia que suelo dar a todos nuestros septentrionales, hago siempre una segunda selección en favor de los montañeses"³.

Se ha dicho que Galdós llegó a la capital montañesa atraído por la personalidad de Pereda. Si tenemos en cuenta que el encuentro fue casual y por iniciativa de éste, se puede poner en duda aquella intención, si bien es cierto que gracias al novelista de Polanco tuvieron prácticamente continuidad las visitas estivales de Galdós a Santander desde 1871 hasta 1917. Pereda fue un perfecto anfitrión, en este sentido, para Galdós. Le buscó sus sucesivos alojamientos de veraneo, le mostró la provincia y le presentó a los hombres más destacados del grupo intelectual santanderino. Pero no sería esto suficiente si no hubiera ido unido a la atracción que suponía para Galdós la fuerte personalidad de Pereda. Sin embargo, tanto sus temperamentos como sus aficiones e ideologías tenían más de divergentes que de complementarios. Pereda era un hombre de carácter complejo, en parte debido a la neurosis que padecía. Buen conversador, entrañable con sus amigos y temible polemista con sus adversarios. Xenófobo, contrario al espíritu moderno, centrípeto y regionalista, aunque alejado de separatismos, era un hombre amante del estilo patriarcal, políticamente tradicionalista, monolítico y carente de temperamento de partido. Su postura religiosa, también tradicional, tenía ciertos ribetes de intransigencia para aquellos postulados suyos que consideraba inamovibles. La literatura, a la que llevó todo su programa ideológico, significaba para él, como escritor, más un entretenimiento que un modo de vida. De aquí que fuera un trabajador periódico, con fases de pereza para escribir, como diría su amigo, el novelista canario.

En cambio, Galdós era un hombre introvertido, tímido, callado, frugal, para el que escribir era una necesidad. **Ruiz Conteras** le describe como una persona dulce, de espíritu analítico y exquisita sensibilidad. **Marañón** alude a su carácter bondadoso y profunda religiosidad. **Menéndez Pelayo** se refirió en la Academia a su "laboriosidad igual y constante", a "su imaginación creadora" y a su "conciencia religiosa". **Carmen Bravo-Villasante** le describe en sus distintas edades de la siguiente manera: "Desde el retrato juvenil hasta el retrato de la ancianidad tenemos todos los retratos físicos del escritor: hay retratos de Galdós escritor bien vestido, para la galería y retratos de Galdós viajero por España con la bufanda al cuello, el chambergo y su bastón, viajero de departamento de tercera que es como verdaderamente se conoce el país. Hay retratos de Galdós en su casa de San Quintín, aquí frente a la

3.- William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa" de Buenos Aires* (Madrid: Ed. Cultura Hispánica, 1973) 115. Carta del 5/X/1884.

4.- Para los retratos de Galdós, véanse: Shoemaker, W. H., "¿Cómo era Galdós?", en *Anales Galdosianos*, 1973, 5-21; Marañón, G., *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, novena edición, Madrid: Espasa Calpe, 1965, p. 96; Menéndez Pelayo, M., *Discursos leídos ante la Real Academia Española*, Madrid, 1897; Bravo-Villasante,

bahía de Santander, al aire libre, con las tijeras de cortar las flores del jardín o la podadera". "Todos estos retratos físicos -sigue diciendo **Carmen Bravo-Villasante**- tienen algo de común, una gran naturalidad, ninguna afectación y cierto ensimismamiento y dejadez. Galdós es el hombre que está pensando en algo"⁴.

Liberal en política y en religión, fue centrífugo y universal a partir de un profundo sentimiento nacional y persona abierta a la reforma y el progreso en todos los campos. Participaba de ideas europeístas y renovadoras, por lo que **Laín Entralgo**⁵ no duda en calificarle de "algo regeneracionista" en su literatura. En este aspecto, podemos decir que, como buen conocedor de la Historia de España, participó, en todo momento, de un programa renovador. Y cuando decidió intervenir activamente en política, lo hizo con honradez y patriotismo. Con Unamuno, Costa y Ramón y Cajal va a formar el grupo de regeneracionistas intelectuales interesados en promover un cambio en el país, al que se unen otros autores atraídos por esta tendencia. Pero Galdós dará un paso más al incorporarse al republicanismo y adoptar un programa político en favor de la enseñanza, el trabajo y la nivelación social y en contra del caciquismo, la clase aristocrática improductiva y la prepotencia clerical.

Pues bien, estos hombres tan dispares no sólo fueron excelentes amigos, sino que el ejemplo de su convivencia y mutua tolerancia se ha señalado siempre como un entrañable testimonio de comprensión y de diálogo entre estos destacados representantes de las llamadas dos Españas. Galdós no veía en Pereda a un oponente, sino a un discrepante. En aquellas múltiples conversaciones estivales, en las que no estaban ajenas las discusiones, eran mayores los puntos de acuerdo que las desavenencias. Y cuando éstas existieron entre ambos amigos, estuvieron siempre motivadas por cuestiones religiosas. En este aspecto, Pereda era inflexible y hasta este rincón de su ideología no llegaba la tolerancia. Quizás esta postura irreductible del autor de *Sotileza* ha servido, tal como lo expresa en sus escritos, para encasillarle como un hombre intolerante. Cierto es que sus contemporáneos e, incluso, sus amigos conocían bien esta faceta suya ultramontana. Sin embargo, aunque hoy la defensa de su doctrina nos parezca tenaz e intransigente, hay que mirarla con la perspectiva histórica del momento, en aquel siglo de los pronunciamientos y de las guerras civiles, en el que había un dominio de la jerarquía religiosa sobre las conciencias y la sociedad⁶.

Al año siguiente de su llegada a Santander, Pérez Galdós saludó un día al poeta Amós de Escalante, quien le presentó en la Plaza de Pombo a un anciano llamado Pedro Galán, antiguo grumete en la dotación del navío *Santísima Trinidad*⁷, que había combatido en Trafalgar contra los ingleses. Gran parte de sus relatos y observaciones sobre la vida a bordo del navío fueron trasladados después a las páginas del primer Episodio Nacional. En *La Primera República* vuelve a recordar su encuentro en Santander con el viejo marino gallego, nacido



Carmen, "Retratos de Galdós", *A B C*, Madrid, 17 de junio de 1978.

5.- Laín Entralgo, P., *Menéndez Pelayo* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1952) 20.

6.- Para conocer el pensamiento religioso de Pereda véase de Francisco Pérez Gutiérrez, *El problema religioso en la generación del 1868* (Madrid: Taurus, 1975) 131-180.

7.- El *Santísima Trinidad* era un navío de cuatro puentes y había sido construido en La Habana en

en El Ferrol en 1789. En este Episodio dice que embarcó en el *Nepomuceno* cuando en realidad fue en el navío citado.

Menéndez Pelayo⁸ dice que en 1871 Galdós hace su aparición en el mundo de las letras. En efecto, a partir de este año inicia la preparación de su primera serie de los *Episodios Nacionales*. El éxito alcanzado por estas "historias anoveladas", como las llamó **Menéndez Pelayo**, llegó a todas las clases sociales, hasta el punto de que el propio Alfonso XIII dijo haber recomendado su lectura a la reina consorte a su llegada a España.

Aparte de la documentación recogida en Santander para su primer Episodio, Galdós escribió en Cantabria algunas otras de las sucesivas series y un buen número de sus obras más importantes, tales como la segunda y tercera parte de *Ángel Guerra* (1890-91), *Nazarín* (1895), *Halma* (1895), *El Abuelo* (1897), *Cassandra* (1905), *El caballero encantado* (1909), etc.

En la actualidad, conocemos con bastante exactitud toda la producción literaria de Galdós fechada en Santander gracias a su costumbre de indicarlo al final de la obra, sobre todo a partir de su instalación en "San Quintín", en 1893. Pero por sus epistolarios y declaraciones sabemos, además, que, estando en Santander, preparó algunos otros libros, aunque luego no lo señalara a su terminación. Así ocurrió, por ejemplo, con *Electra* (1901), o cuando realiza el arreglo teatral de *Doña Perfecta* (1895), trabaja en *Los Condenados* (1895) o corrige *Luchana* (1899). El primer libro que fecha en Santander es el Episodio *Un faccioso más y algunos frailes menos*, en noviembre-diciembre de 1879, y lo último que hace es la preparación, en 1917, de las notas históricas para su tragicomedia *Santa Juana de Castilla*. En su querido y encantador rincón de La Magdalena, camino del Sardinero, en la villa "San Quintín", próxima a los cantiles rocosos donde su fantasía haría naufragar al vapor "Plantagenet" de *Gloria*, escribió las obras más importantes y la mayoría de su repertorio literario. En "San Quintín" estaba su casa de descanso, donde tenía la biblioteca y se sentía a gusto. A través de los ventanales de su despacho se divisaba el maravilloso panorama de la bahía, en un abanico paisajístico que comprendía los pueblos fronteros, encuadrados en el verde-gris de sus sierras y montañas. En 1895, en plena fiebre de trabajo, le responde a su amigo el doctor Tolosa Latour, que le reclama desde Madrid: "Iré lo más tarde posible, pues aquí se está en la gloria, y trabajo mucho y con provecho"⁹.

Pereda había sido, como hemos dicho, su guía en los recorridos por la provincia, que hicieron en su coche de caballos. Aparte del entorno de Torrelavega, por los pueblos de Polanco, Suances, Comillas y Santillana, que fue lo primero que conoció, en el mes de septiembre de 1876 realizaron, en compañía de Andrés Crespo, una excursión por la parte occidental de la provincia en un viaje que dio título a *Cuarenta leguas por Cantabria*.

En esas fechas había concluido en el mes de abril su novela *Doña Perfecta* (1876), obra en la que planteaba el problema de la discrepancia ideológica que, cuando no hay tolerancia, puede adoptar formas incluso violentas.

1769. Procedían del Real Astillero de Guarnizo (Cantabria) los navíos de guerra *Príncipe* (1729), *Santa Ana* (1732), *San Juan Nepomuceno* (1766), mandado por Churruca; *San Francisco de Asís* (1767) y el *San Agustín* (1769), todos ellos participantes en la batalla de Trafalgar. Ver, de Nemesio Mercapide, "Don Juan Antonio de la Colina Rasines y el navío *Santísima Trinidad*, dos gigantes del siglo XVIII", en *XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses*, Tomo I (Santander, 1976) 355-359. Ver también: Miguel de Asúa y Campos, *El Real Astillero de Guarnizo*, Madrid, 1925.

Es muy posible, o al menos eso sospechamos, que Galdós pudo encontrar en Santander algunos de los modelos que aparecen en la novela, aunque no fuera entonces ésta una ciudad integrista y fanática sino, por el contrario, liberal y en constante lucha contra las partidas carlistas que cometían desafueros en la provincia. Los habitantes de Orbajosa, topónimo que, según Galdós, proviene de la corrupción de "Urbs augusta", se distinguían por su hidalguía, nobleza y por ser patriarcales y hospitalarios. Les caracterizaba, igualmente, su antimadrileñismo, la crítica al krausismo y el ser piadosos y buenos cristianos. Estos hidalgos, orgullosos de su abolengo, presumen de antecedentes guerreros alusivos a las guerras cántabras en las que combatió el emperador Augusto, que da nombre a la ciudad. "Augusta" llama también don Cayetano en la obra a Orbajosa¹⁰.

Este es, posiblemente, el momento en que se inicia el conflicto en sus relaciones con el grupo santanderino, pese a la mistad que le une con ellos. A partir de ahora, Galdós va a llevar a sus novelas los temas de la intolerancia política y religiosa que separa a las personas, aún estando unidas por el amor, argumento que, visto bajo el prisma de la época, no gustó a Pereda ni a Menéndez Pelayo. Por su parte, el escritor de Polanco escribió el cuadro costumbrista de tipos populares titulado "Un sabio", publicado en el cuaderno número cinco de *La Tertulia*, que se repartió en Santander en octubre de 1876. En él planteaba Pereda, prácticamente, los mismos problemas de Pepe Rey en *Doña Perfecta*, si bien tratados desde una perspectiva contraria.

Esas relaciones amistosas en el trato con el grupo santanderino, se hicieron más discrepantes desde el punto de vista ideológico, a medida que Galdós fue publicando la que llama **Salvador de Madariaga** "su famosa serie anticlerical": *Doña Perfecta*, *Gloria* y *La familia de León Roch*.

Para entonces, Pereda debía de conocer muy bien la forma de pensar de su gran amigo, ya que al año siguiente, con motivo de la aparición de su novela *Gloria* (1877), entablan la famosa polémica epistolar. Pereda leyó la obra con detenimiento y pesadumbre y, como era de suponer dada su mentalidad, la calificó de "volteriana". No vamos a referirnos aquí con detalle, por ser bien conocido, al intercambio epistolar en el que, por supuesto, no llegaron a ponerse de acuerdo. A Galdós le interesaba saber la opinión del escritor de Polanco, porque de esta manera conocía cómo iba a juzgar su obra un sector importante de los lectores.

Intentó don Benito justificarse en sus cartas e, incluso, hizo una sincera confesión de su pérdida de la fe y de su carencia de malévolas intenciones anticlericales. Y, en efecto, así era, ya que trataba simplemente el problema de la intolerancia religiosa entre dos personas que se amaban. La reprimenda de Pereda molestó indudablemente al novelista canario, a pesar de que años más tarde confesara que aquellas riñas eran de su agrado.

Menéndez Pelayo, que se encontraba becado en Roma, tuvo conocimiento de la aparición de la obra a través de la versión remitida por Pereda. El erudito santanderino, que admiraba a don Benito y había acogido con entusiasmo la serie de los *Episodios Nacionales*, sintió pro-

8.- Opus cit., p. 43.

9.- Cfr. la carta 65 del 21 de octubre de 1895, en *Cartas entre dos amigos del teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós*, de Ruth Schmidt (Las Palmas: Edic. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1969) 94.

10.- Benito Madariaga, "Resonancias santanderinas en Doña Perfecta de Galdós", *Bol. Bibl. Menéndez Pelayo*, Santander, enero-diciembre, 1985, pp. 217-236.



fundamente la que calificó de "caída lastimosa" de su colega y amigo. Le pareció que *Gloria* era una desviación de manía teológica" y que Galdós estaba pisando un terreno heterodoxo. Así se lo hace ver a Valera en una de sus cartas (8/IX/79) y, de acuerdo con sus principios en aquella época juvenil de "ímpetu agresivo", como la llama **Marañón**, le incluyó con términos duros en su libro *Historia de los heterodoxos*, rozando, como dice el célebre doctor, "casi los límites de la cortesía"¹¹. Ya antes de dar este paso don Marcelino había censurado públicamente la novela en la crítica que hizo de *Tipos trashumantes* (1877), de Pereda. ¿A qué se debió, podemos preguntarnos, esta postura impugnadora de don Marcelino? No era esta obra de toda la serie de novelas de la primera época, la escrita con "más dureza sectaria", como diría después **Menéndez Pelayo**, pero sí la que

salió siempre a relucir en los ataques críticos del polígrafo. ¿Se debió a la gran influencia de Pereda? Hemos llegado también a pensar si le molestó, además, inconscientemente, aquel joven laico neocatólico, Rafael del Horro, que aparece en la novela. En estos años don Marcelino figuraba como ferviente valedor del catolicismo y le hacía en ciertos aspectos parecerse al joven Rafael del Horro, "defensor enérgico del catolicismo y de los derechos de la Iglesia". De cualquier modo, la realidad es que *Gloria* atrajo todas sus censuras y llegó a molestarle tanto como a Pereda.

Sin embargo, era ésta la primera novela de ambiente santanderino de don Benito. Ficóbriga, lugar donde transcurre la obra, nombre que habrá de repetirse en otros libros suyos, era un pueblo enmascarado de Cantabria. Más bien se trata de una mezcla de varios lugares: Simancas, Santillana, Comillas, San Vicente de la Barquera y Santander. En efecto, la Colegiata que aparece es la de Santillana del Mar y el castillo y la ría son los de San Vicente de la Barquera, uno de los pueblos del que se sabe tuvo judería¹². En la novela se alude, igualmente, al Consistorio y al cementerio de Ficóbriga, identificados con los de Comillas. De Santander capital aparecen en la obra el muelle de Manzanedo y la ensenada de El Camello, en cuyo arrecife hace naufragar al vapor. Junto a estos elementos utiliza bastantes términos marineros, algunos con valor de localismos santanderinos. Es fácil también advertir la filiación montañesa de ciertos personajes, como el cura de la villa, don Silvestre Romero, nacido en Liébana, Gasparuco y Sildo, etc. *Marianela*, publicada al año siguiente, en 1878, es la segunda obra de ambientación santanderina, si bien elige Galdós, en esta ocasión, como lugar del desarrollo las minas de calamina de Mercadal, dependientes entonces de la Real Compañía Asturiana. *Marianela* es hija natural de la Canela, una vendedora del mercado de Torrelavega (Villamojada en la ficción), alcohólica y suicida. El idilio de la pobre

11.- Opus cit. p. 98.

12.- "Los judíos cántabros", *El Diario Montañés*, 6 de noviembre de 1980. Ver también de Javier Ortiz Real, *Los judíos de Cantabria en la Baja Edad Media* (Torrelavega, 1985).

13.- Ortega, Soledad, *Cartas a Galdós* (Madrid: Revista de Occidente, 1964) 68.

14.- También habría que incluir en este grupo *Doña Perfecta* y su novela póstuma *Rosalía*, obra fallida publicada recientemente por Alan E. Smith (Madrid: Cátedra, 1983). Sobre *Rosalía* véase de Benito

joven con el ciego Pablo está mezclado con un fondo de reivindicaciones sociales que, a lo que parece, no advirtió Pereda en todo su significado, ya que escribe con este motivo a su amigo para darle su opinión religiosa con estas palabras: "No puedo ocultarle a V. el gozo con que he visto que en esta obra no se escarba la conciencia católica con las uñas del cristianismo al uso"¹³.

La vinculación santanderina de la novela es patente en el paisaje y los lugares que fueron reconstruidos con detalle. Como en otras ocasiones, Galdós introduce en la narración numerosos elementos cántabros, como la ligera descripción que hace de la casa montañesa, la referencia a la música popular del país, los ambientes ganaderos con establos, vacas y praderas o la utilización de voces del lenguaje popular.

Gloria y *Marianela* fueron las dos novelas santanderinas de las que se sirvió para dar a conocer una faceta de sus ideas religiosas y sociales¹⁴. Según los estudiosos de su obra, en ambas aparecen quizás retratados dos personajes sentimentales de su vida: Juanita Lund y Sisita, cuyos amores quedaron en recuerdo. En Santander tuvieron proyección sus relaciones con Concha-Ruth Morell, que tanto se aproxima a la protagonista de *Tristana*, historia en la que se debate el tema de la emancipación femenina frustrada, mujer que le inspira también la protagonista de *Electra*¹⁵. Y en Santander nació en 1891 su hija María, fruto de sus amores con Lorenza Cobián, natural de Bodes (Oviedo), de cuyo triste y accidentado fin tuvo posiblemente la primera noticia en Santander en julio de 1906¹⁶.

No fueron éstas sus únicas referencias a Cantabria. Así, en *El amigo Manso* cita a "la grandiosa Liébana" y a las nodrizas pasiegas y de Cabuérniga. En *Nazarín* menciona a la vaca holandesa, en una fecha en que aparecen las primeras importaciones en Santander de esta raza. En *Fortunata y Jacinta* se invoca al Cristo de Burgos, de amplia devoción y tradición religiosa en la Montaña, y en *Vergara y Amadeo I*, Galdós describe las últimas batallas importantes carlistas que se desarrollaron en Ramales y Guardamino; *El Abuelo* transcurre en una villa marítima del norte de España, llamada "Jerusa" y lo mismo *La de San Quintín*, designada en este caso como "Ficóbriga", fácilmente identificable con Santander, donde alude a la celebración de la festividad de la Virgen del Mar. En *Rosalía* aparecen las poblaciones cántabras de Castro Urdiales, Cabuérniga, Santillana, Laredo y, por supuesto, Santander. Pero es, sobre todo, en sus artículos en el diario *La Prensa* de Buenos Aires, donde abundan las referencias a Santander y, en general, a la región cántabra. Están tratados en estos artículos El Sardinero y la bahía de Santander, la catástrofe del vapor "Cabo Machichaco" y la amistad del autor con Pereda, a la que aludió también en sus Memorias y en el Discurso de la Aca-



Madariaga, *Alerta* del 17 de diciembre de 1983, p. 23 y de Laureano Bonet, *La Vanguardia*, 22 de diciembre 1983, p. 37.

15.- Benito Madariaga, "Concepción Morell en la vida y obra de Galdós", *Altazor*, nº 1, Santander, noviembre de 1992, pp. 62-73.

16.- Benito Madariaga de la Campa, *Pérez Galdós. Biografía santanderina*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1979.



demia. Pero, aparte de las descripciones de la tierra cántabra, Galdós, como hombre observador y perspicaz, retrata a los habitantes de esta región, a los que ve como gente de temperamento aventurero y comercial¹⁷, en un variado catálogo que comprende desde el aldeano astuto y pleitista o el marinero dotado de ruda nobleza, hasta los diferentes modelos de indianos e hidalgos. Mención aparte, ya que está sin estudiar, merece la utilización de vocablos del lenguaje popular montañés en toda su obra.

Apenas llegado a la ciudad, Galdós, junto al conocimiento de los lugares más típicos y característicos de la capital y provincia, empezó a conocer a los principales protagonistas de aquel foco cultural norteño.

A Menéndez Pelayo, de quien tenía referencias por haberle sido recomendada la publicación de un largo poema de éste titulado "D. Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja", debió tratarle hacia 1874. En 1877 llega José Estrañi a Santander en calidad de Redactor-jefe de *La Voz Montañesa* y se convierte en uno de sus inseparables en el verano santanderino siendo ya director de *El Cantábrico*. Pero en aquellas tertulias en la guantería y perfumería de Juan Alonso, en la redacción de *El Cantábrico* o en la velería y cordelería de Daniel Anavitarte, le fueron presentados hombres de muy distinta condición, como el librero Francisco Mazón, Atilano Lamera, José Ferrer, el poeta Ignacio Zaldívar, el Teniente Coronel Ricardo Aroca Cruz, el socialista Torralva Beci, el republicano Esteban Polidura y, por supuesto, todo el grupo de los amigos de Pereda. Galdós, hombre profundamente afectuoso y de "carácter dulcísimo", según **Ruiz Contreras**, no puso nunca condiciones a su amistad, si bien se advierte que su presencia en la ciudad le convirtió en la figura principal del sector de intelectuales liberales y republicanos¹⁸. Aunque Pereda y Galdós se vieran con frecuencia, mantenían sus tertulias separadas y con amigos diferentes.

Ambos grupos ideológicos coincidieron en las páginas de *La Tertulia* y después sostuvieron una estrecha relación, lo que no impidió el mantenimiento de sus respectivas posturas ideológicas. Así ocurrió con Galdós respecto a Menéndez Pelayo y Pereda o con éste respecto a Estrañi y el Dr. Madrazo.

En la comedia *Amor y Ciencia*, representada en 1905, Galdós creó un personaje que, a juicio de **Shoemaker**, representaría al célebre cirujano montañés Enrique Diego-Madrazo, médico personal del novelista, al que prologó el drama *Nelis* y del que fue su asesor teatral cuando obtuvo la contrata del Teatro Español¹⁹. A nuestro juicio, quizás esté mejor retratado en el médico de Ficóbriga, en *Gloria*, librepensador, que vivía en un pueblo oscuro, era amante de la naturaleza y acostumbraba a pasear "de cabaña en cabaña".

17.- Anónimo. "Cómo vio Pérez Galdós a los hijos de la Tierra", *El Cantábrico*, Santander, 26 de junio de 1923. Ver también "Santander" en *Fisonomías Sociales, Obras inéditas de Benito Pérez Galdós*, Prólogo de A. Ghiraldo (Madrid: Renacimiento, 1923) 39-49. Igualmente la colaboración en *La Prensa* de Buenos Aires, op. cit., p. 301.

18.- Benito Madariaga de la Campa, "Augusto González de Linares y el grupo institucionista de Santander", *Bol. de la Institución Libre de Enseñanza*, n° 6, Madrid, noviembre 1988, pp. 83-103.

El novelista, avecindado en Santander, se sintió a gusto en aquel ambiente intelectual de la ciudad y mucho más a partir de la estancia de su hermano como gobernador militar de la plaza desde 1878 a 1881. Después tuvo un nuevo aliciente al construir su casa de "San Quintín" en Santander. La ciudad correspondió con idéntico cariño hacia el novelista dando el nombre, viviendo él, de Paseo de Pérez Galdós a una de las calles que limitaba con su palacete. El vapor *Marianela* (170 toneladas, armador: Dóriga), gemelo del *Sotileza*, llevó el nombre de su personaje femenino por los puertos del mar Cantábrico y hasta se creó la marca "Añís Pérez Galdós". Pero junto a estas muestras de un afecto sentido de la provincia montañesa tuvo también aquí situaciones conflictivas ocasionadas, precisamente, por quienes no estaban dispuestos a la tolerancia.



Una de estas polémicas se originó en 1893 con motivo de un homenaje de la prensa y de sus amigos por el éxito resonante alcanzado con el estreno de *La loca de la casa*. En el mes de marzo se organizó un banquete al que asistieron cuantos reconocían su indudable mérito de primera figura de la literatura española. El homenaje se celebró con la ausencia significativa del diario ultramontano *La Atalaya*. En la organización figuraron dos de sus amigos más íntimos: Pereda y Estrañi. En el discurso final, Pereda hizo constar la calidad de santanderino de adopción y la admiración de todos los asistentes hacia el homenajeado. Respondió Galdós con un emotivo discurso en el que puntualizó su deseo de avecinarse ya definitivamente en Santander, a donde le atrajeron las bellezas naturales de la región y el grupo de amigos "felices ingenios -dijo- que son y serán siempre orgullo de la Nación"²⁰. La publicación, al día siguiente, de un artículo de José María Quintanilla, bajo el pseudónimo de "Pedro Sánchez", de la visita que después hicieron a "San Quintín", iba a suscitar inesperadamente una desagradable polémica. José María Quintanilla, amigo de Galdós, aludía sin malévola intención a la presencia en "San Quintín" de una mascarilla de Voltaire y entre sus libros al de *Le Socialisme contemporain* (Bruselas, 1881), de Emile de Laveleye. No se hizo esperar la respuesta mordaz de *La Atalaya*, a la que respondió *El Atlántico* en defensa del novelista. La polémica, en la que participó a favor también *El Aviso*, supuso durante varios días un inoportuno ataque de carácter clerical de los enemigos de Galdós a la serie de novelas, sobre todo de la Primera Época, calificadas de irreligiosas, según los argumentos utilizados por Menéndez Pelayo en *Los Heterodoxos*, quien no asistió al banquete por estar ausente. La disputa se fue enconando y tomó un carácter personal que llegó a molestar al propio Pereda, quien se lo hace saber a Menéndez Pelayo con estas palabras: "No te hablo del cisco

19.- Shoemaker, W. H., "Los prólogos de Galdós", en *Estudios sobre Galdós* (Valencia: Castalia, 1970) 192, y de B. Madariaga, *Pérez Galdós...*, op. cit., p. 139.

20.- Véanse "El banquete de ayer" en *El Correo de Cantabria* del 10 de marzo de 1893 y *El Atlántico* de la misma fecha. Ver también de Benito Madariaga, *Galdós en la hoguera*, Biblioteca San Quintín nº 1, Santander, Ediciones Tantín 1994.

armado aquí con motivo de nuestro banquete a Galdós, porque te supongo enterado de él y principalmente porque ya apesta"²¹. Galdós, hombre de condición pacífica y afable, acogió los resultados del homenaje sin ningún resentimiento. A los pocos días invitó a todos sus amigos montañeses a la inauguración oficial de su casa, ya en parte habitada desde el año anterior. En octubre de 1890 había adquirido el terreno y eligió para la realización del proyecto, del que él mismo hizo los bocetos, al arquitecto montañés Casimiro Pérez de la Riva. La construcción de "San Quintín", que en un principio no se llamó así, coincidió con sus primeros estrenos teatrales, que le proporcionaron unos importantes ingresos. La casa, con tres plantas, se abría en la primera a una hermosa huerta en la que tenía una curiosa representación de animales y donde plantó árboles frutales bautizándolos con los nombres de sus obras. Ya desde 1889 tenía proyectadas algunas de sus habitaciones, que fue decorando con gusto hasta convertir la casa en un verdadero museo. A su despacho le daban un encanto especial las vidrieras policromas, la biblioteca gótica y los estores con textos de los salmos bíblicos. Repartidas por la habitación había láminas, dibujos y acuarelas de las mejores firmas, de los ilustradores de los *Episodios* y de los pintores amigos. Allí tenía Galdós, gran melómano, un piano y un armonium, donde interpretaba música clásica. Encima del piano estaba colocado el retrato de Wagner, aunque su compositor preferido fuera Beethoven, cuyas sinfonías sabía de memoria. Una chimenea inglesa, decorada con azulejos del país y un exvoto marinero del siglo XVII, a modo de lámpara, completaban el decorado de aquel entrañable rincón. Contigua estaba otra biblioteca y el pequeño armario donde guardaba los manuscritos de *La Fontana de Oro*, los *Episodios Nacionales*, *El Audaz*, *Realidad*, *La desheredada*, *La de Bríngas*, *Fortunata y Jacinta*, etc. Pereda le había regalado el autógrafo de *La Puchera*. El dormitorio daba al mar y estaba amueblado con una cama de hierro, un armario-lavabo y una pequeña librería.

En un mástil solía poner las banderas con sus iniciales del código internacional de señales marítimas, con las que hacía saludos a los barcos que entraban en Santander. Años más tarde le confesaría a **González Fiol** que sus ideas republicanas enfriaron su amistad con los marinos y consignatarios de la Compañía Trasatlántica, quienes dejaron de dar respuesta a sus saludos. El distanciamiento llegó incluso hasta el punto de que sus obras fueron eliminadas de los barcos de la Compañía y pasaron después a un vapor de la Mala Real Inglesa.

Bajo el famoso pino de "San Quintín" y sentados en el banco de azulejos, que todavía se conserva, tuvieron lugar animadas tertulias en las que participaron los amigos y visitantes. Entre los más asiduos estaban Estraña, el Coronel Aroca, Torralva Beci, Policarpo Alemán, Enrique Diego-Madrado, el torero Machaquito, íntimo suyo, y su sobrino José Hurtado de Mendoza. Pero "San Quintín" tuvo la oportunidad de servir como punto de reunión de los correligionarios políticos de Galdós. En la nómina de visitantes figuraban escritores, periodistas, músicos y representantes del mundo del teatro, como Azorín, Emilia Pardo Bazán, Tolosa Latour, José Zahonero, Rodrigo Soriano, Margarita Xirgu o María Guerrero²².

21.- *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, prólogo y notas de María Fernanda de Pereda y E. Sánchez Reyes (Santander: C. S. I. C. y Sociedad Menéndez Pelayo, 1953) 139.

22.- J. R. Saiz Viadero, *Los visitantes de San Quintín*, Biblioteca San Quintín nº 2, Santander, Ediciones Tantín 1995.

En abril de 1885, Pereda, Galdós y Andrés Crespo realizan un viaje a Portugal en el que visitaron Lisboa, Cintra, Oporto y otros lugares de la nación vecina, excursión que interesó más a Galdós que a Pereda ²³.

A partir del estreno de *Electra* (1901), obra escrita en Santander, y cuyas resonancias políticas y religiosas no llegó a adivinar Galdós, se advierte una radicalización de sus ideas, en parte debido a las impugnaciones del clero español. *Electra* obtuvo un éxito apoteósico e imprevisto y fue utilizada como estandarte de los movimientos anticlericales que se sucedieron en cuantos lugares se representaba. No fue Santander una excepción. A los pocos días del estreno se organizaba una manifestación en la capital que tenía por objeto depositar una corona de laurel en "San Quintín", en cuya cinta se leía: "Al autor de *Electra*". El 12 de febrero de 1901 se celebraba la segunda manifestación santanderina, ésta de carácter violento, ya que iba dirigida contra los conventos y residencias de religiosos. Pereda, una vez más, le escribe para felicitarle y deplorar las que llama "algaradas anacrónicas" y no le faltaba razón, esta vez, en lo que decía. Las representaciones de *Electra* se acompañaron, en cada población, de tumultos y manifestaciones anticlericales en las que se tocaba el Himno de Riego, La Marsellesa y el Trágala, canción con la que los liberales provocaban a los absolutistas en el primer tercio del siglo. Pero lo grave eran las alteraciones del orden público, que terminaban en los conventos, sobre todo de jesuitas, a pedrada limpia. En Santander los carmelitas, atemorizados, tuvieron que saltar por las ventanas a la huerta contigua. Y lo más curioso es que todo esto no era del agrado del autor de *Electra*, hombre pacífico y, en el fondo, religioso.

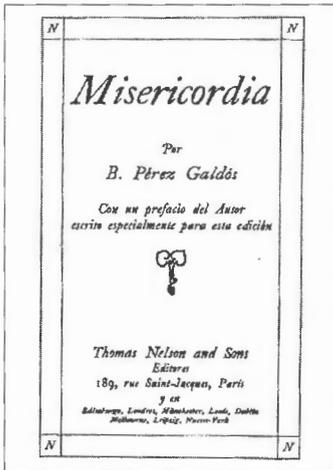
La presencia de Menéndez Pelayo el día del estreno en Madrid y el hecho de que aplaudiera la obra le valieron la crítica malévola del periódico integrista *El Siglo Futuro*, donde se leía al otro día: "Y Menéndez Pelayo, representación del liberalismo conservador, se va a aplaudir cuantos desatinos se le ocurren a don Benito contra el espíritu católico, y el mayor de todos ellos, que es suponer que los católicos liberales, condenados por la Iglesia, y cuantos vicios condena la moral cristiana, son la representación genuina del espíritu católico" ²⁴.

Ya unos años antes, las opiniones de Menéndez Pelayo sobre la obra de Galdós habían variado sustancialmente, tal como dejó constancia en 1897 en el discurso de contestación a la entrada de Galdós en la Academia. La elección de académico de la Lengua no fue nada fácil para el escritor canario, a pesar del tenaz empeño de Valera y Menéndez Pelayo. Por su parte, don Benito no demostró tampoco muchas ganas de preparar la candidatura, sabiendo quizás la posición adversa para él, ideológicamente, de la mayoría de los académicos. Accedió al fin a presentarse en 1888 y fue derrotado de una forma humillante por Francisco Andrés Commelerán, catedrático de Latín en el Instituto Cisneros de Madrid. Hasta la sesión del 13 de julio de 1889 no entraría el autor de los *Episodios* en la Academia y cerca de ocho años tardaría en leer su discurso de recepción académica. Hombre tímido y de voz apagada, hizo un discurso de "brevedad sentenciosa" leído de tal forma que, como decía **Rodríguez Mourelo**, "no lo hubiese hecho peor un chico de la escuela" ²⁵. Sin embargo, era sumamente interesante en su contenido. Por su parte, Menéndez Pelayo realizó una extensa

23.- B. Madariaga, *Pereda. Biografía de un novelista*, Santander, Estvdio, 1991.

24.- *El Siglo Futuro*, 31 de enero de 1901, pp. 1 y 2.

25.- Ruiz de la Serna, E., "Los personajes de Galdós", *Estampa*, 22 de octubre de 1929.



e interesante exposición de los valores de la producción literaria del nuevo académico y aprovechó la ocasión para retractarse públicamente (palinodia la llama **Dámaso Alonso**) de los juicios incluidos sobre el autor de *Gloria* en su libro juvenil *Los heterodoxos*. Catorce días después hacía su entrada en la Academia José María de Pereda, promovido por unanimidad el año anterior, y le contestó Galdós con un simpático discurso en el que sintetizaba la historia de una vieja amistad discrepante, que brindaba como ejemplo a los colegas del mismo oficio²⁶.

Con el nuevo siglo aparece un segundo Galdós, más comprometido política y religiosamente con los problemas del país. Aunque adopte una postura regeneracionista, no comparte el pesimismo de la Generación del 98 y confía en la capacidad de recuperación del pueblo español. Por entonces colabora con los escritores jóvenes en las revistas *Vida Nueva*, *Revista Nueva* y *Alma Española*

la y escribe obras regeneracionistas como *El caballero encantado* (1909).

El teatro le sirve de vehículo para hacer llegar al pueblo sus inquietudes sociales. Así, en *La de San Quintín*, trata del problema de la fusión de las diferentes clases sociales y en *Alma y Vida* Galdós traspone al siglo XVIII algunos de los conflictos que se viven en esos momentos. Por medio de elementos simbólicos se aborda el reparto de la tierra, la reforma agraria y el caciquismo, pero el público apenas si captó la intencionalidad del autor. En *Casandra*, el escritor canario vuelve a tratar el problema del clericalismo y en *Celia en los infiernos* la forma de una mejor distribución de la riqueza.

Su actitud política avanzada y el tratamiento social de su teatro, que rompía con los moldes tradicionales anteriores, le acarrearón la enemistad de los sectores más reaccionarios del país. Pero ello no mermó el inmenso sentido patriótico de Galdós, su afán de reformar o, más bien, aleccionar al pueblo con sus escritos y, tampoco, su participación política como republicano y miembro destacado de la coalición republicano-socialista. Él mismo lo explicaba con estas palabras: "Cada cual tiene su forma personal de transmitir las ideas. La forma mía no es la palabra pronunciada, sino la palabra escrita, medio de corta eficacia, sin duda, en estas lides. Pero como no tengo otras armas, éstas ofrezco y éstas pongo al servicio de nuestro país"²⁷.

En 1907 había hecho declaración pública de republicanismo y del deseo de contribuir con su pluma y con su conducta a promover los cambios necesarios que los grupos regeneracionistas estaban siempre intentando con su crítica dura y agria. El ilustre habitante de "San Quintín", a partir de este momento, se compromete políticamente a intervenir en todos los actos de tal carácter celebrados durante el verano en Santander. El acercamiento al grupo socialista e incorporación a la coalición republicano-socialista, de cuyo Comité Ejecutivo fue Presidente, se debió más a su admiración por Pablo Iglesias que a un cabal conocimiento de la doctrina del partido. En este primer año *El Cantábrico* difunde la figura de Galdós político y reproduce el discurso de su texto leído en el Centro Repu-

26.- Véase al respecto nuestro opúsculo *Menéndez Pelayo, Pereda y Galdós: ejemplo de una amistad*, Santander: Estudio, 1984.

blicano de Madrid. Al año siguiente, en 1908, interviene con discursos que se leen en los mítines de Barcelona y San Sebastián. La palabra escrita de Galdós -ya que casi nunca actuaba como orador, para lo que no reunía condiciones- se escucha en cuantos lugares de España el partido organiza actos públicos políticos, por lo que recibe al verano siguiente en Santander la felicitación del Comité del Partido Republicano. En 1910 se estrena *Cassandra*, con la asistencia de representantes de todos los partidos y redacta el texto de la campaña anticlerical, que se celebra también en Santander.

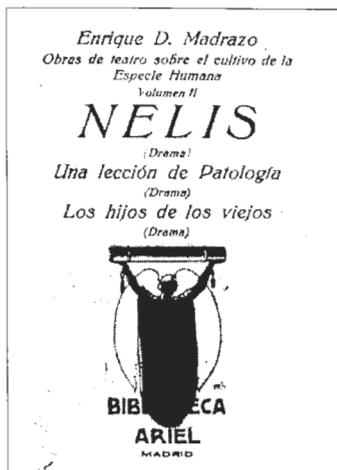
Las dificultades en la visión, que comenzó a advertir en 1904, le obligaron a operarse de cataratas en el ojo izquierdo el 25 de mayo de 1911. El enorme tamaño de su cristalino, que no pudo extraerse, y la inflamación que le sobrevino hicieron que la operación realizada por el Dr. Márquez no le devolviera la visión normal. Un año más tarde se operaba del ojo derecho. La arterioesclerosis localizada en los vasos del ojo agravaron el proceso que fue evolucionando hasta quedarse prácticamente ciego. Ya en 1910, al escribir *Amadeo I*, se había visto obligado a dictar la obra.

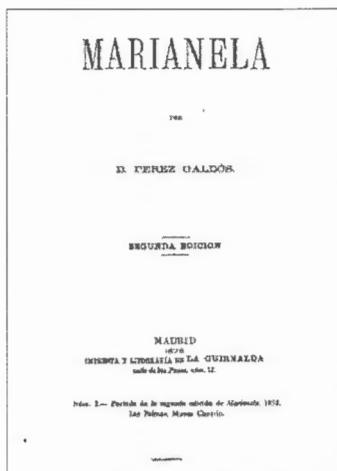
En plena actividad política, surge en 1912 de nuevo y con más fuerza la idea de presentar a Benito Pérez Galdós para el Premio Nobel, ya intentado en 1906. Con este motivo se entabla una contienda entre los grupos defensores de Menéndez Pelayo y de Galdós como presuntos candidatos al Premio de la Academia sueca. Una vez más se dio el enfrentamiento de las dos Españas, representadas por dos figuras igualmente grandes y positivas: a Galdós le apoyaron las izquierdas y a Menéndez Pelayo las derechas. Los Agustinos y el Obispo de Jaca, Antolín López, se pusieron de parte del novelista; más bien, no se pusieron en contra suya, lo que ya era bastante. El error grave e inconcebible estuvo en la disgregación de criterios y, en lo que era aún mucho peor, en que las campañas nacionales y locales en favor de Menéndez Pelayo atacaran, como indigno para el Premio, al autor de la serie de novelas y dramas considerados anticlericales. Contaba **Miguel de Unamuno** que, según testimonio del bibliotecario de la Academia sueca (Comité del Nobel), era raro el día en que no se recibían cartas y telegramas oponiéndose a la concesión del premio a Galdós.

Como apuntó **Jacinto Benavente**, con ello no se logró otra cosa sino dar ante el mundo un lamentable ejemplo de divisiones e intolerancias²⁸. El hecho de que un grupo de diputados llevara al Congreso la lista de las adhesiones a don Benito motivó la reacción de los partidarios de Menéndez Pelayo. Aquella competencia, de trasfondo político-religioso, no podía beneficiar a ninguna de las dos figuras presentadas. Fueron los dos candidatos los más sensatos y serenos de todos, ya que no contendieron personalmente ni se quejaron jamás en sus escritos. En Santander, por supuesto, *El Cantábrico* y *El Diario Montañés* tomaron la defensa, respectivamente, de Galdós y Menéndez Pelayo. Pero en esta ciudad tuvo más partidarios Menéndez Pelayo y apoyaron su candidatura el Centro Católico Montañés

27.- Carta del 6 de abril de 1907, reproducida por *El Cantábrico* el día 8 con el título: "Galdós republicano", p. 1.

28.- "Galdós y el Premio Nobel. Lo que dice Benavente", *El Cantábrico*, 1 de marzo de 1912.





y La Propaganda Católica de Santander, cuyo documento de adhesión fue suscrito por las organizaciones religiosas más importantes, periódicos de derechas y comunidades.

Como resultado de esta competencia a nivel nacional, no se otorgó el Premio a ninguno de los dos candidatos. Menéndez Pelayo murió en ese año y Galdós intentaría, ya en vano, resucitar en los años siguientes la presentación de su nombre, contando con la colaboración de Ramón Pérez de Ayala, pero la causa estaba perdida definitivamente, ya que la Academia de Estocolmo no atendió entonces a un escritor contra el que se habían levantado protestas en su propio país. Y Pérez Galdós y España se quedaron sin un merecido y claro Premio Nobel. Sin embargo, según **Ortiz Armengol**, de haber continuado las propuestas se le hubiera concedido el Premio, aunque fuera cuando la Academia

recibió el mayor número de telegramas de protesta contra Galdós²⁹.

En 1914 es elegido diputado por Las Palmas. La imagen del anciano novelista, con 71 años, es de un hombre ya encorvado y ciego que dicta sus escritos y se hace acompañar de su fiel sirviente Rubín o de su sobrino. Recibe visitas, conversa en sus tertulias de "San Quintín", pasea, escucha música y, sobre todo, escribe como si fuera, y de hecho lo era, una norma invariable de disciplina. De aquí que **Unamuno** dijera que "trabajó a lo último como un jornalero"³⁰. Sus amigos más queridos habían ido muriendo. Primero Amós de Escalante, el poeta exquisito, como le llama; luego Pereda y, finalmente, Menéndez Pelayo. El autor de miles de páginas, el renovador de la novela y del teatro de su tiempo entraba a partir de ahora en un mundo de tinieblas y de recuerdos, sólo acompañado por muy pocos amigos. Los años y los achaques van mermando sus facultades de escritor. En el verano de 1915, en que se entrevista con el Rey en el Palacio de la Magdalena, le había dicho a **Barrio y Bravo**: "No puedo, no puedo hacer apenas nada con estos dichosos ojos, que son mis tiranos. Lo que yo quisiera hacer he de aplazarlo forzosamente, no sé hasta cuándo. Ahora tengo que contentarme con dictar cosas cortas"³¹. Por eso se había sentido incapaz de realizar la adaptación teatral de *Marianela*, que encargó, primero, a Valle Inclán y, años más tarde, al no cumplir éste la promesa de hacerla, a los hermanos Álvarez Quintero.

La obra se estrenó en Madrid en el Teatro de la Princesa el día 18 de octubre de 1916. Al verano siguiente la representaba Margarita Xirgu en el Teatro del Gran Casino del Sardinero de Santander y después en Torrelavega, escenario de la obra. Como si presintiera que era su despedida, Galdós acompañó hasta allí a los tres hermanos Álvarez Quintero y a un grupo de amigos y visitaron las minas de Reocín, cuya descripción aparece en la novela *Marianela*. Cuentan que cuando oyó recitar en escena a Margarita Xirgu las palabras de la pobre niña, a la que él llamaba su nieta, no pudo contener en cierto momento su emoción y exclamó sollozando: "¡Nela! ¡Nela!".

29.- Pedro Ortiz Armengol, "Aproximación de Galdós al Nobel", *Actas del Quinto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos* (1992) I, Madrid, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995, pp. 7-15. Item: Pérez Galdós. Biografía Santanderina, pp. 243-250.

También en ese verano tiene lugar una conmovedora y unilateral despedida del Rey Alfonso XIII al anciano maestro. Al pasar el coche del monarca frente a "San Quintín", y ver asomado al novelista en su terraza le saludó repetidamente con la mano. Pero don Benito no pudo percibir aquel saludo cariñoso y sus ojos nublados continuaron mirando hacia un imaginado paisaje, el de su querido Santander.

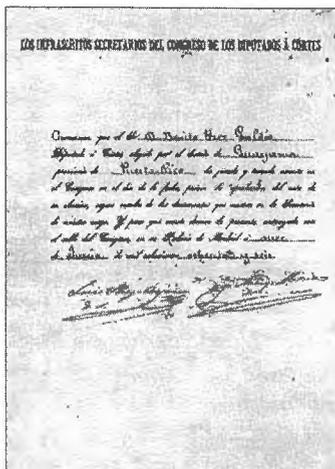
Todavía permaneció Galdós unos días en Santander recogiendo material para su obra *Santa Juana de Castilla*. El día 29 de septiembre de 1917 salía por la noche en el Correo de Madrid para no regresar nunca más a Santander.

Al verano siguiente, por prescripción facultativa, se le impidió ya viajar y Marañón tampoco se lo había aconsejado el año anterior a su muerte, acaecida cuando estaba próximo a cumplir los setenta y siete años, una fría madrugada de 4 de enero de 1920 en su domicilio de la calle de Hilarión Eslava, sin apenas haber dejado de escribir. El pueblo de Madrid, del que había sido su historiador, le rindió un último y emotivo homenaje popular.

A partir de la ausencia de Galdós de Santander, la finca de "San Quintín" no tenía razón de ser para la familia, que debía afrontar los gastos de dos casas. Ya en los últimos años del novelista se pensó en su venta y conversión en un museo de recuerdos galdosianos. La oferta en las mejores condiciones se hizo al Ayuntamiento de Santander. *El Cantábrico*, desde el primer momento, apoyó la idea de transformar aquella casa que contenía toda su biblioteca, parte de la correspondencia y los manuscritos originales de sus obras en un Museo y Biblioteca que llevara el nombre del ilustre autor de los *Episodios Nacionales*.

La idea y la propuesta eran inmejorables, pero los titubeos, la falta de presupuesto, a pesar del informe favorable de la Comisión Municipal de Hacienda, así como motivos político-religiosos y, sobre todo, la falta de visión cultural de los gestores responsables, convirtió lo que era un problema de urgencia en una tramitación crónica, que desde 1919 hasta después de terminada la guerra civil, fue arrastrando el proyecto de la llamada Casa-Museo de Galdós. Las gestiones se hicieron con la Monarquía, la Dictadura de Primo de Rivera, la República e, incluso, después, con el régimen franquista. Una vez más, Santander dio un ejemplo histórico de falta de decisión y de unidad en sus criterios. No faltaron estímulos e ideas favorables, se formaron Patronatos y hasta se tomaron acuerdos indicadores de una buena intención, pero "San Quintín", como ya había vaticinado *El Cantábrico*, pasó a otras manos.

En 1920 escribía este periódico: "Adquirir esta finca es una obligación que impone a Santander la gratitud, tanto como la admiración, porque algún día nos sacarían "los colores a la cara" si nos dijese que habíamos permitido que la casa de Galdós, con todo lo que contiene, cayese en poder de algún veraneante que habría empezado por vender los libros, por



30.- Cfr. su discurso en la velada necrológica en el Ateneo de Salamanca en marzo de 1920. En tomo IX de sus *Obras Completas* (Madrid: Escelicer, 1971).

31.- Barrio y Bravo, J., "Salón Pradera. *El Tacaño Salomón*. Comedia en dos actos, de don Benito Pérez Galdós", *El Cantábrico*, 29 de julio de 1916.

deshacerse de los muebles, por anunciar una almoneda para satisfacción y lucro de las prenderas³². Las cosas no sucedieron así, pero en parte se cumplió el triste pronóstico del periódico. La consulta de las actas municipales demuestra que los que votaron contra Galdós en la cuestión del Premio Nobel lo hicieron también después de su muerte. Así, el Ayuntamiento rechazó la oferta de adquirir un cuadro de Galdós al pintor retratista canario Juan Carló y se negó a la Sociedad de Fomento y Turismo de Gran Canaria la ayuda que solicitaban para el monumento a Pérez Galdós³³.

En 1927 J. Warshaw publicaba una carta de la familia Galdós, concretamente del hijo político de éste, con la que pretendía salvar toda responsabilidad respecto al destino que pudieran tener la casa en el futuro. "En cuanto a la finca de Santander -escribía Juan Verde- conocida ya como Casa-Museo Pérez Galdós, se la ofrecimos al Ayuntamiento, Diputación y al Estado, mediante el pago del valor único de la finca, cediendo nosotros gratuitamente los manuscritos originales de las obras literarias, dibujos, pinturas, armas, muebles de despacho, biblioteca y dormitorio, en fin, todo cuanto encierra de valor. Por falta de dinero en dichas entidades no ha sido ya adquirido y declarado monumento o Museo Nacional". Y añadía estas palabras, que tristemente habrían de cumplirse: "... Tal vez algún día nos veamos precisados a vender la finca a algún particular"³⁴.

El político Juan José Ruano de la Sota se interesó vivamente por la adquisición de "San Quintín" por parte del Ayuntamiento de Santander, y con ese objetivo escribió a los concejales y funcionarios relacionados con el tema para que votaran a favor de la propuesta. Aunque la Comisión Municipal de Hacienda informó favorablemente el expediente y la compra se trató en la sesión del 24 de enero de 1920, la negociación se fue retrasando hasta entrar en punto muerto. Este año, el abogado de la familia lo había tasado todo en 400.000 pesetas, cantidad que en 1930, cansada la familia de tantas promesas y esperas, había rebajado a 280.000. Se habló de una suscripción y, en último caso, de abonarlo mediante obligaciones del Municipio, pero el mal estado económico del Ayuntamiento y la escasa intuición de lo que aquella compra significaba para Santander, impidieron su rápida realización. Con la llegada de la República se pensó que cambiaría la situación. La Gaceta de Madrid del 22 de octubre de 1932 publicaba una Ley facultando al Ministro de Instrucción Pública para adquirir la casa y destinarla a Museo y Biblioteca. Creado un Patronato para este fin, tuvieron lugar numerosas reuniones con el Ayuntamiento y la Diputación. Se decía en la prensa que en la decisión había influido la reciente fundación en Santander de la Universidad Internacional. La propuesta al Parlamento para el proyecto de Ley fue presentada por los diputados en Cortes Manuel Ruiz de Villa y Bruno Alonso. El proyecto de la adquisición de la casa de Galdós se aprobó, al fin, por la Cámara en octubre de ese mismo año. Pero las gestiones se fueron retrasando hasta el verano de 1936 en que se daba por seguro el acuerdo que se propuso hacer realidad Domingo Barnés, ministro entonces de Instrucción Pública.

El 16 de julio de ese año se reunió el Patronato en la Biblioteca de Menéndez Pelayo con asistencia de Enrique Sánchez Reyes, Valentín Azpilicueta, Ernesto del Castillo, Elías Ortiz de la Torre y el Secretario de la Universidad, Pedro Salinas. Por fin, el Ministerio y los herederos de Galdós aceptaron las cláusulas del acuerdo. "El Patronato, o algún delegado del mismo, hará en breve entrega al Estado de la finca de "San Quintín" y el Estado librará -informaba *La Voz de Cantabria*- la cantidad de 100.000 pesetas para llegar después al total de los 50.000 duros. La entrega de referencia se hará, probablemente, durante la estancia de don Manuel Azaña en Santander, para dar más realce al acto"³⁵. Pero la declaración de la guerra civil española anuló para siempre aquella gestión cultural. Después, Enrique Sán-

chez Reyes intentó inútilmente la continuación de lo pactado con los vencedores, para lo que se entrevistó con el entonces ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, pero no consiguió que pasara al patrimonio de la ciudad la casa y el archivo literario de uno de los más grandes escritores europeos del siglo XIX.

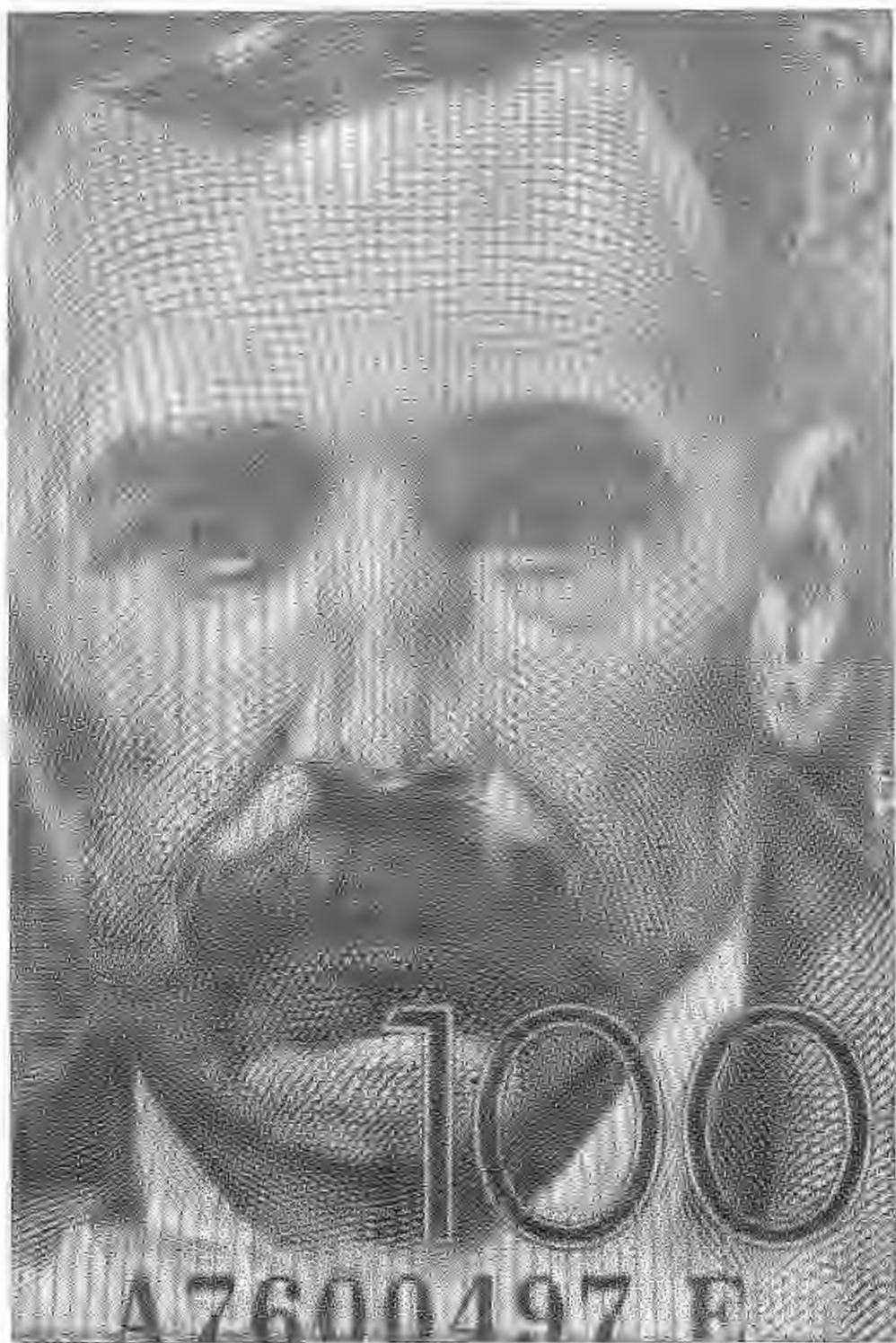
Al ser adquirido "San Quintín" por un particular desapareció el primitivo edificio y sus muebles y documentos fueron trasladados, en gran parte, a Las Palmas, no sin grandes dificultades y gracias al empeño del Cabildo Insular de Gran Canaria.

32.- *El Cantábrico*, 8 de enero de 1920, p. 1.

33.- Sesión del 13 de febrero de 1920, folio 166 y del 7 de mayo de 1921, folios 123-24.

34.- J. Warshaw: "La casa Museo de Galdós ¿en venta?", I *La Voz de Cantabria*, Santander, 8 de diciembre de 1927, pág. 1. Ver también el capítulo de "La proyectada Casa-Museo de Galdós en Santander", en *Pérez Galdós. Biografía santanderina*, de Benito Madariaga, pp. 293-301. Igualmente, del mismo autor, en colaboración con Celia Valbuena, *La Universidad Internacional de Verano en Santander (1933-1936)* (Madrid: Ministerio de Universidades e Investigación 1979) 38-40.

35.- *La Voz de Cantabria*, 17 de julio de 1936, p. 8.



BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

2.-EL VIAJE POR CANTABRIA

Con el fin de que su entrañable amigo Galdós conociera la provincia, organizó Pereda en el verano de 1876 una excursión en la que también participó Andrés Crespo Quintana, un distribuidor de géneros coloniales establecido en la Plazuela del Progreso¹.

El viaje se limitó, en principio, a las comarcas próximas a Torrelavega, en la parte occidental de la provincia, procurando no dejarse en aquella rápida visita los pueblos más destacados que se encontraban en el itinerario, tales como Santillana del Mar, Cóbreces, Comillas, San Vicente de la Barquera, Cabezón de la Sal, etc. y se extendió hasta las tierras más lejanas de la agreste y bellísima Liébana².

Fue una excursión rápida, apresurada, de pocos días, en la que Galdós fue tomando datos con las impresiones y noticias del recorrido, con idea, posiblemente, de publicarlos. Sin embargo, el proyecto era bastante comprometido, ya que existían antecedentes de libros y Guías sobre Santander y su provincia que trataban ampliamente el tema desde los puntos de vista histórico y literario, como lo habían hecho, entre otros, Antonio María Coll y Puig (1875), José Antonio del Río (1875) y, sobre todo, Amós de Escalante en el excelente libro *Costas y Montañas* (1871) y el Barón de la Vega de Hoz con *Apuntes para la Historia de San Vicente de la Barquera*, cuya primera parte se había publicado en Madrid en 1875. He aquí la razón por lo que se advierte un cierto pudor o temor por parte de Galdós a tratar después el tema y así se lo escribe a su amigo Pereda, una vez aparecido el comienzo:

"Cuando quedé libre puse la mano a *Cuarenta leguas por Cantabria*, que había empezado ya y que estaba a medias, y no puede V. figurarse lo que he padecido para darle una forma aceptable sin poderlo conseguir.

"Al principio había pensado darle una forma novelesca introduciendo paisajes y episodios que hicieran hacendera esta literatura..., que es insoportable cuando es enteramente descriptiva, pero no pudiéndolo conseguir, quité todo lo que había hecho en este sentido y he dejado la descripción pesada. Es del género turista, género cursi, totalmente insulso, como decía aquel paisano mío, dueño de la *Equidad Recompensada*.

"De veras le aseguro a V. que me avergüenzo de que mi firma vaya al pie de una cosa tan mala. Para mayor desgracia, perdí el papel en que hiciera aquellas ligeras apuntaciones que V. secundara, y no he tenido más guía que mi flaca memoria. Todos los nombres están equivocados. Es tan detestable el fondo como la forma, llena de incorrecciones. Como a pesar de esto (insiste) en ponerla en *La Tertulia*, se la enviaré a V. en pruebas o en pliegos sueltos (sale en la Revista de hoy, 28), para que la corrija y le enmiende los nombres, y le quite y le ponga todo lo que crea conveniente. Ojalá la dejara V. en tal estado, que no la conociera el padre que la engendró"³.

Con el título de *Cuarenta leguas por Cantabria (Bosquejo descriptivo)* se publicó el relato por primera vez en los números 210 y 212, en la *Revista de España* de Madrid. Al final, el autor fecha su conclusión en diciembre de 1876.

1.- José María de Pereda. "Don Andrés Crespo", *El Atlántico*, 4 de marzo de 1886, p. 1.

2.- Véase sobre este viaje el cap. VII en nuestro libro *Pérez Galdós*, ob. cit., pp. 125-131.

3.- Carta del 28 de noviembre, en "Veintiocho cartas de Galdós a Pereda", por Carmen Bravo-Villasante, *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 250-252 (Madrid, octubre 1970-enero 1971) 10.

Cuando Pereda recibió la primera parte de la publicación hizo ver a su compañero y amigo que no había motivos para mostrar descontento, ya que el trabajo tenía un especial encanto literario y le había gustado, incluso, a Menéndez Pelayo. El 6 de diciembre se lo comunica así a Galdós:

"Como señal de buen agüero, pocas horas después de llegar, recibí la *Revista de España*, en la cual tuve el regaladísimo gusto de leer la primera parte de sus *Cuarenta leguas por Cantabria*. Una de dos, amigo mío, o V. extrema, por modestia, su desconfianza o yo he perdido toda noción de estética, como ahora se dice. Dígolo porque a la vez que V. insiste en que ese viaje le da pesadumbres y parece abochornarse de firmarlo (recuerde lo que le dije en mi anterior acerca de los desacuerdos entre autores y lectores), yo creo que es lo más salado y chispeante que ha salido de su pluma. Aquello de Santillana no puede tener rival en el género; y sólo son comparables a ello esas deliciosas caricaturas de G. Doré que tanto abundan en una edición que yo tengo de *Les contes drolatiques*, de Balzac, con la ventaja sobre éstas de que en la de V. se moja el lector y se siente el húmedo contacto del musgo, y el rumor del regato y el de la gente de otros siglos, y tiritita en la abadía, de frío y miedo. Para que todo sea original en el cuadro, hasta en el modo de tirarse V. de pechos al asunto sin preámbulo ni bordaduras, estuvo V. atinadísimo. Es una verdadera obra de arte la descripción de Santillana, y le repito que en mi concepto, no puede hacerse nada tan vivo, fresco y retozón con la prosa castellana. Cuantos aquí lo han leído opinan como yo (incluso Menéndez), y los que, como nosotros, conocen las famosas Gargantas, esperan con afán que llegue V. a ellas.

"Tal es lo que contesto a la exposición de razones que V. me presenta contra ese cuadro en la carta del 28; o lo que es lo mismo, el tribunal de jueces de acá falla: que el autor de las *Cuarenta Leguas*, al decir lo que ha dicho sobre su propia obra, no sabe lo que se dice. Añádole ahora, que pondré el mayor esmero en corregir (sic) cuantos errores de memoria tope en la lectura, como por ejemplo, enterrar a Santa María en vez de Santa Juliana, suponer dudoso su martirio, que es auténtico, en vez de poner en duda la traslación de su cuerpo a Santillana, llamar Framalón a Tramalón, etc. En lo que pienso meter un poco la hoz es en el párrafo de las monjas un poquillo recargado de irreverencia, que acaso, y aún seguramente, ha de hacer mal efecto en pueblo fósil. Pienso, si V. no se opone, suprimir el parrafito que empiezan "allí están las pícaras"⁴.

No parece que debió de convencerle mucho a Galdós la aprobación y alabanzas de sus amigos santanderinos y en carta a Pereda del 2 de diciembre le informa sobre la segunda parte del relato y del inmediato envío de las pruebas para su corrección. Le confiesa en ella que no ha sacado al tema todo el partido que ha podido, debido a que fue "escrito a empujones" y mandadas las cuartillas de dos en dos a la imprenta. "En cuanto a lo que V. me dice de la primera parte, conozco demasiado su benevolencia para no atribuir a ellas las lisonjas... Desde luego creo que la poetisa de Comillas lo hubiera hecho peor; pero *Las cincuenta leguas* (sic) no merecen (figurar) entre las verdaderas obras literarias (...) y no contiene nada que no sea muy sabido"⁵.

4.- Soledad Ortega, *Cartas a Galdós* (Madrid: Revista de Occidente, 1964) 43-44. Subrayados míos de los títulos.

5.- Carta del 26-XII-76, en Carmen Bravo-Villasante, o.c., p. 12.

6.- Salvador García Castañeda, "Galdós en Santander: sus colaboraciones en *La Tertulia* y en la *Revista*

En el mismo año en que aparecía publicado el viaje en la *Revista de España*, de Madrid, se reproducía también en la revista santanderina *La Tertulia*, de la que era director Francisco Mazón⁶.

El bosquejo descriptivo del viaje fue acogido en la provincia de una forma muy desigual. Si bien era cierto, como había advertido José María de Pereda, que tenían un indudable encanto poético, pese a su brevedad, también era verdad que al final Galdós, posiblemente cansado del tema, le daba por concluido precipitadamente con *Basta*, corto epígrafe final que supone un cerrojazo al viaje, dejando fuera sus impresiones de Treceño, Cabezón de la Sal, Casar de Periedo, Barcenaciones, Quijas y otros pueblos del recorrido. Incluidos estos lugares, hubiera sido una de las mejores Guías de la provincia sobre esa parte del occidente montaños. Así lo reconoce el propio Pereda: "Insisto en lo que le dije de la primera parte de sus *Cuarenta Leguas*. Del resto añado, con igual franqueza, que pasa V. muy deprisa por las Gargantas, y que desaira a Cabezón y su hermoso Valle cerrando el libro antes de llegar a él"⁷. El viaje hay que considerarlo, entonces, como un testimonio de cortesía de Galdós hacia aquellos amigos que le habían servido de acompañantes y cicerones y que le habían mostrado algunos de los pueblos más seductores y bellos de Cantabria.

La narración de Galdós tiene interés por la fecha en la que se sitúa, con su prosa poética, que llama del género "turista", entre los románticos y los "noventayochistas". Tal como advirtió Pereda, hay páginas de gran belleza, por ejemplo cuando describe el claustro de la colegiata y su vinculación con la muerte, junto a otras en las que define los entonces pueblos lejanos de Cantabria describiendo sus características y paisaje. Los escritores de la "Generación del 98" encontraron en él un precursor y, coincidiendo con ellos, escribió Galdós sobre los pueblos castellanos en los prólogos que puso a los libros de viaje de José María Salaverría (1907) y Emilio Bobadilla (1912).

Comienza el viaje por la descripción de Santillana del Mar. El ojo del escritor se comporta como una cámara fotográfica que nos descubre y revela los rincones y lugares más atrayentes de este pueblo. Con un lenguaje propio de los relatos de viaje hace una reconstrucción del espíritu de la villa centenaria, dormida en la historia de los siglos. La visión poética de Galdós es insuperable y constituye la mejor guía para quien quiera comprender, de una manera abreviada, el estado entonces de sus callejas, de sus edificios y monumentos, de sus blasones... **Lafuente Ferrari** ha escrito que Galdós fue el descubridor literario y prematuro de Santillana⁸. Pérez Galdós nos hace una sugestiva descripción de los rincones de Santillana, que entremezcla con delicadas alusiones paisajísticas. El mérito de este breve relato se cifra en el aire misterioso que sabe dar a la que llama "villa difunta", con olor a humedad y a cementerio, a la que rodea de tonos, luces y colores fantasmagóricos, propios de un mundo de sombras, con los que traza unas pinceladas maestras que sirven de introducción a la visita de la Colegiata.

El novelista se detiene en la descripción de la Abadía, la austera y bella Colegiata y de su valioso claustro, para pasar revista de una manera breve, como viajero apresurado, al palacio de Casa-Mena con su importante biblioteca.

Cántabro-Asturiana (1876-1877)", *Anales Galdosianos* XIV (1979) 125-129. Sobre F. Mazón, ver nuestra biografía santanderina de Galdós.

7.- Pereda, o.c., p. 46.

8.- *El libro de Santillana* (Santander: Diputación Provincial, 1955) 23.

Resulta curioso cómo la impresión de Galdós sobre Santillana coincide con la de Antolín Esperón cuando la visitó en 1848, quien se refiere al aislamiento de la célebre villa y a su silencio, que le hace suponer al forastero "que está en medio de un cementerio", particularidad señalada también, después, por otros escritores⁹.

Suponemos que fueron las alusiones de Galdós a la soledad de Santillana y al abandono de "tanto caserón viejo", las que motivaron que el Marqués de Casa-Mena se quejara al escritor por suponer que hablaba mal de Santillana en su relato y hasta se pensó contestar al novelista para devolver al pueblo el supuesto prestigio perdido. En carta a Pereda, en marzo de 1877, se defendió de esta acusación diciendo que "no esperaba haber ofendido a los Santillaneros que sin duda esperan que los viajeros han de ver en aquel puntilloso pueblo un Londres por lo grande, un París por lo bello, un Roma por lo monumental y una Sevilla por lo alegre".

Es lamentable que para entonces no estuviera abierta al público la cueva de Altamira, ya que en ese año Sautuola había realizado su primera visita y descubierto las pinturas de la quinta galería¹⁰. El comentario del escritor canario hubiera tenido, sin duda, un gran valor histórico y artístico. Sin embargo, se refiere a la excursión a unas grutas cercanas a Comillas, que suponemos fueran la de La Meaza, y Las Cáscaras, ambas todavía sin interés prehistórico.

Alfoz de Lloredo es el segundo pueblo en el que se para el novelista para hablar de los jándalos y de la influencia meridional de esta zona, en la que los naranjos de Novales recuerdan Andalucía. Pero también vieron Cóbreces, Toñanes y Ruiloba, y se acercaron hasta la playa de Luña, frecuentada ya entonces por bañistas. Aparte de su dedicación a la agricultura, Alfoz de Lloredo era, en aquellos años, una comarca que explotaba minas de zinc y de hierro. El monte Tramalón le parece a Galdós un remedo de Sierra Morena, aunque sin bandoleros románticos y peligrosos.

De aquí continuaron viaje a Comillas, cuya visión, con sus casonas, el mar y el aspecto alegre de sus gentes, le produjo al novelista una grata impresión. "Comillas -escribe- es uno de los pueblos más cultos de la costa cantábrica y de los más morigerados y trabajadores". Destaca entre sus monumentos el Colegio, la Parroquia y el Ayuntamiento. También a Pereda le era Comillas un pueblo muy querido por traerle recuerdos de su niñez, ya que había pasado temporadas en casa de su primo Domingo Cuevas. En *Escenas Montañesas* dedicó unas páginas a la villa de los cuatro arzobispos, si bien años después lamentaba que "el espíritu moderno" hubiera cambiado su fisonomía. Ya para entonces la industria minera de hierro y de zinc tenía plena vigencia y su puerto exportaba la calamina, aunque se advertía la decadencia que ya mostraba la villa en sus pesquerías, en el comercio y en sus expediciones indianas. En *Gloria*, Galdós parece aludir al cementerio de Comillas, al que describe en este viaje como "una injente mole de piedra que fue iglesia y hoy parece que es cementerio".

En su itinerario llega hasta San Vicente de la Barquera y recorre sus "empinadas calles" que le conducen hasta la iglesia, donde los viajeros pudieron contemplar el templo y la

9.- Antolín Esperón, "Impresiones de viaje. Santander y provincias vascongadas", *Seminario Pintoresco español*, núm. 29 (Madrid, 21 de julio de 1850) 229. También Manuel Llano se refiere a la Santillana agrietada, "apacible de silencio y ancianidad", *Artículos en la prensa montañesa* (Santander: Diputación Provincial, 1972) II, p. 543. En este mismo sentido, Luis Redonet escribe: "Muy de notar es también, como peculiarmente característico de Santillana del Mar, el fenómeno asimismo observado, entre otros publicistas, por Pérez Galdós y Ricardo León, de que no se ve gente, de que no hay nadie, de que nadie

bellísima estatua yacente del inquisidor Antonio del Corro. "La expresión y belleza son tales, que el observador se detiene instintivamente y aguarda con ansioso afán a que el revelando levante la marmórea cabeza y aparte del Libro los ojos sin pupila para mirarle a él". Fue entonces, según cuentan, cuando Pereda se dirigió al Inquisidor y mostrándole a don Benito, le dijo: "¡Ahí le tienes!... ¡Échale a la hoguera!"¹¹.

Lo primero que llama su atención al llegar al pueblo es la visión de las marismas de la Rabia, que le parecen tristes y solitarias, lo que contrasta con el "incomparable panorama de San Vicente".

Siguiendo la costa hacia el oeste llegaron a orillas del Nansa, cuya desembocadura origina el puerto de Tinamenor. La otra ría, en la desembocadura del Deva, Tinamayor, le parece también triste, aun contando con la presencia airosa de un par de pataches que dibujaban su silueta en el horizonte. En Unquera cenaron y pernoctaron en el parador del francés Blanchard, si bien el ruido de aquel mesón, con trazas de venta, debió de dejar en vela a los fatigados viajeros. De Unquera tomaron rumbo a Peña Mellera, región de la que sólo describe la belleza del valle y cuenta la anécdota del ingeniero que cambió en San Pedro de las Vaderas el itinerario de la carretera para conducirla, de manera absurda, bajo la ventana de la casa donde vivía una joven de la que estaba enamorado.

El deseo de conocer Liébana les hace pasar por Panes sin detenerse, "porque la atracción de la Hermida, irresistible como el vértigo de los abismos, nos llama hacia adelante". Galdós describe magistralmente el ambiente agreste de aquel paraje limitado por el río y el enorme murallón de la montaña. Dice que excita su imaginación el sublime espectáculo y, en efecto, la descripción bien merecía completarse con un grabado de Gustavo Doré. Al recorrer la garganta de La Hermida, a la que define, a causa de su largo y estrecho camino, como "esófago de la Hermida", el lector tiene la sensación de haberse enfrentado a un espectáculo imponente de la naturaleza. En esta zona, de la que dice **José Antonio del Río** que "no entra el sol desde el 26 de octubre hasta el 28 de marzo", son frecuentes los desprendimientos de grandes piedras que ruedan hacia el río, llamadas por los lugareños "lágrimas de San Pelayo", a causa de existir un santuario dedicado a este santo entre los roquedos que rodean el pueblo¹². Distante cuatro leguas de Potes, tiene fama el manantial antirreumático de aguas termales que era utilizado en la temporada desde primero de junio a últimos de septiembre por más de mil usuarios. Galdós y sus acompañantes contemplaron Lebeña y pasaron por Cillorigo hasta llegar a Potes, a la que llama "villa ilustre y señora de estos adustos lugares". En este pueblo, al que otorga una fisonomía leonesa, encuadrada en un marco de picos nevados, nos presenta sus productos agropecuarios, que le han dado fama: sus viñedos que producen un chacolí tan "fresco y puro como el de Burdeos", los jamones que superan, a su juicio, a los de Westfalia e igualan al de York y el picante queso lebaniego, comparable al mejor Roquefort. Galdós fue el mejor propagandista de las excelencias de los productos comestibles de Liébana. Se puede decir, con justicia, que realizó la

nos mira ni se asoma a las ventanas para vernos pasar", *Santillana del Mar. Monumento histórico-artístico nacional* (Madrid, 1943) 23. Ver también *Costas y Montañas*.

10.- Marcelino Sanz de Sautuola, *Escritos y documentos*, Edición de Benito Madariaga (Santander: Inst. Cultural de Cantabria, 1976) 20.

11.- J. Montero, *Pereda* (Madrid, 1919) 375.

12.- *La provincia de Santander* (Santander, 1875) 186-191.

primera tipificación y denominación de origen de estos alimentos, entre los que menciona también los populares garbanzos con los que se prepara el cocido lebaniego.

Cita Galdós entre los nativos célebres de Liébana a Jesús de Monasterio, pero se olvida del Dr. Santiago González de Encinas¹³, Gerónimo Mateo de la Parra, Francisco de Potes, el Padre Celis, obispo que fue de Segovia y, sobre todo, de Rafael Floranes. Resulta extraño que no visitaran Santo Toribio de Liébana, pero ello hubiera exigido una prolongación de este viaje realizado en coche de caballos por el camino más transitado de la carretera general.

La vuelta se realizó prácticamente por el mismo camino; pernoctaron en Panes y, pasando por San Vicente de la Barquera, cogieron la ruta del valle de Cabezón que, lamentablemente, no describe. Aquí se acaba el viaje, como si el narrador se hubiera cansado de escribir el relato descriptivo, tan difícil para un extraño, del recorrido por esta tierra riquísima en contrastes, monumentos y bellezas naturales que es la de Cantabria.

3.-OTRAS PÁGINAS

En la presente antología referente a Santander y su provincia hemos añadido a *Cuarenta leguas por Cantabria* otras páginas con artículos de Pérez Galdós que se publicaron en el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, y en *Fisonomías sociales*.

Santander fue para el novelista una de las ciudades de su preferencia, elegida para los veraneos, que compartió con Las Palmas de Gran Canaria, donde transcurrieron casi 19 años de su vida, y con Madrid, lugar de su residencia habitual.

Con el tiempo, el novelista fue conociendo la provincia y sintió una gran atracción por sus gentes y el paisaje, que contrastaban con el de Canarias. El Sardinero, Laredo, Comillas, Liébana, Ramales, etc. aparecen en estas páginas. Las batallas de Ramales durante la guerra carlista, con el encuentro de Maroto y Espartero, conforman una de las visiones históricas de la provincia de Santander en el siglo XIX.

13.- En 1887, Galdós se refirió al Dr. Santiago González de Encinas en un artículo publicado en *La Prensa*, de Buenos Aires (edic. W. Shoemaker, pp. 218-219).

14.- Ver las páginas 298-306, 347-350, 375-378, 395-400 y 429-433, donde incluyó todo el texto en XII apartados.

15.- Cfr. el 23 de marzo, 13 de abril y 7 y 21 de septiembre de 1901, pp. 1 y 2.

16.- Para un conocimiento de la bibliografía sobre el novelista canario puede verse: Manuel Hernández Suárez, *Bibliografía de Galdós* (Las Palmas: Edic. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1972) 465-467 y "Bibliografía galdosiana" por Luciano E. García Lorenzo, en *Cuadernos Hispanoamericanos* n° 250-252 (Madrid, octubre 1970, enero 1971, pp. 758-797. La referente a Santander aparece en *Pérez Galdós, biografía santanderina* (1979) 429-457, de Benito Madariaga y Celia Valbuena.

17.- Yolanda Arencibia, en *La lengua de Galdós* (Estudios sistemático de variantes en Galeradas), (Canarias: Consejería de Cultura, 1987) analiza con detalle las correcciones, rectificaciones y variantes del novelista referidos al Episodio *Zamalacárregui*.) 366.

4.-EDICIONES

Cuarenta leguas por Cantabria (Bosquejo descriptivo) se publicó por primera vez, como hemos dicho, en *Revista de España*, tomo 53, en los números 210 y 212 de 1876, y está fechado su final en Madrid en el mes de diciembre de ese año.

Con objeto de ofrecer a los montañeses la posibilidad de conocer este relato de viaje, volvió a publicarlo Galdós en la revista *La Tertulia* de ese mismo año¹⁴, corregido ligeramente por Pereda. La parte correspondiente a Santillana del Mar la utilizó para sus colaboraciones periodísticas en *El Imparcial*, de Madrid, el 26 de diciembre de 1882, en *La Diana* del 22 de enero de 1884 y en *El Liberal* del 14 de julio de 1893. En 1894 le concedió autorización a Díaz de Quijano para publicar este relato, pero no hemos visto ningún ejemplar.

El texto completo volvió a reproducirse en *Revista Portorriqueña, I* (1888) y alguno de los cuadros descriptivos en *El Eco Montañés*, de 1901¹⁵.

Las numerosas correcciones que hizo el autor en el texto en septiembre de 1879 se mantuvieron en posteriores ediciones en la Biblioteca de Viajes de Ortega y Munilla (Madrid, 1895), la Biblioteca Mignon, en *Santillana*, con ilustraciones de Moreno Rodríguez (Madrid, 1905); en *Memoranda* (1906) y en sus *Obras Completas*¹⁶. El texto reproducido en *El Eco Montañés* es idéntico al de *La Tertulia*. En todas las ediciones figura el error inicial de escribir Lobeña por Lebeña, incluso en la citada revista cántabra.

Muerto el autor, han aparecido diversas ediciones totales o parciales de *Cuarenta leguas por Cantabria*, entre ellas la de Ediciones Giner, *Recuerdos y Memorias* (1975), con un prólogo de Federico Sainz de Robles; la publicada por el Ayuntamiento de Santander en 1989, con prólogo nuestro, y la de Biblioteca *Alerta*, con presentación de Juan G. Bedoya (Santander, 1993).

5.-VARIANTES

Al publicar por primera vez *Cuarenta leguas* en la *Revista de España*, cometió el autor algunos errores debido a anotar mal los nombres locales, por no conocer aquella zona de la provincia. Así, cotejando esta edición y la segunda, publicada en *La Tertulia*, vemos que escribe Val de Cabezón por Valle de Cabezón; Toñana por Toñanes, Framalón en lugar de Trama-lón o Luaño en vez de Luaña.

En la página 199 de la edición príncipe, figuraba este párrafo dedicado a la curiosidad de las monjas, que fue suprimido en la segunda por Pereda y que Galdós aceptó. Decía así:

"Allí están las pícaras, detrás de su falaz reja. Desde que el torno del coche produce, al bajar la cuesta, el áspero rumor de la rueda sujeta, ya no estamos seguros. La negra pupila de la monja curiosa nos ha visto, nos ha contado: ya se sabe en todo el convento de Regina Coeli o de San Ildefonso, cuántos somos, y si alguno de nosotros lleva en el traje o en cualquier otra parte de su persona particularidades dignas de ser notadas y comentadas por la comunidad".

También fue corregida la parte en que se refiere a los sepulcros de Santillana, al poner equivocadamente el nombre de Santa María por el de Santa Juliana y suprimió la frase que decía: "a quien muchos tienen por apócrifa" (p. 204 y 303 de la primera y 2ª edición).

Igual ocurre con los nombres de las familias de la comarca de Comillas, a las que denomina comillaseras y que cambia por comillanas. También corrigió, al describir el puente de San Vicente de la Barquera, su nominación romana y puso del siglo VI. El resto son cambios de signos de puntuación o de erratas ortográficas (paisage= paisaje; crugías= crujías; home-nage= homenaje, etc.).

En las correcciones realizadas en *La Tertulia* figuran también los siguientes cambios: les vemos= los vemos; agonioso= angustioso; agriétara= agrietara. Idéntico sucede con erratas de imprenta: tupor= estupor; plaza= playa.

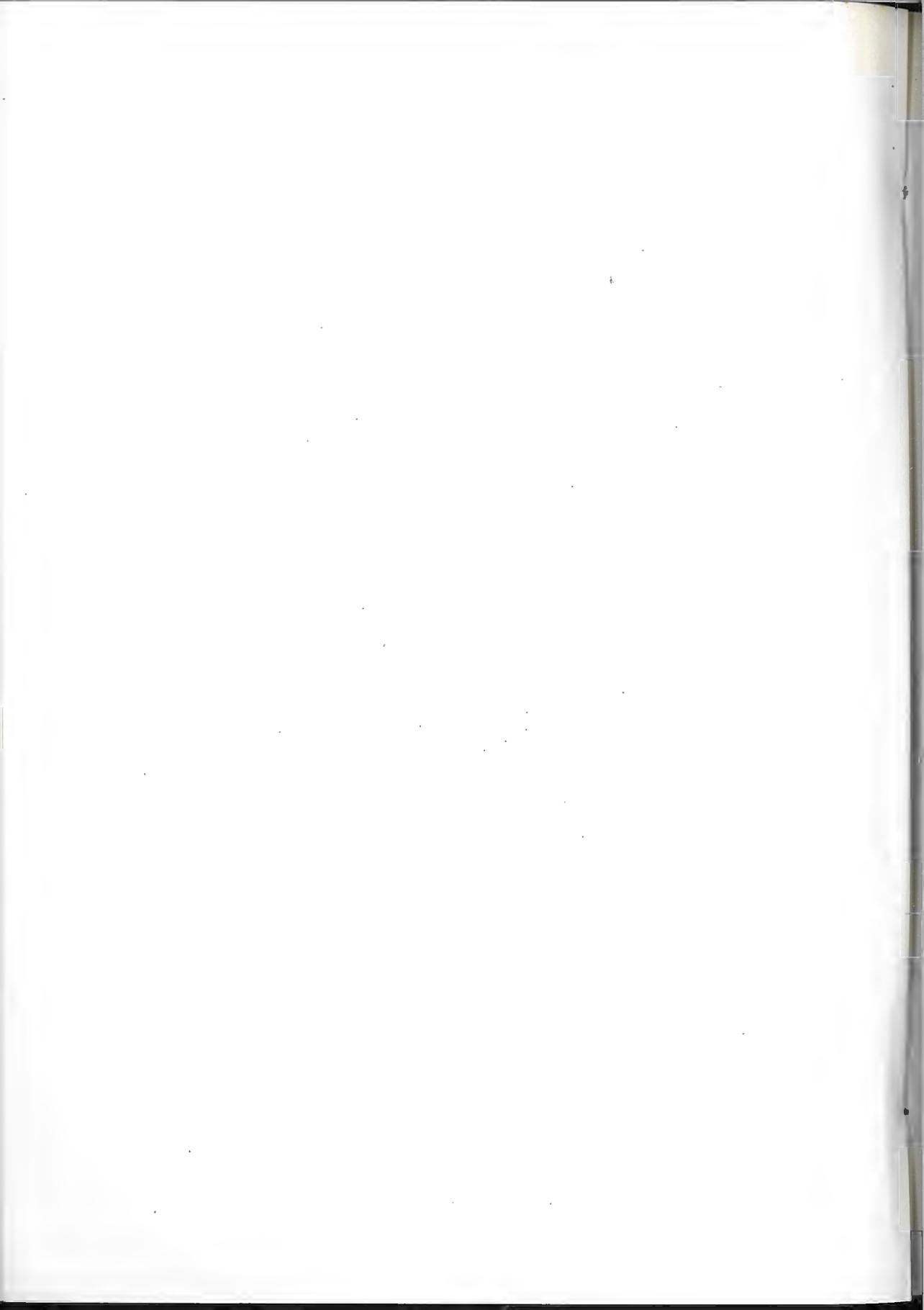
Mayores fueron las enmiendas en ediciones sucesivas, como puede verse en las presentes variantes anotadas en el texto al contejar el de las obras completas con el publicado en Santander en la citada revista. Pero cuando se observan las galeradas de cualquier escrito de Pérez Galdós destaca la cantidad de modificaciones que efectuaba para mejorar el estilo¹⁷.

Nuestra edición sigue el texto de *Obras Completas* que, como puede verse, difiere bastante del segundo de *La Tertulia*, aunque esa depuración, como decimos, se mantuvo a lo largo de sucesivas ediciones.

C
UARENTA
LEGUAS POR
CANTABRIA A

Y OTRAS PÁGINAS





CUARENTA LEGUAS POR CANTABRIA

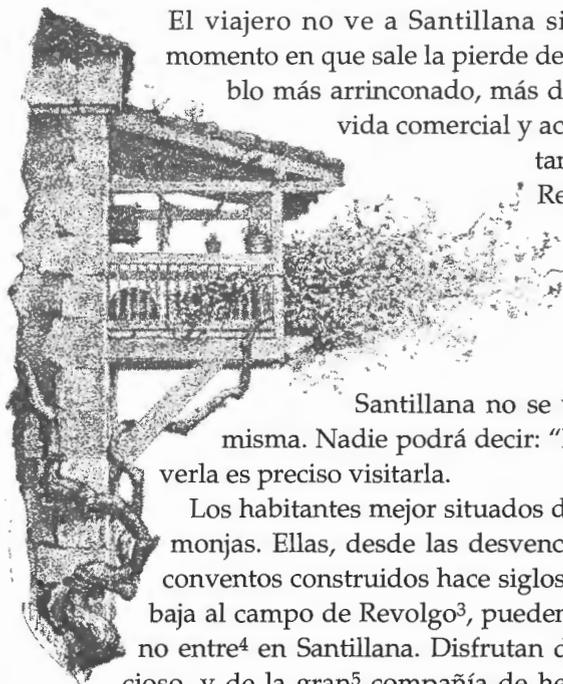
Al entrar en Santillana parece que se sale del mundo. Es aquélla una entrada que dice: "No entres". El camino mismo, al ver de cerca la principal calle de la antiquísima villa, tuerce a la izquierda y se escurre por junto a las tapias del palacio de Casa-Mena, marchando en busca de los alegres caseríos¹ de Alfoz de Lloredo. El telégrafo, que ha venido desde Torrelavega, por Puente San Miguel y Vispieres, en busca de lugares animados y vividores, desde el momento en que acierta a ver las calles de Santillana da también media vuelta y se va por donde fue el camino. Locomotoras jamás se vieron ni oyeron en aquellos sitios encantados. El mar, que es el mejor y más generoso amigo de la hermosa Cantabria, a quien da por tributo deliciosa frescura y fácil camino para el comercio; el mar de quien Santillana toma su apellido, como la esposa recibe el del esposo, no se digna mirar ni tampoco dejarse ver de ella. Jamás ha pensado hacerle el obsequio de un puertecillo, que en otras partes tanto prodiga; y si por misericordia le concede la playa de Ubiarco, las aviesas colinas que mantienen tierra adentro a la desgraciada villa no le permiten hacer uso de aquel mezquino desahogo. Contra Santillana se conjura todo²: los cerros que la aplastan, las nubes que la mojan, el mar que la desprecia, los senderos^(2bis) que de ella huyen, el telégrafo que la mira y pasa, el comercio que no la conoce, la moda que jamás se ha dignado dirigirle su graciosa sonrisa.

Nota.- Las notas que aparecen en esta edición son las variantes que introdujo Galdós al primitivo texto de 1876, cuando publicó la edición de 1879. Se acompañan también otras notas explicativas o bibliográficas para utilidad del lector.

1.- "pueblos"

2.- Esta frase debió de ser la que molestó a los santillanenses.

(2bis).- "caminos"



El viajero no ve a Santillana sino cuando está en ella. Desde el momento en que sale la pierda de vista. No puede concebirse un pueblo más arrinconado, más distante de las ordinarias rutas de la vida comercial y activa. Todo lugar de mediana importancia sirve de paso a otros, y la calle

Real de los pueblos más solitarios se ve casi diariamente recorrida por ruidosos vehículos que transportan viajeros, que los matan si es preciso, pero que al fin y al cabo los llevan. Por la calle central de

Santillana no se va a ninguna parte más que a ella misma. Nadie podrá decir: "He visto a Santillana de paso". Para verla es preciso visitarla.

Los habitantes mejor situados de esa venerable villa muerta son las monjas. Ellas, desde las desvencijadas ventanas de los dos grandes conventos construidos hace siglos, a la derecha del camino cuando se baja al campo de Revolgo³, pueden atisbar a todo el que pasa, aunque no entre⁴ en Santillana. Disfrutan del ameno paisaje, aunque no espacioso, y de la gran⁵ compañía de hermosos árboles y frescas praderas.

Aquellas pobres ascetas, arrojadas las más de los secularizados conventos de la provincia, son los únicos vecinos de Santillana que ven cielo, árboles, la incomparable perspectiva de los suelos verdes y frescos, colinas, campos, una lontananza que hace veces de horizonte y, sobre todo, pasajeros.

Sírvanos de amparo la mirada de las vírgenes del Señor para penetrar en la villa difunta. Es preciso dejar el coche a la entrada, no sólo porque aquí no hay longitudes fatigosas, sino porque los que empedraron⁶ estas calles⁷ no pensaban que algún día hubiera carruajes en el mundo. Entramos, y las históricas casas detienen nuestro paso, nos dan una especie de "quién vive", nos miran con sus negros balconillos soñolientos, medio cerrados, medio abiertos; fruncen el negro alero podrido, y parece que la enorme pared verrugosa se inclina en ceremoniosa y lenta cortesía. Nuestro estupor aumenta cuando advertimos⁸, mirando a todos lados, un fenómeno rarísimo y que no se observa ni al visitar los pueblos más muertos. No se ve gente. No hay nadie. Nadie nos mira, nadie nos sigue, y el roñoso gozne de la ventana secular no gime lastimero abriéndose para dar paso a un semblante humano.

3.- El campo de Revolgo era el lugar elegido para la celebración de las fiestas, las reuniones del pueblo, las justas y torneos y donde tenían lugar los recibimientos solemnes.

4.- "vaya a" / 5.- "grata" / 6.- "no fueron empedradas"

7.- "en la creencia de que algún día hubiera carruajes en..."

Todo es soledad, un silencio como el del sepulcro o, mejor, como el del campo. Ni pasos⁹ de hombre ni de bruto turban¹⁰ el sosiego majestuoso que rodea las¹¹ venerables casas. Allí, como entre cartujos, todo se dice con la expresión de la fisonomía; nada se habla.

Ninguna puerta antigua se parece a estas puertas; ningún ojivo¹² ventanucho, ningún giboso balcón ni tuerto tragaluz se parece a los huecos de estas viviendas, cuya fisonomía es completamente extraña a los tiempos presentes. Los siglos no han mudado nada¹³ ni puesto su mano remendona en parte alguna de los destartados edificios. Los habitantes de ellos no pueden ser como nosotros, y de seguro, si no los vemos en el momento presente, es porque han ido de fiesta y volverán de súbito, mostrándonos sus avellanados rostros dentro de las golillas¹⁴ y pasando casi a saltos y cuidadosamente de piedra en piedra para no mancharse de barro las enjutas piernas con negras calzas¹⁵.

Hay las casas pequeñas, cuyo techo parece estar¹⁶ al alcance de nuestra mano; otras grandes, que se estiran, manifestando cierta finchada animadversión al ver nos pasar. Unas esconden su fealdad en un ángulo; otras, ventrudas y derrengadas, apoyándose a podridos puntales, salen y estorban como el tullido con muletas que pide una limosna. Las hay que muestran el vanidoso escudo ocupando media fachada; las hay que muellemente se reclinan sobre su vecina. Echándole¹⁷ a ésta el peso de una teja, daría con su cansado cuerpo en tierra; aquella¹⁸ otra, por el contrario, muestra en sus hermosos sillares gran confianza¹⁹, vanidoso convencimiento de remojarse en sí misma, y su curtido rostro expresa las aguas del venidero siglo.

A todas les ha salido de tal manera el musgo²⁰, que parecen vestidas de una piel verdinegra. En las juntas y en los desperfectos, variadas especies vegetales muestran su pomposa lozanía. A trozo vese interrumpida la hilera de habitaciones por tapias de huertas, en que el musgo es resbaladizo y sutil²¹ como el más fino terciopelo. Ejércitos de helechos en fila coronan el muro de un extremo a otro, y moviéndose a compás a impulsos del viento, parece que corren. Una higuera extiende sus brazos hasta media calle, cual si quisiera decir algo, con suplicante ademán, al transeúnte. En otra parte vese, en lugar de puerta, un gran arco de fábrica, por el cual un arroyo se mete tranquilo y sin bulla dentro de la masa de edificios, perdiéndose en laberintos oscuros, a cuyo extremo se alcanza a ver la indecisa claridad del hueco por donde sale al campo. Sobre aquel río se alza una vivienda misteriosa, toda negra, toda húmeda, tan vieja, que los reinos de la Naturaleza se han confundido, y no se sabe lo que es liquen, lo que es piedra, lo que es viga, lo que es hierro. Al punto²² que la ve, llénala la incitada fantasía de noveles-

8.- "mirando a todos lados advertimos" / 9.- "paso" / 10.- "turba" / 11.- "aquellas" / 12.- "ventanucho ojivo" / 13.- "nada," / 14.- "golillas," / 15.- "calzas negras" / 16.- "estar" / 17.- "Quitándole a aquélla" / 18.- "esta otra" / 19.- "de sí misma, y su curtido rostro expresa vanidoso convencimiento de remojarse" / 20.- "el musgo de tal manera" / 21.- "fino" / 22.- "Llénala al punto"

cas historias: que no hay torreón sin duende. Pregúntale su abolengo, el número de horas que han transcurrido suavemente desde el primer día de su existencia y el número de vidas que se han sucedido en su recinto, como las leves ondas del pequeño río que va²³ pasando y perdiéndose la una en la otra.

El aldabón se mueve y llama; retumba la bóveda del portal como una respuesta soñolienta; ábrese una ventana y las vigas de la escalera crujen; suenan pisadas de inquietos corceles, ladridos de perros cuyo lenguaje no parece igual al de los perros de nuestro siglo; óyense preguntas y respuestas en las cuales se destaca el majestuoso asonante del Romancero. En la penumbra, gallardas plumas negras se mecen sobre las cabezas, y entre las voces se siente sonajeo de espuelas y roce de rechinantes conteras contra el suelo. Las capas oscuras parecen sombras que entran y salen. Una luz macilenta, por hermoso brazo sustentada, alumbrá de improviso colores más vivos, y las bruñidas²⁴ cotas lanzan plateados reflejos. Las voces, las luces, se van extinguiendo al fin. Descansan los caballos, cesan de chillar las añosas²⁵ maderas de la escalera, se pierden los pasos, a lo lejos golpean algunas puertas; gruñen, en vez de ladrar los perros; desaparece la luz; piérdense en absoluta oscuridad plumas y capas y todo cae en profundo sosiego. Poco después, de toda aquella algazara no queda más que la vibrante palabra diatónica del sapo, un asqueroso hablador de la húmeda noche, que perennemente está haciendo su pregunta sin que nadie le conteste.

Defendámonos contra la fantasmagoría. ¡Atrás, sombras vanas, imágenes absurdas! No nos dejaremos fascinar; lucharemos contra la ilusión hasta vencerla y poner sobre sus destrozados restos el orgulloso pabellón de la realidad. Si es de día ¿a qué vienen esas sombras donde se mecen airoas²⁶ plumas? ¿De qué rincón han salido esos vagabundos que hablan en romance? Abajo la leyenda; reine²⁷ la vigilante observación que todo lo mide y a cada objeto²⁸ da su color y a cada boca su palabra. Por fin vemos gente. Un aldeano pasa y nos saluda con la grave urbanidad del montañés que no se han depravado en el muelle de Santander o en las minas de Reocín²⁹. Por la calle de las Lindas bajan dos muchachas, que nos miran y luego hablan entre sí, comentando nuestra visita a Santillana. Al fin, entre tanto caserón viejo, entre tanta puerta corroída, divisamos³⁰ algo que chilla y disuena. Parece que se oye un "alto" brutal. La impresión es fuerte, porque se había perdido la noción de las perspectivas a la moderna y el ánimo no estaba preparado para transición tan brusca. Mas no hay que asustarse: aquel establecimiento flamante es botica, y su pórtico hállase pintado de blanco con gallardos ramitos azules que le dan muy bien ver. En la puerta, varios jóvenes de la población entretienen las ina-

23.- "van" / 24.- "bruñidos petos" / 25.- "viejas" / 26.- "gallardas" / 27.- "y reine" / 28.- "le da"

29.- Se refiere a las minas explotadas desde 1856 por la Real Compañía Asturiana. Para conocer la zona, ver *El valle de Reocín* de J. R. de Salazar (Torrelavega, 1907).

30.- Suprime resto por: "un establecimiento moderno"

31.- "o de los"

cabables horas de Santillana hablando de política, de³¹ los toros de Santander o de las menudas historias de la villa. Y que hay todavía historias en Santillana, pueblo de tantas grandezas, no podemos dudarlo ya desde que hemos visto que hay gente.

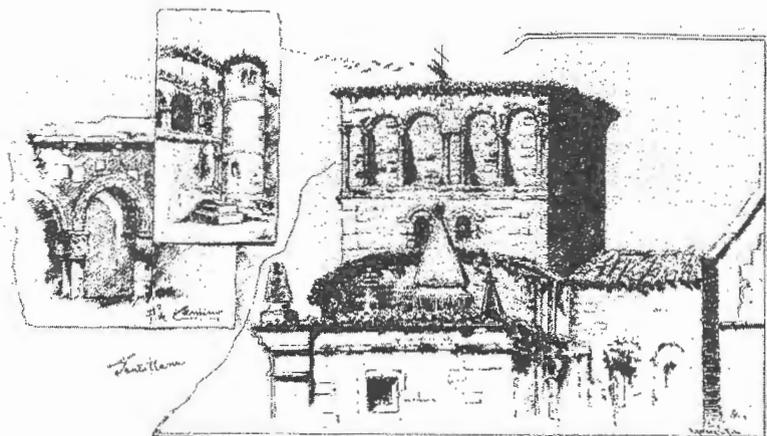
La Abadía³²

Para llevar al³³ atrio es forzoso³⁴ que pasemos sobre una reja colocada horizontalmente, sistema de ingreso que el viajero no acierta a comprender si no le advierten que los cerdos y las vacas, que libremente pasean por las calles de la villa, entrarían con el mayor desenfado en la santa iglesia, si por aquel ingenioso medio no se les detuviera. Abundante yerba crece en el atrio, y sus informes baldosas, sobre las cuales han pisado tantos siglos entrando y saliendo, están rodeadas de verdura entre charcos que la lluvia renueva sin cesar. A la derecha se alza la torre, cuadrada, rojiza, semejante por su esbeltez³⁵ a los cubos mozárabes de Castilla la Nueva. Mirada atentamente, y prescindiendo del parentesco más o menos lejo que tienen todas las obras de arquitectura, y en particular las obras orientales con las románicas, se ve que es cosa muy distinta. Una austeridad cenobítica domina en la galería superior, en el ajimez, en las columnas cilíndricas de los ángulos y en los cordones horizontales, que parecen puestos allí para ceñir³⁶ las diversas fases de la fábrica. La³⁷ puerta principal es un noble vestigio que inspira compasión. Las series de arcos concéntricos cuajados de estrellas, perlas, cabecillas de clavo, lacerías, cables, zig-zag³⁸, dientes de sierra, apenas conservan restos de esta peregrina³⁹ ornamentación; los capiteles están roídos, y las figurillas⁴⁰, mutiladas; pero tal es la fuerza del arte, que parece que⁴¹ tienen expresión aun sin tener cabeza.

Dentro, la mirada se extiende por una nave de regular altura y dos laterales más bajas que no se confunden con el⁴² ábside, sino terminan a ambos lados del presbiterio en pequeñas capillas. Otra nave alta corta a la primera en cruz, estableciendo la forma latina. Las bóvedas y arcos, de medio punto en algunos sitios⁴³, peraltados en otros, parece que buscan o presagian la ojiva. La vista de este hermoso edificio románico, cuya data de construcción fácilmente fija el observador en el duodécimo siglo, causa fatiga y desconsuelo. Se ve que la noble construcción pugna por mostrarse rompiendo el velo espeso que la cubre; porque ni los variados capiteles ni las impostas y las cornisas que el escultor llenó de imitaciones de la Naturaleza, labrándolas con inocente estilo, aparecen con claridad a la vista. Todo está

32.- Sobre la Colegiata de Santillana existen numerosos estudios de autores, como Amós de Escalante, Escagedo Salmón, Ortiz de la Azuela, F. González-Camino y Aguirre, Luis Redonet, Lafuente Ferrari y María Ealo de Sá.

33.- "entrar en el" / 34.- "preciso marchar" / 35.- "gallardía" / 36.- "atar" / 37.- "gran puerta" / 38.- "zigzags" / 39.- "caprichosa" / 40.- "figuritas" / 41.- El "que" está suprimido. / 42.- "en el" / 43.- "y"



cubierto y velado por una capa espesa de yeso⁴⁴; las figuras se ven como si estuvieran arrebuajadas en un manto blanco, bajo el cual tiemblan de frío y de vergüenza. Es preciso, para que la Colegiata de Santillana brille como merece, que haya una mano hábil que la desnude, así como hubo una bárbara mano que la vistió. Si al menos hubiera cubierto⁴⁵ los grupos desvergonzados que decoran altos capiteles en la capilla de la derecha, la profanación artística habría tenido alguna disculpa; pero cuidó de dejarlos como todos los demás, y hoy son los primeros que el maligno sacristán enseña a los forasteros.

La Colegiata es pobre: su pobreza está pintada en todo el edificio, desde el basamento de las columnas hasta la clave de la última bóveda; en la figura del monaguillo, que, vestido con blusa azul y calzado con⁴⁶ alpargatas, entra y sale, desempeñando su oficio con el⁴⁷ gracioso aburrimento propio de todo⁴⁸ monaguillo; en el túmulo negro goteado⁴⁹ de amarilla cera, que sirve para recibir las ofrendas, y en el mucoso candelero que las alumbraba. Sin embargo, un frontal de plata repujada⁵⁰ cubre el altar mayor, y la sacristía guarda joyas de precio que no se aplican diariamente al culto⁵¹.

Los sepulcros notables son dos: el de Santa Juliana, una mártir de la Propóntide, y el de la infanta doña Fronilde, de autenticidad muy disputada por los críticos. Ambos enterramientos son de una antigüedad respetable, y las extrañas figuras y emblemas que los adornan desafían la sagacidad de los anticuarios más cachazudos.

Nos falta el claustro, resumen de toda la poesía y de todos los misterios de la vieja Santillana. Fuerte olor de humedad y de cementerio nos lo anuncia, y al entrar en él lo primero que ven los ojos es una calavera que ha caído del osario y se

44.- "y" / 45.- Hoy esas figuras están cubiertas. / 46.- "de" / 47.- "aburrimento pueril"

48.- "todos los monaguillos" / 49.- "goteado" / 50.- "cincelada" / 51.- "al culto todos los días"

mantiene sobre el zócalo, fría y seria, observando con sus ojos huecos a todo el que se atreve a penetrar allí.

El Claustro

Catorce arcos de medios punto, sustentados por grupos de cuatro columnas, componen cada una de las cuatro galerías que forman el claustro. Los que han visto arquitectura románica y de transición comprenderán la variedad de capiteles con que los artistas de los siglos XI y XII han coronado estas inimitables columnatas⁵². Los hay historiados, los hay religiosos, los hay compuestos⁵³ con formas de orden vegetal, con figuras humorísticas unos, con grupos de cacerías otros, con caprichosas lacerías éstos, aquéllos cubiertos de ramificaciones orientales. El tono general de la fábrica actualmente es un marcado color de corcho, y la superficie de la piedra leprosa, agujereada, lamida por el tiempo, aumenta la semejanza con⁵⁴ todo aquel cuerpo. En una de las crujías, los dobles pares de columnas se inclinan hacia adelante con uniformidad. La fábrica está cansada y busca el mejor medio de caer y tenderse en tierra. Otra crujía, la del Norte, azotada por la lluvia y muerta de frío, porque jamás le ha dado el sol, ha tomado un color verdinegro y se pudre calada de humedad hasta lo más hondo de sus ateridas piedras.

El techo no es, en su mayor parte, de bóveda, sino de vigas negras, que en algunos sitios necesitan ser apuntaladas por otras vigas casi tan podridas como ellas, para no caer al suelo. La vegetación ha invadido todo, y parece que hasta las piedras tienen tallos y hojas. El patio cuadrilongo, sepultura de los pobres, ofrece espléndida variedad de las yerbas más lozanas, donde pasta la infinita grey⁵⁵ de babosos caracoles. Diez siglos de Santillana yacen bajo aquellas raíces; pero los huesos viejos, aquellos que pertenecieron a quien ha sido abandonado para siempre de todas las memorias de la tierra, son arrojados al osario, que está lleno hasta los bordes, como granero en tiempo⁵⁶ de pingüe cosecha. Rebosa por encima de una de las paredes laterales, y cuando soplan fuertes vientos llueven calaveras. En un ángulo, un ciprés solitario, afilado, negro, pugnan por salir fuera de la vetusta fábrica, y un grupo de silvestres cañas se cimbrean, rozando sus delgadas hojas superiores. Cuando las noches vienen con cierzo y las calaveras del osario chocan unas con otras y resbalan los huesos, aplastando a los caracoles, el cañaveral, triste músico de la noche, se queja suavemente del desorden que le rodea⁵⁷.

Cuando el sol ilumina⁵⁸ la revuelta sepultura, en la cual todo está destrozado, el muerto y el sarcófago, se ve⁵⁹ claramente que la paz de aquellos melancólicos luga-

52.- "columnatas" / 53.- "formados de dibujos" / 54.- "aquel cuerpo" / 55.- "grey infinita" / 56.- "tiempos de buena" / 57.- "De día cuando" / 58.- "aquella sepultura revuelta" / 59.- "observa"

res supera a cuanto puede soñar la imaginación del vivo, anhelante de descanso. Aquél sí que es imperio absoluto de la muerte. Allí todo es muerte⁶⁰, todo se descompone; y los gusanos, después de comerse el cuerpo, se comen la tumba; allí sí que no quedará nada; allí sí que entra todo en⁶¹ la esfera de asimilación de la Naturaleza; y cuando pase algún tiempo más, cuando en lo que fue lugar cristiano, puesto al amparo de la cruz para perpetuar memorias de los muertos, no se vean⁶² más que piedras informes, musgo, caracoles, lozanas hierbas que nutrieron sus raíces en cerebros donde latió el pensamiento; cuando hasta el osario sea blanca tierra que esparcirán sobre el campo los vientos y desaparezcan las últimas esculturas lamidas por el agua, entonces se habrá realizado de un modo absoluto la sentencia que manda volver el polvo al polvo. En una misma ruina, en una misma masa de lodo cuyo imperio se reparten helechos y sabandijas, estarán comprendidos hombre y arte, el sentimiento cristiano que hizo el claustro y el egoísmo que lo dejó perder; todo será polvo, y no habrá ni siquiera quien pueda enorgullecerse de aquella escoria.

El claustro de la abadía pasará⁶³ pronto. Apresurémonos a verlo bien⁶⁴. En sus cuatro galerías abundan los sepulcros; pero muchos letreros no se pueden leer. Diríase⁶⁵ que ha pasado por ellos humo densísimo para borrarlos. En otras, una sencilla cruz dice algo más que las enfáticas inscripciones con letras amarillas, recién hechas y aun barnizadas, con pretensiones de llegar a la Eternidad. Algunos señores de la nobleza del país duermen dentro de un gran prisma de yeso. En diversos puntos se ven arrinconados o puestos en pie contra la pared los antiguos ataúdes de piedra, ya mudos, porque sus epitafios no dicen nada; ya sin dueño, porque los siglos han barajado la tierra y los huesos. El silencio, la paz de aquellos sitios, que son el símbolo más perfecto de eterno descanso⁶⁶, se turba cuando entierren a alguien; pero por esta misma razón se turba pocas veces.

Cuando se recorren las calles de Santillana para salir de la villa, ésta parece más alegre. Por último, en la plaza del Consistorio se ve una casa nueva, un edificio que acaba de salir, húmedo aún y charolado, de manos del arquitecto y del pintor. Más afuera, junto al camino que vuelve a la izquierda y pasa, está el palacio de Casa-Mena⁶⁷, construcción del anterior siglo, restaurado⁶⁸ actualmente con especial esmero. Su riquísima biblioteca ocupa una sala baja, con⁶⁹ preciosas estanterías de roble. Hermoso es el conjunto de esta bien ordenada pieza, en la cual se ven, formando conjunto artístico⁷⁰, estupendos⁷¹ muebles arcaicos⁷², monetarios, panorámicos, y, sobre todo, las dos librerías, cuyos estantes muestran y guardan elegantes y lujosas encuadernaciones. Colosal busto de Su Santidad ocupa el frente principal. La acertada combinación de los diversos objetos que llenan la estancia, sin que nada huelgue dentro de ella, produce singular encanto a la vista, así como los dulces matices de la esculpida madera sin barniz⁷³, el oro pálido que brilla en el herraje de las arquetas, el acero mate y la roja lana de las cortinas. De la riqueza bibliográfica que allí se guarda, poco puedo⁷⁴ decir, por no serme⁷⁵ conocida. Rarezas y joyas tipográficas de inestimable valor, infinidad de escritos curiosísimos referen-

tes a la provincia, colecciones de especialidades, crónicas harto escasas, hacen de la biblioteca de Casa-Mena lo mejor de toda la Cantabria y una de las más escogidas y bellas de España.

En el resto del palacio, los actuales marqueses han emprendido una serie de restauraciones que harán de aquel edificio una residencia muy agradable, morada llena de encantos en la puerta de una ciudad lúgubre.

Y se acabó Santillana, se acabó la villa difunta. El hermoso parque de Casa-Mena y los jóvenes pinares de la misma casa nos despiden de aquel glorioso escombros, al cual se asocia la memoria de Íñigo López de Mendoza⁷⁶, sin que la imaginación pueda separar el uno de la otra, a pesar de los cuatro siglos que pugnan por ponerse en medio.

60.- "muerto" / 61.- "bajo" / 62.- "vea" / 63.- "va a pasar" / 64.- "verle" / 65.- "Parece" / 66.- "descanso eterno"

67.- El marqués de Casa-Mena colaboró en *La Tertulia*, en 1876, con diversos artículos sobre "Solares montañeses". Su palacio es actualmente el del marqués de Benemejís o de los Peredo-Barreda, adquirido por Caja Cantabria.

68.- "restaurada" / 69.- "en" / 70.- "artístico conjunto" / 71.- "riquísimos" / 72.- "antiguos" / 73.- "charol" / 74.- "podemos" / 75.- "sernos"

76.- Primer marqués de Santillana, vinculado por lazos familiares y políticos con la célebre villa. Ver sobre este tema: Enrique Lafuente Ferrari, *El libro de Santillana* (Santander: Diputación Provincial, 1955; existe una reedición publicada por Edic. Estvdio en 1981) y *El libro sobre la vida y la obra*, de José Amador de los Ríos, Madrid, 1852.

Alfoz de Lloredo

Novales no quiere dejarse ver, y escondido entre sus azahares renuncia a las visitas del caminante⁷⁷ presuroso. En cambio, Cóbreces, Toñanes, Cigüenza, Ruiloba se muestran esparcidos por las verdes colinas, no lejos del mar, en terreno ligeramente pedregoso y muy quebrado⁷⁸. Los ricos *jándalos*⁷⁹, a quienes Jerez, el Puerto y Cádiz dieron dinero abundante, habla ceceosa y maneras un tanto desenvueltas, han poblado⁸⁰ de risueñas casitas aquella alegre comarca. No faltó entre ellos quien quisiera dejar muestra de su piedad en un convento que aún está sin concluir. Los case-ríos abundan, y en ellos, las casas grandonas, blancas, con holgados balcones verdes y sólidos cortafuegos, a los cuales no falta el pomposo escudo. A la espléndida vege-tación montañesa se unen el naranjo y el limonero⁸¹, y sobre la multitud que llena la plaza en horas de fiesta, destácase un sombrero exótico, una planta de otros climas: el calañés. Los emigrantes se han traído al regreso media Andalucía, y aquel país tiene no sé qué de meridional. Aquel mar que asoma⁸² en las curvas de los cerros, dejando⁸³ ver brillantes recordaturas de un azul hermosísimo, parece afectar, ¡hipó-crita!, en días pacíficos de verano, la serenidad y mansedumbre del Mediterráneo.

El monte de Tramalón remeda las espesuras de Sierra Morena, abrigo de ladrones, y, según afirman mis compañeros de viaje, ladrones tuvo, si bien de juguete, gente-zuela que antes daba sustos que puñaladas. En las revueltas del camino que baja y sube inquieto, y no sin fatiga, por no encontrar dos varas de terreno llano en que extenderse con desahogo, se alcanza a ver la playa de Luaña, poco ha invadida por los bañistas, que han encontrado en aquella placentera⁸⁴ soledad establecimiento construido, en gran parte, con las maderas de un buque ruso, escupidas por el mar. Cóbreces, no teniendo bastante con las naranjas, se ha dedicado a explotar la moda balnearia. Por entre el ramaje verde de sus huertos se ven pasar sombrillas y quita-soles, y en los antepechos de sus balcones se ostentan colgados al sol, para secarse, esos horribles trajes de lana, dentro de los cuales Venus (admítaseme la generaliza-ción del emblema) gusta de volver a la espuma de donde salió.

77.- "apresurado caminante" / 78.- "accidentado"

79.- (de andaluz) se llama así a las personas del Norte que emigran a Andalucía y vuelven con cos-tumbres y pronunciación andaluzas. (Ver "El Jándalo" en *Escenas montañesas* de José María de Pereda) y Víctor de la Serna, "El jándalo y el jandalismo", *Lo admirable de Santander* (Bilbao: Arte, 1935) 47-49.

80.- "aquella alegre comarca"

81.- Ver de Francisco Javier Alonso del Val, "Aspectos históricos y geográficos de los agrios en Canta-bria: área citrus y cultivo actual". *Anales Inst. de Estudios Agropecuarios* (1979-80) IV: 9-38.

82.- Palabra añadida. / 83.- "deja ver a trechos" / 84.- "hermosas soledades"

Comillas

Para entrar en esta villa de los López⁸⁵ y de los cuatro prelados es preciso atravesar el mar en coche. Tranquilizaos: hay un puente de roca a roca, y entre éstas mete el Océano uno de sus poderosos brazos, y con los destructores dedos de espuma revuelve la arena y arma allí un remolino⁸⁶ y una batahola que imponen miedo a los que pasan por encima.

No lejos del viaducto, los apagados hornos de calamina demuestran que por allí han pasado los mineros. Encima, y a vertiginosa altura, en la cumbre de un atrevido cerro, se alza la *Coteruca*⁸⁷, un palacio que vuela, según está de alto y de enriscado; a la derecha, otras colinas pedregosas junto al mar, en las cuales hay algunas casas con huertas, cuyos hortelanos han tallado a pico la roca para hacer de ellas un gran tiesto de legumbres⁸⁸; enfrente, la calle principal de Comillas, que sube, baja, da de codo a las casas para que la dejen pasar, y, al fin, con trabajos mil, logra llegar hasta la plaza, de donde, no sin dificultad, puede salir para perderse en el camino de la Rabia.

El aspecto de Comillas es alegre, festivo; infunde ideas de salubridad, de comodidad, de bienestar pacífico y laborioso. Sus casas antiguas no se desmoronan, como las de Santillana⁸⁹, y las nuevas resplandecen de blancura. Tiene en algunos trozos cierto aspecto gaditano, y la luz del sol se quiebra en mil vidrios, tras de los cuales los ojos de la comillana no se descuidan en⁹⁰ cuanto el empedrado anuncia con estrépito⁹¹ el paso de un vehículo.

Hay un colegio de mármol, una parroquia suntuosa y una casa de Ayuntamiento cuya fachada es casi un libro, donde está el registro de los hijos ilustres de la villa. Ésta, aunque se halla muy cerca del mar, no lo ve desde sus principales sitios. Queriendo, sin duda, guarecer de los nordestes su limpio caserío, se acurrucó tras una peña, cuya cresta se llama el Calvario, y a la cual se asoman⁹² algunas casas que no pueden pasarse sin la incomparable vista del mar, y se⁹³ empinan sobre los techos de sus vecinas.

85.- Se refiere a los marqueses de Comillas Don Antonio López y López (1817-1883) y Don Claudio López Bru (1853-1925), hombres de negocios, propietarios de la "Compañía Trasatlántica Española". Los prelados ilustres de la villa fueron: Diego Ibáñez de Lamadrid, Juan Domingo González de la Reguera (Arzobispo de Lima), Rafael de la Nava (Arzobispo de Guatemala), Bernabé Martínez de la Rabia (Arzobispo de Sonora, Méjico), Gregorio de Molleda (Arzobispo de Charcas), Fray Pedro Cotera (Prior benedictino de Montserrat de Lima), Saturnino Fernández de Castro (Obispo de León). Ver de José María de Pereda, "El espíritu moderno", en *Escenas Montañesas* (Madrid: Aguilar, 1942) 293 y José María de Cossío, *Rutas literarias de la Montaña* (Santander: Diputación Provincial, 1960) 174-75. Existe una reedición de esta última, publicada por Edic. Estdio, Santander 1989.

86.- "remolino"

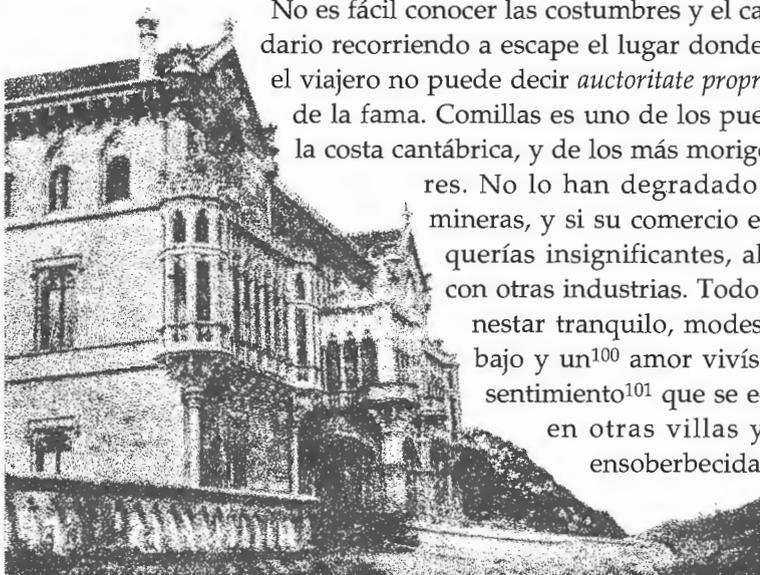
87.- "La Coteruca", palacio del marqués de Casa-Riera, era una bella construcción almenada que recordaba un castillo de estilo francés. Fue incendiada durante la última guerra civil. Situado en un cerro bajo o coteru, se divisaba desde allí la amplia panorámica del entorno de Comillas.

En el Calvario se disfruta de una de las perspectivas más bellas que ofrece en su larga extensión la costa cantábrica. Parece que no se acaba nunca de ver la inmensidad del mar que se desarrolla ante los ojos, o que⁹⁴ el horizonte huye. La colina baja bruscamente, tapizada de finísimo verdor, hasta la arena immaculada; y al extremo izquierdo del arco que forma la playa, está el puerto, un pequeño cuadrilongo de escolleras batidas por el mar; un puño cerrado que puede contener diez o doce barquitos, con los almacenes del resguardo y muelles para la calamina. Cuando los pataches salen de aquel nido y tienden sus alas blancas sobre el azul del mar en días serenos, es imposible dejar de contemplarlos hasta que se pierden en el azul inmenso. Allá lejos aparece en extensa línea negra el humo de los grandes vapores transatlánticos, que pasan manchando el cielo.

En la roca que domina el muelle hay una ingente mole de piedra que fue iglesia y hoy parece que es cementerio⁹⁵. Era la antigua parroquia de la villa, perteneciente al señorío del Infantado. Cierto día, el mayordomo de su excelencia tuvo la mala-ventura idea de expulsar de la iglesia a unas cuantas comillanas que ocuparon⁹⁶ dentro de ella un lugar que no les correspondía. Irritáronse los marineros, y, penetrando atropelladamente en el sagrado recinto, cogieron cuanto en él podía cogerse y lo arrojaron al mar. Allá fueron a poblar las verdosas honduras altares, bancos, santos, púlpitos, confesonarios, etc. No creían ofender de ese modo a Dios, y para probarlo labraron con sus ahorros (entonces los pescadores tenían ahorros) el hermoso templo actual en el centro de la villa.

Mirando hacia la parte de tierra, se ven las suaves⁹⁷ colinas verdes, con sus rústicas casas; y sobre todas ellas, en el último pico, posado como un águila, dominando media tierra y medio mar⁹⁸, el palacio de la Coteruca, inundado de sol en los días serenos, arrebujado de nubes en⁹⁹ los turbios.

No es fácil conocer las costumbres y el carácter de un vecindario recorriendo a escape el lugar donde mora; pero lo que el viajero no puede decir *auctoritate propria*, lo dice por boca de la fama. Comillas es uno de los pueblos más cultos de la costa cantábrica, y de los más morigerados y trabajadores. No lo han degradado las explotaciones mineras, y si su comercio es escaso y sus pesquerías insignificantes, allá se las compone con otras industrias. Todo allí respira un bienestar tranquilo, modestos hábitos de trabajo y un¹⁰⁰ amor vivísimo a la localidad, sentimiento¹⁰¹ que se echa muy de menos en otras villas y aun ciudades¹⁰² ensoberbecidas. La circunstancia de contarse¹⁰³ entre sus hijos¹⁰⁴ algunos que son



capitalistas de primer orden, ha contribuido a sus progresos. Lo extraño es que sin comercio de alto bordo, sin expediciones a América, sin pesquerías y¹⁰⁵ también sin gran tumulto de bañistas,¹⁰⁶ harto decaídos los embarques de calamina, tenga Comillas aquel grato aspecto de industrial satisfecho, ordenado y económico, ni derrochador ni avaro. ¡Simpático pueblo a quien se estrecha la mano como a un buen y leal amigo!

Hoy ofrecen risueño porvenir a Comillas los baños de mar. ¡Pues es nada! Tiene hermosa fonda llena de pretensiones, con mesa redonda, a lo francés servida (aunque un poquito a lo español guisada), y en torno de los blancos manteles se ven señoras y caballeros que hablan pestes de Biarritz y de San Sebastián. Por la playa pululan sombrerillos, y las voluptuosas olas reciben sacos llenos de carne nerviosa, que luego vuelven a la playa y tiritando se embaúlan en las frágiles garitas. Óyese conversación chispeante, agudezas, rumor de críticas y murmullos de política menuda. También suena la cancamurria de sáficos versos y alguna poetisa deja ver su pálido rostro y oír estupendos dichos y sentimentales observaciones.

Para que nada falte, también hay expediciones a cercanas grutas; que si no hay olla sin tocino, tampoco hay hidroterapia¹⁰⁷ sin estalactitas, ni mal de nervios que se prive de la fácil medicina de los paisajes.

Las maletas vuelven a Madrid llenas de pedruscos, de caracolutos y conchas, con las cuales se prueba a muchos incrédulos que hay mar. La concurrencia es alegre, escogida y abundante, aunque no tanto como merece Comillas¹⁰⁸.

88.- "hortalizas" / 89.- Obsérvese la comparación desfavorable para Santillana.

90.- "desde que" / 91.- "estruendoso ruido" / 92.- Palabra suprimida. / 93.- "empinándose"

94.- "y el"

95.- Se refiere a la antigua iglesia convertida actualmente en cementerio y presidida por la escultura de un ángel modernista de Llimona.

96.- "habían ocupado" / 97.- "grandiosas" / 98.- "está" / 99.- "cuando son"

100.- "grande y noble amor" / 101.- "cualidad"

102.- "muy" / 103.- "contar" / 104.- "a" / 105.- "tampoco" / 106.- "y harto" / 107.- "balneario"

108.- Según le confesó a Pereda en 1876, los recuerdos de este viaje le sirvieron para introducir elementos de Santillana, Comillas y San Vicente al crear el pueblo de Ficóbriga en su novela *Gloria*.

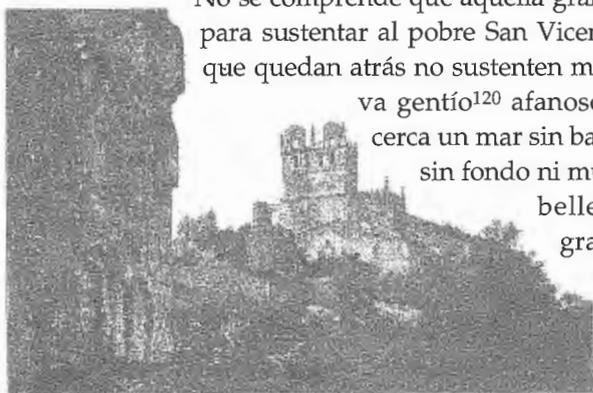
San Vicente de la Barquera¹⁰⁹

Las marismas de la Rabia son tristes, solitarias, más solitarias y tristes a causa de su extensión. En las orillas bajas no hay pueblos, ni caseríos, ni bosques, ni los verdes collados que tanto abundan en este país. Las árgomas¹¹⁰, un linaje de hierbas espinosas que se adornan de florecillas menudas, parecidas a las de la retama, invaden todo el suelo. Lo que de éste queda libre se lo toman para sí los helechos, que extienden su¹¹¹ dominio absoluto allí donde no entran jamás¹¹² arado, ni dalle, ni azada. En la Rabia debieran existir hermosos y espesos pinares; pero no hay nada más que charcos salobres y cien mil islas bajas, formadas por intrincado dédalo de canales, que unos a otros se quitan o se dan el agua, según sube o baja la marea.

Únese luego el camino a la carretera de Torrelavega a Oviedo, y poco después, vencidos los cerros que dominan la ría, se distingue el incomparable panorama de San Vicente. La inmensa anchura del valle a cuyo extremo se alza esta villa, la proximidad del mar, la gallarda situación del caserío entre dos puentes, las lejanas y altísimas montañas que forman un fondo majestuoso y parecen agrandar aún más el paisaje, hacen de esta perspectiva una de las más admirables y sintéticas¹¹³ que pueden ofrecerse a la vista del viajero. Allí todo es inmenso¹¹⁴; tierra, cielo, montes, praderas, río, mar, marismas. Hasta el mismo pueblo de San Vicente parece un pueblo de primer orden a causa de la maravillosa fantasmagoría que produce su situación al pie del cerro, en cuya cima está la iglesia; reflejando en el agua dormida sus casas¹¹⁵ pintorescas, largando¹¹⁶ a una y otra ribera sus dos puentes como brazos con que se sostiene en los montes para poder zambullirse mejor en el agua. Tan bello es esto, que verdaderamente da pena el ver que, a continuación de la perspectiva de San Vicente, venga San Vicente mismo, cuando lo mejor sería que después de ofrecerse en imagen lejana y fascinadora a los ojos del atónito pasajero, desapareciese y se ocultara allá entre hierbas¹¹⁷ de la mar o que se desvaneciera como las figuras del humo en los aires.

Pasando el gran puente del siglo VI, de 32 arcos, sentimos¹¹⁸ verdadero¹¹⁹ estupor al ver que no se entra por allí a un pueblo como Glasgow, Hamburgo o Nueva York.

No se comprende que aquella gran ribera haya sido criada por Dios para sustentar al pobre San Vicente, y que las inmensas marismas que quedan atrás no sustenten miles de calles y plazas donde hervía gentío¹²⁰ afanoso; no se comprende que esté tan cerca un mar sin barcos y un abra sin puerto, y un río sin fondo ni muelles, y que toda aquella singular belleza y amplitud sea tan sólo un gran charco de lodo salobre donde mojan sus cimientos algunas casas añosas, tristes y negras, como los pensamientos del desesperado.



Al fin, el puente se acaba, y es preciso entrar en la villa. Un convento que fue de franciscanos parece que vigila la entrada¹²¹. Torciendo a derecha mano, después de hacer una reverencia muy devota a lo que fue asilo de aquellos humildes siervos de Dios, entramos en la calle principal de San Vicente, una especie de avenida de fango, limitada¹²² a la izquierda por larga fila de altos caserones con zancudas arcadas, y a la derecha por la muralla inmediata al río. A un lado, oscuras y feísimas tiendas, balcones de hierro, en los cuales parece haber trabajado el mismo Vulcano, según son de pesados¹²³ y antiguos; a otro, serena extensión de agua en que nadan gruesas vigas de roble, y en los muelles ni un buque, ni una grúa, ni un tonel, ni una caja, ni un cable, ni un ancla rota.¹²⁴ Semejante a una choza de pescadores, allá lejos, junto a la orilla está el santuario de la Barquera, donde no faltarán imágenes ante las cuales recen los hijos del país, siempre que no tengan otra ocupación peor en que invertir las pesadas horas.

Para ver al¹²⁵ resto de San Vicente hay¹²⁶ que abandonar la calzada llana y trepar por las empinadas calles que conducen a la hermosa iglesia ojival. Pero entonces el asombro del viajero sube de punto viéndose¹²⁷ rodeado de imponentes ruinas, como si la villa hubiera padecido terremotos e incendios horribles, sin tener después una mano solícita que la reedificase. Por un lado y otro se ven enormes muros,¹²⁸ rotos arcos y restos de edificios que fueron vivienda de hidalgas familias, y que hoy son esqueletos coronados de yedra, cuya espantosa fisonomía pone miedo en el corazón. Tristeza más honda que la tristeza de Santillana es la de San Vicente, porque la villa del Marqués conserva en su momificado y entero rostro la forma y aun la expresión de la vida, mientras este desbaratado pueblo marítimo ha sufrido la postrera descomposición de la carne, y los vientos de la mar y la lluvia del cielo le han arrebatado partícula tras partícula dejándolo¹²⁹ en los puros huesos.

Aumenta nuestra pena al oír que el origen de tanta ruina no ha sido un cataclismo como en Pompeya, ni maldición del cielo como en Jerusalén, ni fuego de Dios como en Gomorra, sino decadencia¹³⁰ pura y por ley del tiempo. Por esto San Vicente de la Barquera tiene algo de la majestad de Itálica. Pero el *amarillo jaramago*¹³¹ de esta pobre villa no es tal que despierte un exagerado afán de llorar

109.- Sobre este pueblo puede verse el libro de Valentín Sáinz Díaz, *Notas históricas sobre la villa de San Vicente de la Barquera*, prólogo de B. Madariaga (Santander: Inst. Cultural de Cantabria, 1973)

110.- Es la aulaga (*Ulex europaeus* y *Ulex nanus*).

111.- "sus dominios absolutos" / 112.- "ni" / 113.- "grandiosas" / 114.- "grande" / 115.- "pintorescas casas" / 116.- "alargando" / 117.- "juncos" / 118.- "se siente" / 119.- "verdadera amargura" / 120.- "afanoso gentío" / 121.- "Ya se sabe que ellos no se situaban en los peores sitios" / 122.- "formada"

123.- "antiguos y pesados"

124.- "Allá lejos junto a la orilla, semejante a una choza de pescadores"

125.- "el" / 126.- "es preciso" / 127.- "al verse" / 128.- "y rotos" / 129.- "dejándole"

130.- "decadencias puras por esas misteriosas sentencias que suele extender el tiempo, y por esto San Vicente"

131.- Planta crucífera corriente en los escombros.

sobre él, ni de extasiarse largas horas contemplando las nobles piedras o leyendo lo que quede de algún escudo comido de los años y¹³² las últimas letras de la inscripción heráldica que el dedo del tiempo ha empezado a borrar.

En San Vicente ha rodado, al parecer, la cuna ilustre, no sabemos si de marfil y oro, del inquisidor don Antonio del Corro, cuya hermosa estatua existe en la iglesia, atenta a la lectura de un libro.¹³³ La expresión y belleza son tales, que el observador se detiene instintivamente y aguarda con ansioso afán a que el reverendo levante la marmórea cabeza y aparte del Libro los ojos sin pupilas para mirarle a él. La semejanza de este enterramiento con el que existe en la capilla de Bedmar, de la catedral de Sigüenza, es grande, y su mérito no inferior al de esta primorosa obra de arte.

Salgamos¹³⁴ ya de San Vicente. No sólo lo exige el plan de la expedición, sino también el atractivo del hermoso país que rodea a la villa caduca y del cual jamás se sacian los ojos. Pasamos otro puente y subimos el repecho¹³⁵ del camino de Asturias. Desde allí el panorama no es menos admirable que cuando se baja por la otra orilla en busca del puente largo¹³⁶. Los charcos de la¹³⁷ marisma que rodean a San Vicente ofrecen el más complicado mapa que puede imaginar el delirio de la geografía. Todas las combinaciones posibles de rayas de agua, discurriendo sin orden ni tino por entre juncos; todas las formas geométricas de islas y penínsulas que serían posibles si estuviese en proyecto una nueva creación del mundo, se ven allí, y nadie puede eximirse de observar con pueril atención tan graciosa cosmogonía. Entre estos caprichosos juegos del agua y el fango, se alza el cerro de San Vicente, muy semejante al lomo de un cocodrilo, y después las múltiples series de colinas que escalonadas suben sirviendo de plinto a los montes, y en último término las descomunales crestas de Andara¹³⁸, último esfuerzo de la tierra para llegar al cielo.

132.- "o las"

133.- Es una escultura de alabastro de gran belleza, perteneciente al siglo XVI y atribuida al escultor Juan Bautista Vázquez.

134.- "Es preciso salir de"

135.- "pendiente"

136.- "citado"

137.- "las marismas"

Las Tinas

La hermosa costa de esta provincia aparece menos risueña a medida que avanzamos¹³⁹ hacia el Oeste; pero, en cambio, es más grandiosa, más imponente o, si se quiere, más varonil. El viajero que sigue este camino marcha de la tierra del idilio a la de la epopeya. El valle de Torrelavega, Reocín, Alfoz de Lloredo, Cabezón de la Sal, están pidiendo caramillos; pero en estos montes parece que resuena el cuerno de aquellas cacerías legendarias en que un oso se merendaba un Rey¹⁴⁰. Allá todo es ameno y patriarcal; aquí, sublime¹⁴¹ y guerrero. Al ver las soberbias figuras que a lo lejos conservan en sus altos capacetes, los últimos rayos del sol, la imaginación no puede apartarse de los héroes de la Reconquista. Dejamos atrás al marqués de Santillana, poeta y cortesano, y las deliciosas tierras que podemos llamar abuelas, si no madres de Quevedo, Calderón y Lope de Vega¹⁴². Ahora todo el país adquiere un tinte extraño de fortaleza y rudo vigor, y cuanto alcanza la vista está lleno de Don Pelayo.

Cae la tarde, y las orillas del Nansa se nos presentan tristes y solemnes. Es caudaloso el río, y marcha tranquilo y grave hacia el mar, sin ruido, sin bullanga, entre márgenes solitarias. Pero ya cerca de su desagüe los montes parece que quieren detenerle el paso, lo¹⁴³ cercan, lo¹⁴⁴ acorralan, reflejando sus negras masas en la superficie de él. Nansa se aturde; da dos o tres vueltas, como si meditara qué resolución debe tomar en presencia de tan grave apuro, y, al fin, por un boquete angosto descubre el mar. No vacila, toma su partido y se arroja fuera de la tierra con tanta prisa, que es evidente su intención de no volver más a ella.

Esta situación de los montes, que parecen querer¹⁴⁵ estorbar que el río cumpla su destino yendo a parar al mar, como la vida entra en el morir, es lo que produce el aspecto de tina, dando origen al nombre de Tinamenor. La mayor está más allá, en el vago curso de otro río a quien las montañas se empeñan en atajar también. Este es el Deva, límite entre Santander y Asturias.

Tinamayor no es menos triste que su compañera, porque los montes que la forman proyectan una sombra fatídica¹⁴⁶ sobre el agua que en gran caudal baja de Liébana. El Deva describe una gran curva, y apenas se ve su salida, que es estrecha, tortuosa y oblícua¹⁴⁷, al modo de evasión carcelaria. Se desliza por una juntura, haciendo gentil¹⁴⁸ burla y desprecio de la fuerza que quiere oponérsele.

138.- Este nombre fue utilizado por Pérez Galdós y aparece en *Nazarín* (1895) y *Halma* (1895) para denominar a uno de sus personajes. / 139.- "se avanza" / 140.- Alusión al rey Fabila. / 141.- "grandioso"

142.- Referencia a la ascendencia cántabra del marqués de Santillana, Garcilaso, Lope de Vega, Calderón y Quevedo.

143.- "le" / 144.- "le amenazan" / 145.- "quieren" / 146.- "siniestra"

147.- "una especie de salida estratégica". Sustituido por "al modo de evasión carcelaria".

148.- "con astucia gentil y burla de la fuerza"

La orilla izquierda es llana y baja, y ningún incidente marca el paso del agua en la gran curva que forma la corriente; de modo que si entra algún buque aparecen sus mástiles en medio de un verde prado. Un par de pataches había en Tinamayor cuando visitamos¹⁴⁹ este extremo de la gran Cantabria, y la escasa luz de la tarde no nos permitió determinar bien lo que significaban aquellos escuetos palos aparentemente plantados en tierra como árboles de cucaña.

Unquera es la margen derecha de tierra santanderina. Bustio, la izquierda orilla, en el reino de Asturias. Un puente interprovincial, fabricado con vigas, une estos dos caseríos, bastante frecuentados por carros y¹⁵⁰ diligencias. Se parece tanto aquellos a un lindero entre dos naciones, que no se puede resistir la tentación de pasar el puente y poner el pie en tierra de Asturias; pero todo es igual, el suelo y la gente; idéntico el lenguaje¹⁵¹ florido que en una y otra parte hablan los carreteros.

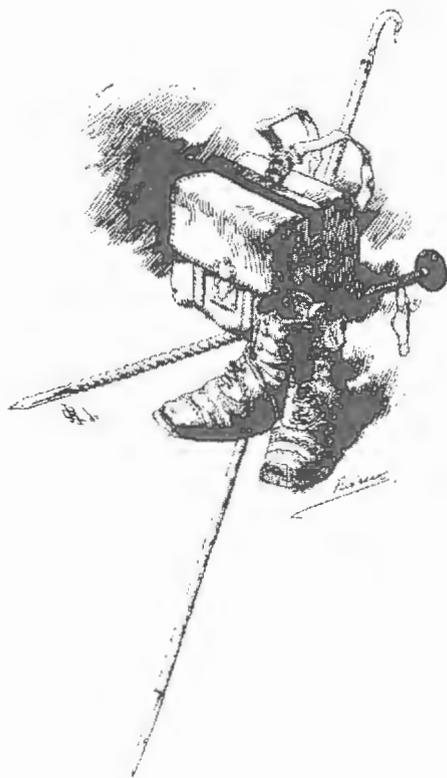
Pocos atractivos ofrece¹⁵² Unquera y su parador de Blanchard, donde un francés industrial da de comer a los pasajeros que frecuentan aquel camino. El parador, dicho sea en honor de la verdad, tiene tan marcado y patente su parentesco con las antiguas ventas, que no es necesario preguntarle¹⁵³ su abolengo. Sólo en la cocina se echa de ver que anda por allí la mano de un francés, no tan sólo por los nombres exóticos de los platos, sino porque gran parte de lo que allí es servido se puede comer y aun resulta¹⁵⁴ sabrosísimo al sentido del gusto, mayormente si éste no ha tenido gran cosa que hacer desde Comillas.

Pero lo característico del establecimiento Blanchard es el ruido que ofrecen allí todas las variedades y clases diversas de lo sonante, en tales términos, que la humana oreja no tiene nada que desear. El que haya pernoctado en Unquera lo ha oído todo, porque los techos, los pisos, los tabiques, la escalera del frágil mesón, han sido hechos con habilidad suma para que ni el más leve rumor se escape. Como no es posible admitir que ningún nacido haya logrado conciliar el sueño a orillas del Deva, puede suponerse de qué modo retumbará en el cerebro del viajero dormido aquel horrísono estrépito de coches,¹⁵⁵ el pisar de las fatigadas caballerías,¹⁵⁶ la charla de los pasajeros que entran y salen y el incesante ladrido de todos los perros del mundo, congregados en las inmediaciones.

El solícito arquitecto, ansioso de que su obra no dejase nada que desear, debió de tomar todas las precauciones para evitar que algún viajero sibarita se entregase a los nefandos deleites del sueño. Atento a realizar su humanitario plan, dispuso que debajo de los dormitorios estuviese la tienda de comestibles y cantina, donde debían congregarse los mayores y trajineros para hacer sus libaciones. Gracias a esto, cuando alguno de esos holgazanes que viajan por puro gusto de viajar se mete entre las sábanas y pide a la almohada un poco de reposo, se ve de súbito sorprendido por chispeantes diálogos, por galanas disputas, por apóstrofes y blasfemias de aquellas que levantan ampollas, y adquiere preciosas noticias sobre mil asuntos que algún día podrán serle de gran utilidad.

Muchos viajeros¹⁵⁷, y entre éstos hube¹⁵⁸ de contarme, se dan a todos los demonios, y hasta sostienen que aquello no es teatro, sino morada de hombres cansados que anhelan soledad y silencio¹⁵⁹.

Todo en el mundo tiene remedio, hasta los insoportables ruidos de Unquera; y nosotros adoptamos uno eficazísimo, que consistió en despedirnos del parador, tomando al despuntar de un nebuloso día el camino de Pella Mellera, remontando el Deva.



149.- "nos honramos visitando" / 150.- "diligencias y carros" / 151.- Añade "florido".
152.- "ofrecen" / 153.- "nada de su" / 154.-"parecer" / 155.- "y el" / 156.- "y la"
157.- Palabra suprimida. / 158.- "tuvimos ocasión de contarnos" / 159.- "silencio y soledad"

San Pedro de las Vaderas

Aquel río¹⁶⁰, harto de salmones, es en extremo pintoresco. Todo en él es bonito, el agua y las riberas. Remansada aquélla en algunos sitios, en otros corre con ímpetu, arremolinándose en los¹⁶¹ pozos, bullendo en graciosas cascadas y mostrando en su superficie verdosa cambiantes de luz y fajas luminosas semejantes a estelas de invisibles naves. La tierra ostenta magníficas praderas y bosques de seculares castaños, cuyos deformes troncos, torcidos y patizambos, parecen cuerpos de ancianos inválidos que apenas pueden tenerse; pero en sus ramas muestran tal cantidad de erizos, que¹⁶² es forzoso bendecir la senectud fecunda de aquellos Matusalenes cargados de descendencia.

En este valle aparece el verdor de los campos salpicado de piedras y manchas pedregosas; señal de la proximidad de los montes; pero, a pesar de esto, el paisaje es tan¹⁶³ alegre como extenso y variado, contribuyendo a ello la amplitud de¹⁶⁴ horizonte y el grandor de los términos.

La carretera ofrece una particularidad notable, y es su pendiente inútil en la margen izquierda para bajar después, no existiendo razón que justifique tal trazado. Estos son los inconvenientes de entregar las obras públicas a ingenieros enamorados, que hacen esclavos de su insensata pasión a los inocentes traficantes y pasajeros, pues, según la pública voz, la incomprensible cuesta de San Pedro de las Vaderas no tuvo otra razón de ser que la existencia de una casa a la cual iba el ingeniero con más frecuencia de lo que sus ocupaciones consentían. Es lamentable que aquel hombre sensible llevara su¹⁶⁵ galantería hasta el punto de¹⁶⁶ hacer desfilar a todos los viajeros de Peña Mellera¹⁶⁷ bajo las ventanas de una dama. Grande homenaje se debe a la hermosura, pero no tanto.

160.- Es también río de truchas y anguilas. / 161.- "hondos pozos" / 162.- "no se puede menos de"
163.- "sumamente alegre y variado" / 164.- "del" / 165.- "desvíos amorosos"

Panes

Panes, humilde pueblo enclavado en territorio de Asturias, nos ofrece dos hileras de casas modestas y alegres, y algunas personas amables que nos brindan hospitalidad generosa; pero no podemos detenernos, porque la atracción de la Hermida, irresistible como el vértigo de los abismos, nos llama hacia adelante, y es forzoso dar el gran paso antes de que decline el sol. Seguimos avanzando, y de pronto todo cambia: país, suelo, ambiente, luz. Parece que se acaba el camino y la tierra habitable. Enormes piedras altas, flacas, puntiagudas, escuetas, hurañas¹⁶⁸, nos salen al paso, mejor dicho, nos lo cierran. Vemos frente a nosotros una horrible boca, una grieta, cuya profundidad se ignora. Vacilamos un instante; pero viendo que el camino entra, entramos también, llenos de asombro los ojos y con algo de miedo en el corazón. Durante largo rato los tres viajeros nos miramos en silencio.

166.- "obligar a todos" / 167.- "a pasar" / 168.- "ceñudas"

Las Gargantas

Llaman a esto Gargantas; debiera¹⁶⁹ llamársele el esófago de la Hermida, porque al pasarlo se siente uno tragado por la tierra. Es un paso estrecho y tortuoso entre dos paredes, cuya alta cima no alcanza a percibir la vista. El camino, como el tío, va por una gigantesca hendidura¹⁷⁰ de los montes resquebrajados. Parece que ayer mismo ha ocurrido el gran cataclismo que agrietara la roca, y que de¹⁷¹ ayer a hoy no han hallado¹⁷² las dos empinadas márgenes su posición definitiva. Todo se mueve allí¹⁷³ como si no tuviera base. La vista no puede convencerse de que aquellas ingentes baldosas que se han puesto en¹⁷⁴ pie puedan permanecer así mucho tiempo. Allí el pánico que precede a los grandes desplomes es permanente, y el viajero anda en perpetuo susto, viendo¹⁷⁵ una cordillera suspendida sobre su cráneo¹⁷⁶.

En algunos sitios, la enorme muralla deja de ser vertical y se inclina hacia afuera¹⁷⁷, amenazando; en otros se tiende hacia atrás como para abrir paso; toda la roca es blanda, y en sus agujeros crecen árboles negros. Allí no hay tierra sino en mezuquinos huecos y grietas, y a¹⁷⁸ ella se agarra la vegetación, hambrienta y desesperada. Hasta en lo más alto se ven árboles entecos, que parecen trepar, asidos unos a otros, poniendo en tierra un pie o una mano, y en algunos sitios todo se derrumba, plantas y piedras, en espantosa caída.

El rumor del río, lento, igual siempre, monótono, acompaña todo el tránsito, y se le oye como la respiración de aquel abismo cuyos hondos pulmones mueven una y otra corriente de aire en las cañadas angostas cual¹⁷⁹ las sendas de la virtud. También allí tiene afluentes el Deva. Mira uno a derecha o izquierda y ve bajar despeñado, insensato, furioso, un arroyo, mejor dicho, un chorro, que rompe su cristal espumoso contra mil peñas que a cada paso quieren detenerle. Por otros lados, los arroyos son quietos y mudos, porque son de piedras diversas y cantos rodados que en tropel¹⁸⁰ descienden de las alturas. Les vemos inmóviles como catarata petrificada; pero cuando llueve ruedan con estrépito confundidos con el agua.

Los recodos y ángulos de esta horrible grieta suspenden y embargan el ánimo. Dijérase¹⁸¹ que acaba el camino y que hemos llegado al último punto de tan angustioso viaje; pero la angostura sin fin da una vuelta, y nos muestra algunas varas más de terreno llano, y nuevas murallas, nuevas amenazas de peñones gigantescos colgados del cielo. Allá arriba, en lo más remoto, cuando las montañas no pueden subir más alargan desnudos picos, manos convulsas que increpan al¹⁸² cielo con gesto terrible¹⁸³; pero no es fácil precisar la forma de tan extraña crestería, porque ni siquiera parece fija, sino movable como un erizamiento de cabellos desgredados que el viento agita o la hinchazón irregular y caprichosa de gigantesca espumas.

Si en algunos lugares del paso no se ve nada más que un muro vertical, en otros las atrevidas torres, los minaretes, los chapiteles y agujas de mil facetas dejan atrás la arquitectura más variada y rica. Bóvedas y grutas se encuentran a cada paso y monolitos inmensos, que semejan¹⁸⁴ hombres gravemente sentados o dioses reunidos en corrillo. Gran parte de lo que por muchos siglos estuvo en lo alto se ha des-

peñado y ha caído al suelo; aquí¹⁸⁵ y allá yacen enormes pedazos a semejanza de ídolos rotos que obstruyen el paso del río.

La imaginación se excita, y el sublime espectáculo que ven los ojos se aposenta dentro del cerebro con tanta fijeza que al fin parece que todo es obra del espectador mismo¹⁸⁶, una grande y tormentosa fantasmagoría de masas en lucha, como las que se revuelven en las angustiosas cavernas de una pesadilla.

Se llega al fin a un punto en que las montañas¹⁸⁷ nos dan algún respiro, separándose un poco. De su seno pedregoso nace ante nuestra vista un pueblo con media docena de casas y un establecimiento de baños. Aquí el agua no podrá ser fría, ni aun tibia como en otras partes, y mana hirviendo y humeando. Estamos en La Hermida.

169.- "también puede llamársele propiamente el" / 170.- "hendedura" / 171.- Añade: "de ayer a".
172.- "aún" / 173.- Añade "allí". / 174.- "de pie" / 175.- "porque una cordillera está suspendida"
176.- "cabeza" / 177.- "fuera" / 178.- "y la vegetación se agarra a ella" / 179.- "como"
180.- "descienden en tropel" / 181.- "Parece que se" / 182.- "el" / 183.- "terrible gesto"
184.- "parecen" / 185.- "por lo cual se ven enormes trozos" / 186.- "y que no hay nada sino una"
187.- El pueblo está a ciento diez metros sobre el nivel del mar.

La Hermida¹⁸⁸

Cuando se fundó este lugar debía estar ya ocupada toda la haz de la tierra y no existir un solo pedazo de suelo donde poner la planta. Sólo así se comprende que haya un pueblo en medio de las Gargantas. Verdad es que el rico manantial de aguas termales disculpa este escandaloso lujo de colonización. A La Hermida, durante el verano, suele bajar el sol con gran contento de los vecinos, pobres anacoretas o quizá hombres llenos de pecados que anhelan limpiarse de ellos con acerba penitencia.

El establecimiento de baños es muy semejante a los que debieron de estar en moda en tiempo de nuestro padre Adán. Los bañistas, si quieren serlo, se sumergen a la intemperie en anchas cubetas, libres de todo miedo a los aires colados. Luego pueden ponerse a secar al sol, como ropa, y si después de esto se curan, ya no tienen razón alguna para dejar de creer en los milagros. Es en verdad muy sensible que perteneciendo las aguas de La Hermida a una persona muy ilustrada y rica no exista allí un establecimiento siquiera como los peores de nuestro país. En este caso¹⁸⁹, los manantiales hirvientes serían apreciados en su justo valor, y aquella solitaria Tebaida recibiría visitas de gente sentimental o enferma, convirtiéndose en lugar de peregrinaciones estivales. Tal como hoy está, ofrece La Hermida un ejemplo arqueológico del sistema de hidroterapia¹⁹⁰ empleado en los tiempos que llaman prehistóricos; y si esto no carece de encantos para ciertos turistas¹⁹¹, es con la condición indispensable de estar allí poquísimos tiempo, el necesario tan sólo para ver cómo se baña la gente y poderlo contar después.

La ermita de San Pelayo es, después de la iglesia de Lebeña,¹⁹² el edificio de más importancia que se encuentra en todo el trayecto de las Gargantas, no inferior a cuatro leguas. Difícil es saber quién es el santo allí venerado; pero debió de ser hombre muy grande, a juzgar por sus lágrimas, unas piedras mayores que la iglesia.

Lebeña¹⁹³ tiene mejor situación que La Hermida. Está en sitio algo más abierto y en un repecho adonde no es fácil pueda llegar el Deva cuando lo hinchán las aguas de invierno; pero aún así, es muy digno¹⁹⁴ de lástima todo ser¹⁹⁵ a quien tocó nacer en tal pueblo, a pesar de que debe suponersele¹⁹⁶ bajo el amparo de San Pelayo, que lloraba montañas. Si en verano se le caen a uno encima las dos filas de inmensos peñascos, puede suponerse cómo serán aquellos lugares en invierno, cuando está oscurecido el sol durante meses largos¹⁹⁷; cuando los vientos silban dentro de la angosta cañada, soplando en ella como en una corneta, y cuando caen chorros

188.- Sobre este lugar y su balneario véanse: "Pedro Sánchez" (José María Quintanilla), "De balneario en balneario", *Nueva Guía de Santander y la Montaña* (Santander: Blanchard, 1892) 159-164 y Rafael Fernández de Castro, "La Hermida", en *El Eco Montañés*, 9 de marzo de 1901, pp. 1-2. Desde el punto de vista literario puede consultarse: José María de Cossío, *Rutas literarias de la Montaña*, op. cit.

189.- "Entonces los manantiales" / 190.- "termalidad" / 191.- "viajeros"

192.- Rafael Torres Campos, *La Iglesia de Santa María de Lebeña* (Madrid, 1885). Ver también Elías Ortiz de la Torre, *Arquitectura religiosa* (Madrid, 1926).

de agua arrastrando piedras y murmurando imprecaciones por las laderas abajo, como condenados que van camino del Infierno.

En verano pasamos la famosa Garganta (también llamada Hoz de Potes), y no logramos salir de ella sin que se nos nublase el sol y se alterara la serenidad del día, haciendo de aquel antro una mansión de demonios. Una de esas tormentas que tan comunes son en el país cántabro nos sorprendió en Lebeña, atajándonos el paso; pero en realidad podría¹⁹⁸ perdonarse la contrariedad por la magnificencia del espectáculo y la grandeza del sonido, que nos daba idea de los ecos del valle de Josafat en el terrible¹⁹⁹ día postrero. El que no ha oído retumbar un trueno dentro de las angosturas de La Hermida no conoce el tono en que habla Jehová por boca de Isaías. El viento, penetrado por un extremo, recorría bramando todo el conducto, y parecía que sacaba de su asiento las deformes rocas. En todas las cuevas y en las grietas todas daba un grito para despertar a los duendes dormidos. Lo más importante²⁰⁰ era cuando en mitad del camino²⁰¹ se encontraba con otro viento que venía furioso por el lado Sur. Chocando uno con otro, como guerreros²⁰² iracundos, se revolvían allí con estrépito, haciendo remolinos y bufando de rabia, diciéndose las más atroces herejías y desgrediéndose con furor, hasta que el uno lograba vencer al otro, le hacía volver atrás y después le iba persiguiendo y dándole caza por toda la quebradura, sin cesar de hostigarle con tremendos resoplidos y balbucientes injurias.

También cayó agua, mas no quiso Dios que fuera en abundancia, y pudimos seguir. Comprendíamos lo que aquello²⁰³ será en las noches invernales²⁰⁴, cuando se desgajen en agua los cielos. Entonces, seguramente, no será fácil el paso, porque las empinadas cumbres de ambos tajos dejarán arrancar lo que en ellas existe de frágil y movable, y conmovidas²⁰⁵ la informe arquitectura y las góticas²⁰⁶ torres, sobre el camino y sobre el río lloverán catedrales.

Por fin, volvemos al mundo; por fin, nós arroja de sí el formidable monstruo de piedra que nos tragó, y ya Cillorigo nos muestra ancho espacio y tierras extensas donde puede espaciarse la vista. Parece, como he dicho antes, que despertamos de una pesadilla o que volvemos del letargo angustioso de una gran jaqueca. Los derrumbaderos y horribles precipicios de nuestro cerebro se disipan, y la dulce imagen de lo llano, de lo apacible, de lo apropiado a la planta y a la existencia del hombre, llena nuestra mente. Todo te anuncia ya, ¡oh, deseada Potes!²⁰⁷, villa ilustre y señora de estos adustos²⁰⁸ lugares.

193.- Pueblo de Cillorigo-Castro. / 194.- "digna" / 195.- "toda alma"

196.- "suponérsela"

197.- "enteros"

198.- "podía" / 199.- "famoso" / 200.- "Pero lo terrible era" / 201.- "garganta" / 202.- "impacientes guerreros" / 203.- "será aquello" / 204.- "de invierno" / 205.- "conmovida" / 206.- "góticos picachos"

207.- Sobre Potes, ver de Manuel Pereda de la Reguera, *Liébana y Picos de Europa* (Santander: Dip. Provincial, 1972) y de I. Llorente, *Recuerdos de Liébana* (Madrid, 1882).

208.- "agrestes"

Potes

Preceden a este singularísimo pueblo grandes viñedos en laderas no muy frondosas. Los bosques se ven²⁰⁹ a lo lejos, más allá de las alturas donde tiene su atalaya vigilante el buen Santo Toribio. Potes se vanagloria de poseer en su reducido término toda la flora de España²¹⁰. Sus viñedos dan un mosto mejor que el buen²¹¹ chacolí, fresco y puro como el de Burdeos. Sus olivares dan aceitunas como judías, y sus garbanzos, menudos como perdigones, son sabrosísimos sobre toda ponderación. Pero la gloria de Potes está principalmente en sus jamones, que si no llegan a los de Trevélez²¹², superan a lo mejor de Westfalia e igualan al nobilísimo de²¹³ York. Todo allí es bueno, aunque chico²¹⁴. El queso lebaniego, que se vende en los mercados de los lunes, es semejante en picor y horrible fragancia al más celebrado Roquefort.

La villa es indescriptible, pues faltan fórmulas a propósito para pintar las casas gibosas de la calle principal, estrecha y negra como alma de usurero. Hay, no obstante²¹⁵, algunas hermosas casas solariegas, y la plaza de soportales es no sólo transitable, sino buena y casi bonita. Desde allí se ve un torreón señorial de agradable aspecto y la grandiosa perspectiva de la montaña, cuyos grandes y escuetos picos blancos parecen dedos que están tocando el cielo. "Allí están los osos", nos²¹⁶ dicen; pero comúnmente²¹⁷ los que hablan de estos animales no los han visto más que en sueños.

La villa²¹⁸, sus habitantes y los campesinos de Liébana que se reúnen en ella los domingos no tienen semejanza ni parentesco²¹⁹ con las villas y gentes de la Montaña. La fraternidad administrativa no puede quitar a Potes su fisonomía absolutamente leonesa. Se ve en todo un sello y un colorido singular, que no pueden expresarse fácilmente sino diciendo que no está aquel país bajo el imperio de la vaca, sino bajo el de la oveja. Una de las cosas que más llaman la atención en esta villa es el predominio de la lana negra en los trajes de los hombres y mujeres, en los sacos de trigo, en las telas burdas que venden y hasta en los cordeles con que atan sus mercancías. El día de mercado, cuando se mira éste²²⁰ desde los balcones de la fonda, parece según la expresión de uno de mis compañeros de viaje, que se ha derramado un tintero sobre la plaza²²¹.

El grande y más legítimo orgullo de Potes es haber sido cuna del insigne Jesús Monasterio²²².

209.- "allá"

210.- Véase sobre el particular el trabajo de Manuel Lainz, en *Naturaleza y vida en los Picos de Europa* (Madrid: Incafo, 1981) 84-108.

211.- "mejor" / 212.- "Tréveles" / 213.- "estirpe" / 214.- "pequeño" / 215.- "sin embargo" / 216.- "le dicen a uno" / 217.- "pero muchos de" / 218.- "lo mismo que" / 219.- "alguno con los montañeses" / 220.- "la plaza" / 221.- "aquella"

222.- Sobre este célebre violinista y compositor puede verse la semblanza de Leopoldo Rodríguez Alcalde, *Retablo biográfico de montañeses ilustres*, Colec. Cabo Menor (Santander: Estudio, 1978) II: 107-110. Ver, igualmente, de José Montero Alonso, *Jesús de Monasterio, Antología de Escritores y Artistas Montañeses*, 40 (Santander, 1954).

Basta

Ha llegado la hora de desandar lo andado, poniendo fin por ahora a nuestra expedición. Otra vez será más larga, y arrancando de esta villa de Potes no terminará sino allí, en el más alto pico practicable de las Peñas de Europa, donde se forja el rayo y están en acecho las tempestades, aguardando el momento en que viven más divertidos los hombres para caer sobre ellos.

Volveremos a recorrer la garganta de La Hermida²²³, esta vez a la luz de la luna, que la alumbraba con tristísima claridad, semejando²²⁴ los tajos a gigantescos sepulcros de siglos, donde duermen el sueño eterno las edades pasadas. Pernoctamos en Panes; saludamos de lejos a Unquera, deseando muy buenas noches a los que se albergan en el parador, y, pasado el río Nansa y los dos puentes de San Vicente, llegamos a la bifurcación del camino. Preferimos el del interior, y visitamos a Treceño, Cabezón de la Sal, Casar de Periedo, Barcenaciones, Quijas y otros amenos lugares de esta deliciosa comarca, la más risueña de la Cantabria occidental.

He descrito a grandes rasgos este viaje, tan sólo por complacer a cariñosos amigos montañeses, y seguro de que no podría en manera alguna reproducir en el lenguaje escrito las bellezas y el inmenso atractivo del país cantábrico. Después de hecha la prueba, siento que mi primera resistencia hubiera flaqueado²²⁵ poniéndome²²⁶ en la tentación de probar fortuna. Tiene la provincia de Santander grandísimo estorbo para escribir acerca de ella, y es que los eminentes literatos montañeses han tratado²²⁷ con singular destreza cuantos elementos atesora, no dejando nada para los intrusos. Esto debe poner un gran recelo en el²²⁸ ánimo de todo el que quiera escribir de cosas santanderinas.

La naturaleza y el suelo todo de la Cantabria han sido descritos con poético y gallardo estilo por el insigne escritor don Amós de Escalante, y las costumbres rurales y urbanas de tan encantador país han sido pintadas magistralmente por la inimitable y seductora pluma de don José María de Pereda, a cuya generosa amistad debo las delicias de este viaje, realizado en su grata compañía, juntamente con la del señor don Andrés Crespo.

En lo relativo a la erudición y arqueología montañesa, hay muchos y muy buenos escritos del mismo Escalante, de Asas, de Ríos y Ríos, de Menéndez, de Leguina, Casa-Mena y otros. De modo que para los advenedizos queda muy poco. Bien sé, pues, que no añado nada, absolutamente nada, a lo que los montañeses saben de su país, y que muy poco enseño a los extraños que no lo conocen; pero no estaba en mí escoger la prueba de consideración más apropiada a preciosas amistades de aquella tierra, y he tenido que tomar ésta que fácilmente se me venía a la mano, y cuyo único valor consiste sólo en la gratitud que representa.

Septiembre de 1879²²⁹

223.- "y la pasamos" / 224.- "asemejando" / 225.- "enflaquecido" / 226.- "cayendo" / 227.- "explotado" / 228.- "al ánimo"

229.- Fecha de la última corrección de Galdós.



II

OTRAS PÁGINAS

1.-Santander*

I

Esta región, y las que le siguen por Occidente a lo largo de la costa, es decir, Asturias y Galicia, son las más pacíficas de la península, las más sufridas y también las más disciplinadas, administrativamente hablando. En casi todas las provincias que se extienden desde los límites de Vizcaya hasta el Miño, dominan las ideas liberales; las contribuciones se pagan con la mayor puntualidad posible, lo mismo en sangre que en dinero, y las algaradas revolucionarias son insignificantes o nulas. La historia política en esta región es poco abundante en emociones, y nuestros gobernantes no tendrían tantos quebraderos si no hubiera en España más que montañeses, asturianos y gallegos, porque seguramente viviríamos entonces en el mejor de los mundos posibles. Importantes industrias dan vida a las poblaciones de toda esta costa; aunque aún no se ha llegado a un grado de potente desarrollo, el camino está abierto para ello. La agricultura es pobre; pero la ganadería da buenos rendimientos; el comercio toma de día en día mayor vuelo y la minería no le va en zaga. La cultura general está más extendida que en ninguna otra región de España y la instrucción popular es aquí una realidad. Pero lo característico de estas provincias es la virtud prolífica de su raza, la extraordinaria fecundidad de las mujeres, el progresivo aumento de la población. Ésta crece de tal modo, que no pudiendo sostenerse en el estrecho suelo en que ha nacido, se derrama fuera de él, se esparce y va a buscar medios de vida en países lejanos, determinando esas corrientes de emigración que tanto han dado que hablar y de las cuales quiero yo decir también alguna palabra.

Generalmente, se habla mal de las emigraciones. El patriotismo local ha agotado en contra de ellas todo el vocabulario de los términos ampulosos y lacrimatorios. Yo creo que las emigraciones son convenientes y que no debemos quejarnos de que nos toque una parte tan considerable en las pérdidas de población que anualmente sufre Europa. Pues si estas corrientes no fueran a crear riqueza en regiones apartadas, ¿de qué vivirían el comercio y la industria europea? El movimiento de emigraciones es tan antiguo como la historia, y con él se enlazan maravillosamente los más grandes progresos de la humanidad.

Concretándonos a nuestras poblaciones cantábricas, que son las que dan más contingente a las republicas americanas, vemos que gran parte de la prosperidad y del bienestar que hoy gozan estas nuevas provincias se debe al retorno de capitales¹.

Porque en esta emigración cantábrica hay que notar un fenómeno que suministra argumentos para su defensa. El emigrante montañés, asturiano o gallego, conserva siempre un vivísimo amor a su país y durante su vida de fatigas alienta la esperanza y el deseo de volver a él y establecerse en su villa o aldea natal. Muchos realizan este deseo y así vemos por todas partes, desde aquí al Miño, irrevocables testimonios de que se ha realizado bien. Innumerables son las casas de campo que en todo este país declaran la repatriación de las personas y la introducción de grandes y pequeños capitales. Multitud de negocios, multitud de industrias se sostienen con dinero de indianos y en las poblaciones del litoral hay buen número de estos señores que hacen vida cómoda y patriarcal, algunos trabajando hasta la vejez.

Es curioso observar los distintos países a que con preferencia se dirigen las corrientes de emigración cantábrica. Los montañeses tienen especial querencia por Cuba y Méjico. En esta República es tal el número de montañeses, que las principales casas comerciales de la capital y de Veracruz, Tampico, Matamoros y Mazatlán, son santanderinas; y es raro allí el capital que no tiene su origen en el trabajo de un hijo de esta provincia. Los asturianos se reparten entre las Antillas y las repúblicas hispanoamericanas. Los gallegos van de preferencia al Uruguay y a Buenos Aires y los vizcaínos parece que tienen especial cariño a Chile y el Perú. No es de nuestra incumbencia hablar de los beneficios que estos diferentes países pueden recabar de las remesas de seres humanos que les hacemos anualmente. Tan sólo nos corresponde juzgar las emigraciones desde el punto de vista puramente español y señalar el fenómeno extraño de que las provincias cantábricas, que son las más señaladas por la cuantía de las exportaciones de hombres, son al mismo tiempo las que tienen una población más densa. Pontevedra, que ocupa lugar preferente en nuestra estadística demográfica, está tan poblada como las regiones más ricas de Bélgica. Si la verdadera riqueza de un país consiste en su

1.- Sobre el tornaviaje de los capitales en Cantabria ver de José Ignacio Barrón García, *La economía de Cantabria en la etapa de la Restauración (1875-1908)*, Santander, Excmo. Ayuntamiento 1992.

población, fuerza es confesar que las emigraciones no dañan de un modo ostensible el capital de vida humana que han creado allí la fecundidad de la raza, lo apacible del clima y la fertilidad del suelo.

Quisiera hacer un estudio de las cualidades y condiciones especiales de cada uno de estos cuatro tipos de emigrantes, a saber: el montañés, el asturiano, el vizcaíno y el gallego; pero me falta para ello un conocimiento exacto de las localidades y de los caracteres. Al montañés le conozco medianamente y a éste me concretaré por ahora. Presumo que las diferencias entre este tipo y el de los vecinos no son muy grandes y que lo que de él se diga, sugerido por la observación, puede aplicarse a los demás sin ofender a la verdad.

II

El montañés es poco afecto a la agricultura y al trabajo sedentario. Su genio es el comercio y su pasión los cambios. En todos los tiempos ha mostrado su espíritu aventurero, aplicándose a las arriesgadas excursiones de nuestros primeros navegantes. Ha sido guerrero, en tanto que la guerra se presentaba como exploración de comarcas propicias al comercio. Ha sido también gran marino, por cuanto ninguna otra vía parecía, como la del Océano, apropiada a la satisfacción de su anhelo. Difícil sería señalar una región donde la lengua española se habla, en la cual no hayan existido siempre montañeses dedicados al comercio. En España misma, rara es la localidad donde el montañés no ha plantado su tienda; y hay comarcas, como Andalucía, donde todo el pequeño tráfico está en sus manos. Según la índole de cada uno, así se dedican a las grandes empresas o a las pequeñas; pero es justo reconocer que los primeros capitales del país se han condensado en la firma de algún montañés ilustre. Casi todos los que aquí han labrado grandes fortunas han traído de América la base de ellas. Otros la traen redonda y completa de allá. Son muy pocos los que vuelven con las manos vacías. El que tal hace es la deshonra de la raza².

En Santander abundan de un modo considerable los buenos capitales, labrados en América y aumentados después aquí. Los hay de distinta importancia, algunos muy grandes, muchos que podrían clasificarse en la áurea *mediócritas*, como producto de una ambición limitada y hasta cierto punto filosófica. En el resto de la provincia abundan del mismo modo. Todo el país está sembrado de fortunitas sanas, que se manifiestan claramente en hermosas y cómodas casas de un aspecto particular. Los habitantes de ellas proceden de las diferentes clases sociales, pues

2.- M. Pereda de la Reguera, *Indianos de Cantabria*, Santander 1968, y de Consuelo Soldevilla Oria, *Cantabria y América*, Madrid, Edit. Mapfre, 1992.

aquí no hay ninguna que exclusivamente dé su contingente a la emigración. En las clases más pobres, así como entre los señores o infanzones, rara es la familia que no tenga un indiano. Recorred todas las casas viejas y nuevas del país y no hallareis una en que no se os hable del hermano, del tío o del hijo que está en América. Ha llegado a ser la emigración como una función social, una necesidad doméstica. Cuando en alguna vivienda no se habla del hijo o del hermano expatriados, es que ha vuelto ya y anda por aquí disfrutando tranquilamente del fruto de su trabajo³.

Pero acontece que aquellos que han llegado a los más altos escalones de la fortuna, atesorando riquezas en ese grado que causa vértigos, proceden de la clase más humilde. Los grandes capitales del último tercio de siglo han tenido una niñez bien triste.

Uno de ellos, muerto hace poco en plenitud del bienestar y de los honores, propietario, naviero, industrial, Senador y no recuerdo bien si marqués, contaba con mucha gracia, que la primera moneda de plata que tuvo en su vida la recogió del suelo con los dedos del pie. De este modo, significaba que el calzado fue para él un lujo desconocido en aquella tierna edad.

III

Comillas, Castro Urdiales, Laredo, pueblos de esta provincia, son residencia de opulentos indianos, siendo la primera de estas villas la más caracterizada por la extraordinaria riqueza de los que han venido a ser sus señores. Comillas ostenta palacios en los cuales han tenido albergue los reyes y todo el personal de la corte. Allí se han dado fiestas de una suntuosidad verdaderamente regia, en las cuales los refinamientos del gusto y los derroches de la riqueza han llegado al extremo.

Aquí viene como de molde una anécdota que oí referir ha poco tiempo y reproduciré en confirmación de lo que antes he dicho.

Uno de los señores avecindados en esta alegre y venturosa villa de Comillas, hombre opulentísimo, generoso y afable, y que, además, posee una cultura nada común, padre de numerosa familia, bienquisto en el país, que le debe no pocos beneficios, adquirió no ha mucho una casa situada a media legua de la villa. Era lo que aquí se llama vulgarmente una casona, o sea palacio, infanzón, solar de la nobleza del país, edificio que en un tiempo fue morada de señores de abóengo y que después, con el transcurso de los años y las mudanzas sociales, vino a gran decadencia, precursora de la ruina total.

3.- Sobre la emigración escribió Pérez Galdós el artículo "Escenas marítimas. La partida de los emigrantes", *La Prensa*, Buenos Aires, 23 de noviembre de 1890.

Desde que el opulento indiano de nuestro cuento (que no es cuento) regresó de Méjico manifestó deseos de adquirir aquella casa; pero no pudo satisfacerlos porque los poseedores de ella no querían venderla a ningún precio. Pasaron años y más años sin que en ninguno de ellos dejase el tal de renovar sus proposiciones de compra, poniendo en práctica cuantos medios le sugería su astucia para vencer la resistencia del propietario de la finca. Por fin, la casa fue a poder de personas que creyeron buen negocio el deshacerse de ella, y, apenas indicado este deseo, el rico indiano se apresuró a celebrar la escritura y a entrar en posesión de la codiciada *casona*⁴.

Cuentan los que le vieron que en ningún tiempo, se había mostrado nuestro hombre tan expansivo, tan satisfecho como en la ocasión memorable de tomar las llaves de la casa y considerarse absoluto dueño y señor de aquellas piedras venerables, que no tardarían en caerse si la mano cariñosa del nuevo propietario no se apresurara a dar vida nueva al edificio con una inteligente restauración.

Antes de poner manos a la obra, el señor quiso celebrar su negocio con una gran fiesta. Hechas las obras provisionales para poder recibir en la casa a los convidados, invitó a lo más granado de la villa. Todos los hijos del propietario estaban presentes, y también sus nietos, que eran, según creo, en número considerable; también tomaba parte en la dichosa fiesta otro indiano de Comillas, amigo íntimo del anfitrión, pero mucho más rico que él y que todos los indianos habidos y por haber: un hombre cuya firma iba unida a considerables empresas marítimas y terrestres; el más afortunado y quizá el más hábil y atrevido de los negociantes españoles contemporáneos, hombre, en fin, que ha disfrutado en vida de los más grandes honores sociales, y que, a poco de morir, ha tenido el extremado homenaje de una estatua.

Hubo en la *casona* gran comida, y cuando llegó la ocasión del *champagne* el feliz propietario hizo levantar de la mesa a toda la concurrencia, y a todos, hijos, nietos, amigos, los llevó... a la cocina. Es ésta una destartalada pieza, que no tiene interés alguno arquitectónico, pero alguna clase de interés muy hondo debía tener para el señor de ella cuando de modo tan solemne reunía en la innoble pieza a sus convidados; ¿y para qué? Ahora lo veremos.

-Esta casa -les dijo entre jovial y conmovido- tiene para mí el interés inmenso de los recuerdos de la infancia. Cuando yo era muchacho, venía todos los días, descalzo, desde la plaza, a traer el pescado a esta casa. Tal comisión fue mi primer jornal durante más de dos años... ¿Veis el hoyo que hay en aquel rincón? Allí me sentaba yo a descansar de la fatiga del largo paseo a pie, a escape por tan mal camino, sin zapatos para el fango ni paraguas para la lluvia. Y los señores de esta casa eran tan buenos, que todos los días me daban de comer en aquel mismo sitio. La cocinera me alargaba el plato y yo lo ponía sobre mis rodillas.

4.- Sobre la arquitectura civil de Cantabria puede verse de E. Ortiz de la Torre, "El estilo montaños. Casonas montañosas", *Arquitectura*, VIII (1926) 451 y ss. y su monografía *La Montaña artística. Arquitectura civil*, Santander: Diputación Provincial, 1927.

Excuso decir que despachaba su contenido con un apetito voraz, que después no he vuelto a tener en mi vida.

-Bien me acuerdo de todo eso -dijo uno de los presentes, rompiendo el silencio general con que las palabras del dueño de la casa eran oídas-. Los más de los días le acompañaba yo... Sólo que me daba vergüenza de subir, y quedábame en el portal, esperándole. Por esto, rarísima vez participé de la comida. Cuando nos volvíamos solos, charlando y riendo, hacia Comillas, dábamos rienda suelta a la imaginación, y, considerando que aquella villa no era la más halagüeña para nosotros, hacíamos nuestros planes de emigración a América para trabajar, reunir dinero, volver ricos a nuestro pueblo... y comprar la *casona*.

El que esto dijo, poniendo tan agudo e interesante comentario a la revelación del rico indiano, no era otro que el opulentísimo capitalista de quien hablé antes, el hombre de extraordinario genio comercial que ha tenido, entre otros privilegios, el de que se le haya erigido una estatua poco después de su muerte, hombre que llegó a las vertiginosas alturas del poder financiero después de una vida consagrada al trabajo constante en diferentes empresas, y que dejó a sus hijos la enorme herencia de cuarenta millones de pesos, cifra hasta el presente no alcanzada por nadie en nuestro país.

He referido esta anécdota para demostrar el humilde origen de muchos que han venido a ser orgullo y sostén de estas humildes villas montañosas, y para que se vea que, generalmente, no se avergüenzan ellos de su humilde nacimiento.

Al mismo tiempo debo hacer constar que en esta provincia se ven a cada paso muestras muy prácticas del cariño que a su país conservan los montañeses ricos establecidos en lejanos países. Hay aquí muchas carreteras construídas con dinero de americanos. Rara es, aquí, la iglesia que no ostenta algo debido a la piadosa munificencia de estos señores, y algunos han dotado de escuelas al pobre vecindario de sus aldeas. Pero donde más se hecha de ver la influencia saludable del dinero de ultramar es en el caserío de las poblaciones. Bajo este punto de vista, las villas cantábricas tienen mucho que admirar, y ofrecen un aspecto hospitalario y alegre, que en vano buscaríais en otras comarcas de la península.

* Cfr. Benito Pérez Galdós, *Fisonomías Sociales*, Madrid, Renacimiento, 1923, pp. 39-49.

2.- Laredo*

Y a todas éstas no he dicho donde estoy, o, por lo menos, no he guardado al sitio en que escribo las consideraciones debidas, consagrándole algunas líneas. Esta es la nobilísima villa de Laredo, de ilustre abolengo, no tan célebre como Babilonia, Menfis, Atenas o Roma, pero poco menos tal vez.

Si no ilustran su nombre sonoros hechos, lo publican por todo el orbe en brillantes chapas de cobre los millares de latas de sardinas en conserva que su industria arroja a los mercados de Europa y América. En Buenos Aires no será seguramente desconocido el nombre de esta villa marítima, esencialmente pescadora e industrial.

Sus conservas han adquirido legítimo renombre desde que empezaron a competir con las de Nantes y Burdeos. Los ricos pescados y mariscos de esta costa, preparados para la exportación, constituyen la principal riqueza del país y son el sostén de infinitas familias. Por lo demás, no sería difícil encontrar, buscándolas bien, razones menos prosaicas con que enaltecer a Laredo y ponderar su nobleza. Es esta, quizá, la villa más ilustre de la Montaña y cuna de esa nobleza cantábrica que, a juzgar por lo mote de los escudos que aquí abundan tanto, se pierde en la oscuridad de los tiempos.

Los apellidos más alcorniados, que son al mismo tiempo aquí los más comunes, proceden de esta honrada villa, la cual ofrece aún por todas partes vestigios respetables de su rancia historia. Debo declarar que en pocas partes vi más escudos, empotrados en caducas fachadas de casas que fueron palacios infanzones, ni más edificios solariegos, de los cuales son muy pocos los que conservan apariencias de vivienda acomodada, hallándose la mayor parte ignominiosamente convertidos en cuadras, casas de labranza, fábricas y talleres más o menos vulgares.

Fue Laredo cabeza de la contigua Montaña, y centro de esta provincia cantábrica, cuando Santander, la capital de hoy, era un simple pueblo de pescadores, pobre, solitario, al amparo de su medio rústica, medio marítima abadía.

Laredo fue en la Edad Media y en los tiempos gloriosos de Isabel, Carlos y Felipe, el principal puerto del Norte de España.¹

* Fragmento final del artículo "La tenacidad guerrera", fechado en Laredo el 25 de agosto de 1884, incluido en el volumen *Política española* de A. Ghiraldo.

1.- Cfr. de Joaquín González Echegaray, "Demografía de la villa de Laredo en los siglos XVI y XVII", *Publ. del Instituto de Etnografía y Folklore Hoyos Sainz*, VIII (1976) 169-210. M. Vaquerizo Gil, "Notas sobre la decadencia de Laredo en la segunda mitad del siglo XVI", *Altamira*, (1974) 121-137. Ver también de Tomás Maza Solano, *Relaciones Histórico-Geográficas y Económicas del Partido de Laredo en el siglo XVIII*, Santander, Inst. Cultural de Cantabria, 1965-1972. Amós de Escalante se refiere a esta villa y su historia en *Costas y Montañas*.

3.-De Laredo a Santander*

En él (Laredo) desembarcaban los reyes cuando regresaban del extranjero, y las princesas austríacas que venían a casarse con nuestros príncipes. Aquí desembarcó Carlos V¹ cuando vino de Flandes, después de la abdicación, para retirarse al monasterio de Yuste. Había hecho un viaje largo y penoso desde Flesinga en las bocas del Escalda, y traía el buen señor un humor de mil demonios, el cual se exacerbó más cuando vio que en la villa, por descuidos del gobierno de Felipe, no había nada preparado para recibirle. Atormentado por la gota y la tristeza, el más grande hombre de su siglo debió pasar las de Caín en Laredo, y aquí fue donde su amargura pronunció la frase *levantaos galgos*, que Fernán Caballero recogió de un cuento popular en el cual se explica, de un modo epigramático, la exaltación de todos los montañeses al estado de *hidalgos* o nobles. Después el César tomó el camino de Castilla por Ampuero y los montes de los Tornos a salir a Briviesca y Burgos.

Esta era la vía de comunicación más usada, sin que esto quiera decir que existiesen en ella calzadas o sendas más o menos cómodas, pues en aquellos tiempos gloriosos los caminos no se diferenciaban mucho de los del tiempo de Tubal, primer morador de España, según Mariana.

Los pobres gitanos que acuden hoy a las ferias de los pueblos con propósitos de dudosa moralidad, los mendigos que recorren a pie las provincias y los labradores, arrieros y trajinantes que andan de pueblo en pueblo, ya en carromatos, ya *borricamente*, viajan con más expedición y comodidad, y con menos tropiezos y dilaciones que el César y Rey Carlos V, señor de media Europa, que tenía por cetro, al decir de un escritor, el eje del mundo.

Cerca de Laredo existe un ruinoso edificio, conocido aquí por el *Castillo de Madama*, donde es fama que vivió y acabó sus días la célebre Bárbara de Blomberg, madre de D. Juan de Austria². La vida de esta señora está rodeada, en la Historia, de cierto misterio, y no falta quien niegue en absoluto su existencia. Algunos historiadores buscan la madre del vencedor de Lepanto entre las damas de la misma familia imperial; pero nada de positivo hay sobre esto.

La tal doña Bárbara, que figura muy poco en todos los libros coetáneos que tratan del César, era de Ratisbona, hija de un comerciante o fabricante de paños, de familia al parecer no muy ilustre. Aquí vivió oscura y sin boato de las rentas que le pasaban los administradores del tesoro imperial, sin que ningún incidente senti-

1.- El emperador desembarcó en Laredo el 28 de septiembre de 1556. Ver Fernando Barreda, "Viaje de Carlos V a Laredo, camino de Yuste", *Altamira* T-2 (1950) 34-50.

2.- Sobre Bárbara de Blomberg, pueden consultarse los siguientes trabajos: E. Lozano Mateos, "Noticias documentales sobre Bárbara de Blomberg", *Altamira*, 1 (1968-1971) 15-138; M. Velasco Torre, "El testamento de doña Bárbara de Blomberg", *Altamira*, 2 (1968-1971) 107-160. Ver también *Costas y Montañas*.

mental ni dramático viniese a turbar públicamente la vulgar monotonía de esta existencia que no debió ser feliz.

Impacientes por llegar a Santander, nos alejamos de estos sitios, no por el camino que siguió Carlos de Gante, sino por el más transitado y alegre de la carretera que une a Bilbao con la capital de Cantabria. Bien pronto divisamos a lo lejos, desde la imperial del coche, la bahía de Santander, que sería la más hermosa de la Península si no existieran las rías bajas de Galicia, de que hablaré más adelante. Pero aunque ya la vemos, muchas vueltas hemos de dar para estar cerca de ella, y mucho hemos de andar después para rodearla toda y llegar al término de la presente excursión. Antes de detenerme, quiero hacer una salvedad, y es que me será muy difícil ser completamente imparcial hablando de Santander y de los montañeses, por el mucho cariño que tengo a este pueblo, mi cuartel de verano, mi refugio contra el calor desde hace catorce años. Esto y los buenos amigos, la benignidad del clima y las repetidas expansiones del ánimo, han creado en mí una predilección especial que no puedo ocultar, y reconociendo las bellezas de toda la región cántabrica, pongo siempre en primer lugar las de esta provincia, así como en la preferencia que suelo dar a todos nuestros septentrionales, hago siempre una segunda selección en favor de los montañeses.

Esta es la primera plaza comercial de la costa cántabrica. Si Bilbao le gana en número de buques, Santander lleva la delantera en la importancia de las transacciones graduada por los rendimientos de Aduanas, que suben aquí a más de millón y medio de pesetas mensuales. Si el movimiento mismo domina en Bilbao, aquí prevalece el movimiento de los artículos que llamamos coloniales³.

Durante el verano, ésta es la principal estación de entrada de vapores-correos de las Antillas, a causa de las precauciones sanitarias que no permiten el arribo de aquéllos a los puertos de Cádiz y Barcelona. Las líneas españolas, la Trasatlántica Francesa, la Mexicana, de reciente creación, y otras dejan en esta ciudad, desde Junio a Octubre, un número extraordinario de viajeros procedentes de nuestras colonias y de la América Central.

Como residencia balnearia, Santander no iguala a San Sebastián ni en la importancia de sus establecimientos, ni en la cifra de forasteros que la visitan, aunque éstos aumentan de año en año⁴. No obstante, sus condiciones de clima son inmejorables, el país bellísimo, los habitantes hospitalarios. Depende la superioridad de Guipúzcoa en esta materia de que los vascongados han sabido entender mejor que los montañeses la explotación de los baños y la costumbre de la *villeggiatura*, estu-

3.- Ver sobre este particular, José Ignacio Barrón García, "La economía de Cantabria en la etapa de la Restauración, Colección Pronillo, Santander, 1992.

4.- Carmen Gil de Arriba, *Casas para Baños de Ola y Balnearios Marítimos en el litoral montañés, 1868-1936*, Santander, Universidad de Cantabria/Fundación Marcelino Botín, 1992.

diando y cultivando la industria de los alojamientos con el mayor esmero, para lo cual les sirven de mucho las continuas lecciones que en esto reciben de sus vecinos los franceses, grandes maestros en agasajar forasteros y en explotarlos dándoles todos los gustos y satisfacciones posibles.

Santander, ciudad puramente comercial, no ha comprendido hasta tiempos muy recientes, la importancia de estas industrias veraniegas. Su risueña playa del Sardinero⁵, que sólo tiene rival en la de San Sebastián, es uno de los sitios más frecuentados de la costa durante el verano. Como condiciones naturales, es este sitio incomparable, de una belleza sorprendente y apacible, combinación felicísima de campo y mar, con todos los encantos del bosque y todos los atractivos del paisaje oceánico. Lo que en el Sardinero es obra de los hombres, no corresponde ciertamente a las maravillas que ha puesto la naturaleza; pero hay no obstante, alojamientos cómodos y aun elegantes y algunos atractivos para entretener a las personas que no pueden hallar defensa contra el fastidio en los espectáculos de la naturaleza. El suelo y el clima son ideales en este privilegiado rincón de la costa, cubierto de vegetación amenísima, jardín suspendido sobre las olas, que disfruta la doble frescura de los arroyos y del mar. Las praderas terminan interrumpidas bruscamente por las peñas cubiertas de mariscos, y las flores descienden hasta la arena, confundiendo sus hojuelas con las conchitas nacaradas y de mil colores que ávidamente recogen y coleccionan los niños. Las vacas pastan a dos pasos del reino inmenso de los peces, y el pescador de caña y el pastor, esas dos entidades tan diferentes suelen verse reunidas aquí, en una pieza. Hay quintas hermosas y residencias agradabilísimas, grandes casas de baños, casino y muchos cafés; pero aún falta bastante que hacer y que mejorar, para que el Sardinero sea lo que piden sus inapreciables ventajas naturales. Todo el lujo que aquí hay lo ha puesto la Naturaleza; el hombre no ha puesto aún más que un pasar mediano y una comodidad limitada y *bourgeoise* pero como las exigencias del público crecen de día en día, como el gusto de alojarse bien y de la buena casa y mesa se educa y perfecciona lo mismo que el gusto artístico, es de esperar que los progresos de la instalación vayan en aumento, hasta que llegue un día en que el Sardinero no tenga nada que envidiar a los lugares frecuentados hoy por las familias más poderosas, que solicitan en todas partes mil refinamientos y saben pagarlos.

* W.H. Shoemaker, *Las cartas...*, pp. 113-116. Título dado por nosotros.

5.- Fernando Barreda, "El Sardinero", *La Revista de Santander*, verano de 1930, n° extraordinario, pp. 260-270.

4.-La emigración veraniega al Norte*

El calor agobia de tal modo a los madrileños, que la vida es en la heroica villa poco menos que imposible. La emigración al Norte, contenida por los extemporáneos fríos del mes de Julio, es ya verdadera desbandada. Lo que nosotros llamamos círculos políticos se traslada a San Sebastián y Santander. En la primera de estas poblaciones reside la Corte, en la segunda veranean hombres políticos de importancia, tachados de disidentes y a los cuales se atribuye el propósito de formar un nuevo partido. En esto hay más de fantástico que de real. El marasmo político del verano produce todos los años una opinión artificial que se disipa con las primeras lluvias de otoño. Es muy probable que los respetables personajes que han sentado sus reales en la ciudad cantábrica no piensen en extremar su disentimiento hasta el punto de separarse del partido liberal; pero los que desean barullo y buscan temas socorridos con que alimentar la curiosidad del público, interpretan las intenciones de los hombres eminentes a imagen y semejanza de las suyas. De aquí resulta que en estos meses calurosos, la política es un tejido novelesco, cuyas urdimbres sin consistencia no duran más que hasta principios de Octubre⁶. Los mismos fabricantes de este frágil producto no creen en él y mientras los inocentes consumidores reciben y gastan la tela, prepáranse las manos que han de destejerla.

**La Prensa*, Buenos Aires, 16 de septiembre de 1888.

6.- J. Alberto Vallejo del Campo, *Apuntes históricos del Santander alfonsino*, Santander, 1983; Benito Madariaga, *Real Sitio de la Magdalena*, Santander, Edic. Estvdio, 1986.

5.-Invierno en Cantabria*

Ya la nieve blanqueaba las altas cimas de Cabuérniga y los picachos de Liébana, ya las huertas habían dado su fruto sabroso, y sólo quedaba el que necesita un tardío veranillo para madurar. La castaña, la nuez, la avellana aún estaban verdes.

Ya las audaces lanchas no se atrevían a alejarse de la costa, por miedo a las repentinas *galernas* que tantas víctimas hacen todos los años, y muchos puertos eran inabordables para embarcaciones pequeñas. Los vapores trasatlánticos entraban en ellos con los masteleros calados y sin vergas de juanete, señal de la tremolina que traían desde cabo Ortegal. Algunos de ellos habían perdido un hombre en la tormentosa travesía. Tierra adentro, habían ocurrido descarrilamientos de trenes, por hundimientos de tierras en los inseguros terraplenes de las líneas recién construidas; vuelcos de diligencias, por haberse convertido en arroyos las carreteras, con otros muchos siniestros y calamidades que hacían aborrecible la vida andariega, recomendando la sedentaria.

Era la época del *Cordonazo de San Francisco*. La Naturaleza me convidaba a buscar refugio en las grandes poblaciones contra los propios trastornos de ella. No era ya tiempo de buscar recreo en las bellezas de la Montaña¹ y en las aún más grandiosas de Asturias y Galicia. Decidí que esta parte de mi programa se quedase para el año próximo en razón y tiempo más favorable y me vine a Madrid.

* * *

* *La Prensa*, Buenos Aires, 4 de diciembre de 1884. Título dado por nosotros.

1.- Este año, Galdós prolongó su veraneo en Santander durante el otoño.

6.-La batalla de Ramales*

Los que vivieran mucho verían extrañas cosas. Y como ante todo, ansiaba ver D. Fernando la grande empresa de Espartero y su gente ante las líneas de Ramales, una vez consagrados tres días a las más puras satisfacciones de su espíritu, abandonó las ociosas alegrías junto a su madre, para meterse en el fiero trajín de la guerra¹.

Cerca de Agüera encontró D. Fernando al coronel inglés Wilde, a quien había conocido en Logroño. Comisionado por el Gobierno de su país para estudiar la guerra, habíala seguido en todos sus accidentes desde Peñacerrada, compartiendo las fatigas y aun los peligros de nuestros soldados. Era persona muy simpática, instruida, de finísimo trato, y habiéndose propuesto con tenacidad sajona dominar la lengua de Castilla, andaba ya muy cerca de conseguirlo sin perder su nativo acento. Con él iba un capitán de la misma nación, que no había podido vencer aún, por el corto tiempo que llevaba en España, las dificultades elementales de nuestro idioma, y lo destrozaba graciosamente sin miedo al disparate, ávido de aprender, como se aprenden todas las cosas: errando. Ingleses y españoles celebraban la ocasión que les unía, y se concertaron para presenciar juntos las peripecias de la campaña de Occidente, como decía Wilde. Formando un cuerpecillo militar de siete hombres (con el criado de Calpena y los ordenanzas que el General había puesto al servicio de los extranjeros), se colaron en el teatro de la guerra, y su primer paso fue aproximarse a D. Leopoldo O'Donnell, que había sucedido a Van-Halen en el cargo de Jefe de Estado Mayor. Causaba espanto ver las posiciones ocupadas por los carlistas en los montes que rodean a Ramales y Guardamino; imposible parecía que de tales alturas pudiera ser desalojado un enemigo intrépido, que con tiempo supo plantarse allí, al amparo de rocas ingentes. Allí el arte militar semejaba al instinto guerrero de las bestias feroces. Hablando los ingleses con O'Donnell, que por la pinta y la serenidad flemática parecía más inglés que ellos, dijeronle: "¿Pero están ustedes seguros de poder ganar esos picachos, si en ellos los lobos tendrán que mirar dónde ponen la pata?"

-No estamos seguros de llegar arriba, coronel -replicó D. Leopoldo con la sonrisita que ponía en sus labios, así para los dichos triviales como para los que precedían a los grandes hechos;- pero subiremos hasta donde humanamente se pueda. Mis soldados no miden los caminos con la vista, sino con los pies, y no se hacen cargo de los peligros sino después de estar en ellos.

-Los que hemos visto la subida de Banderas -indicó D. Fernando-, estamos curados de asombro.

-Lloverán piedras seguramente -quiso decir el capitán inglés mezclando de un modo pintoresco las hablas española y británica. -La ventaja del enemigo es que no necesita gastar pólvora ni proyectiles.

1.- Sobre la batalla de Ramales durante la guerra carlista de 1839 pueden verse el *Boletín Oficial de Santander*, del 16 de mayo de 1839 y la referencia de A. Escalante en *Costas y Montañas*.

-Eso lo veremos -dijo D. Leopoldo.- Señores, con Dios. No puedo entretenerme.

-General, a sus órdenes. ¡Gloria a Dios en las alturas!

-Y paz en la tierra, etcétera... ¿La paz dónde está?

-Donde menos se piensa... aquí.

Siguieron faldeando el cerro, y a cada paso encontraban fuerzas acantonadas. Se había dispuesto que la división del General Castañeda con las tropas de O'Donnell, disputara a los carlistas las alturas del Moro y el Mazo, empresa que parecía fabulosa. Toda la tarde de aquel día la empleó la partidilla hispano-inglesa en enterarse de las posiciones del ejército constitucional: Ribero, con la Guardia, hallábase en la loma de Ubal, en observación de Maroto, que ocupaba el valle de Carranza. A Espartero no pudieron verle; pero se aproximaron a sus avanzadas en el camino de Ramales a la Nestosa. Pasaron la noche en la falda de Ubal, entre oficiales del 3º de la Guardia, y al amanecer del día siguiente, 27 de Abril, salieron en la dirección que se les indicó como más conveniente para encontrar a O'Donnell; pero no lograron su propósito, pues el que Wilde llamaba el gran irlandés habíase remontado en la vertiente de la peña del Moro hasta una altura en que era muy difícil alcanzarle ya. El tiroteo que desde las ocho empezó por diferentes puntos obligoles a buscar algún abrigo; procuraron guarecerse de las balas, ya que no podían hacerlo de la lluvia de piedras. En una y otra eminencia, el Moro y el Mazo, el vigoroso ataque subiendo era un prodigio de agilidad y serena bravura. La roca erizada de picos, ofreciendo a cada paso accidentes difíciles de franquear, cortaduras, grietas, cresterías inabordables, centuplicaba las fuerzas absolutistas y disminuía las liberales. Pero lo inverosímil se hizo verdadero poco después del mediodía. Cástor Andéchaga y Simón de la Torre no supieron sacar partido de sus admirables posiciones, y se las dejaron quitar, cumpliendo con una resistencia formal de dos horas. ¿Qué fue? ¿Cansancio, escepticismo, deseos de acelerar el desenlace que preveían y deseaban? Aun admitida esta causa del desfallecimiento de los facciosos, siempre era grande el mérito de los soldados de Isabel, que treparon por aquella escalera de piedras cortantes, con un precipicio en cada peldaño.

Faltaba un hueso muy duro que roer, pues los demonios de la facción habían fortificado una cueva que dominaba el camino entre la Nestosa y Ramales. Una pieza de a cuatro, que disparaban con metralla, era el monstruo de aquella caverna, apostado en su boca.

Allí no escapaban hombres ni ratas. Alentado D. Baldomero por la toma de las alturas del Moro y el Mazo, decidió apoderarse de la cueva, y embocando hacia ella ocho piezas de artillería, que fueron como otros tantos perros que atacaron al monstruo, y soltándole además lo más granado de la tercera división, hizo polvo al guardián formidable. Día bien aprovechado fue aquél: Espartero debió marcarlo con piedra blanca, pues entre sol y sol, peleándose con las montañas más que con los hombres, disputó y obtuvo los baluartes que convertían en gigantes a sus poseedores. Con esto les hizo pigmeos, y él adquiriría una talla que le igualó a la que había sido enemiga y era ya su aliada, la Naturaleza.

No pudieron los ingleses, con su agregado español, presenciar el ataque a la cueva, porque cuando llegaron al Cuartel General ya estaba todo concluido; pero lo oyeron relatar a Echagüe, capitán de Guías del General, y a un oficial de artillería, Osma, ambos partícipes de la gloria de aquella jornada. Al anoecer acompañaron a los vencedores a la cima de Ubal, donde Espartero mandó construir un reducto, cuyos trabajos se emprendieron sin dilación, alardeando todos de incansable actividad. Favorecíales una noche espléndida, que en aquellas alturas, dominando valles y montes, era de una majestad y belleza incomparables. En amenas pláticas la pasó D. Fernando con sus amigos Echagüe y Dulce, pronosticando glorias y venturas, brillantes acciones de guerra, precursoras de una dichosa paz. Al día siguiente bajó con los ingleses a Bolaiz, visitaron la famosa cueva², hicieron alto en todos los puntos donde encontraban oficiales conocidos, aquí Gándara, allí Linaje y Urbina. En los Valles ofrecieron sus respetos al General en Jefe, a quien hallaron contento, en estado de excelente salud, disponiéndose a embestir y ganar los fuertes de Ramales y Guardamino, con lo cual les aventaría (era su expresión habitual), obligándoles a replegarse a las guaridas de Vizcaya y Guipúzcoa.

A su amigo Ibero le encontró Calpena un tanto melancólico por no haber entrado en fuego en los combates del 27. Era de los que cuando no pelean, viendo pelear a sus compañeros, se juzgan ofendidos y hasta cierto punto despojados de lo que les pertenece. Hablando de esto y de las próximas luchas, las conversaciones venían a parar en cálculos diversos sobre lo que haría Maroto con sus veinticuatro batallones apostados en el valle de Carranza. ¿Aceptaría el reto de su grande enemigo? En la previsión de que se presentase en Gibaja, reforzó Espartero el extremo de su ala izquierda, tomando posiciones y fortificándolas bajo el fuego de las guerrillas enemigas.

En los primeros días de Marzo rompieron fuego las baterías contra Ramales, y avanzaron los batallones. No fue todo a pedir de boca, que algunos cuerpos retrocedieron, aunque sin desorden, y lo que se ganaba en una hora en otra se perdía. Pero a media tarde, los defensores del fuerte, viéndose amenazados por diferentes puntos y desmontada la artillería, se retiraron precipitadamente a Guardamino, situación más áspera, más defendida de la Naturaleza, y allí se encastillaron con la seguridad de que el hueso era de los que no podían roer los liberales sin dejarse en ellos los dientes. Ya se vería esto.

En efecto: no era blando el hueso, y dos días estuvo Espartero bregando con él sin obtener grandes ventajas. Pero el día 11, cargado ya el hombre de perder soldados, y movido de su valor impaciente, que no admitía largas dilaciones para satisfacer su anhelo, dispuso un ataque simultáneo contra todos los puntos en que presentaba el enemigo mayor resistencia, y con sus intrépidos Guías, el 2º de Luchana y la escolta, dio una de esas cargas que hacen memoria en los fastos militares. El

2.- Ver sobre el particular, de E. Herrera Alonso, "La batalla de Ramales, abril-mayo de 1839", *Altamira* (1976-1977) 369-385.

mismo peligro corría D. Baldomero que el último de sus soldados, pues el avance fue a la desfilada, bajo el fuego mortífero de los fuertes y de las trincheras abiertas por los carlistas en montes altísimos, que en algunos pasos ofrecían una verticalidad aterradora. Electrizados por la presencia y la actitud arrogante del caudillo, los soldados avanzaban husmeando la victoria, gozándola antes de obtenerla. Algunos caían, es verdad; pero los más andaban bien derechos. En lo mejor de la marcha, vio Espartero que una compañía bajaba en retirada; pero con unas cuantas voces, que si en otra ocasión podían ser innobles, en aquella eran la más gallarda de las imprecaciones poéticas, les obligó a volver caras. Adelante todo el mundo, sin miedo a la muerte; que allí no había que pensar en cosas tristes, sino en la grande alegría de arrojar al enemigo al otro lado de los montes, a la corriente del Cadagua... Adelante, pues, y vengan balas. Llegaron a un punto en que la desigualdad del terreno no permitía funcionar a la caballería. Los individuos de la escolta pidieron permiso para desmontarse y acometer a pie los parapetos desde donde los facciosos les abrasaban a tiros. Fue concedido el permiso, que Espartero no negaba nunca para los actos de temeridad loca. Los jinetes sin caballos no pudieron tomar a la primera embestida los parapetos; pero su ejemplo enardeció a los menos decididos, su locura se comunicó a los más sensatos, y a la segunda embestida, los carlistas abandonaron la indomable almena natural en que peleaban. En tanto, Linaje les daba un fuerte achuchón por la parte de Gibaja, y viéndose amenazados por el flanco, se retiraron de todo el monte, quedando Guardamino entregado a su propia fuerza. Mas era por naturaleza tan robusto, que a la intimación de Espartero para que se rindiese, contestó con un no redondo y procaz.

Era ya cuestión de tiempo y paciencia, el someter a tan fiero gigante, emplazando en las alturas toda la artillería de que Espartero podía disponer, y haciendo polvo con cañoneo constante la armadura de roca que el coloso vestía. Incansables, comenzaron por la noche la operación de subir las piezas; pero al amanecer del 12 hallándose el general en una ermita desmantelada donde pasó la noche, sin otro alimento que un pedazo de pan y un chorizo que llevaba en sus pistoleras, por cama la dura peña, por descanso la impaciencia ansiosa, recibió un parlamentario de Maroto con las condiciones para rendir el fuerte. Proponía que la brava guarnición de Guardamino, prisionera de guerra, fuese canjeada por igual número de liberales que los carlistas tenían en sus depósitos. Invocaba Maroto la humanidad, y por humanidad accedió D. Baldomero a lo que su rival le pedía. Todo el día duró el ir y venir de parlamentarios desde Carranza a la ermita, porque el Gobernador del fuerte no quiso rendirse sin que su General se lo ordenase directamente; pero al fin ello se arregló, y las comunicaciones mediadas entre ambos caudillos fueron afectuosas por todo extremo. Entregose, pues, Guardamino con su artillería, municiones, pertrechos y víveres. Los rendidos fueron inmediatamente enviados al cuartel de Maroto, que no tardó en pagar la carne facciosa con igual peso y medida de carne liberal. Alardearon uno y otro de hidalguía y generosidad. La victoria de Espartero fue de las más grandes que obtuvo en su gloriosa vida. En la elocuente

orden del día que dio a las tropas les dijo: "El enemigo no quiso aceptar vuestro reto para una batalla general. Encastillado en sus formidables posiciones, allí quería que se estrellase vuestro arrojo. Allí os conduje. Allí vencimos. Allí completamos su ignominia".

La brillante hazaña de Espartero sobre Guardamino fue presenciada por los caballeros de la trinca anglo-española. Marcharon en la retaguardia de la escolta, de tal modo fascinados, que no advirtieron el peligro hasta que no se hallaron en la imposibilidad de evitarlo. Tuvieron la suerte de salir ilesos, con excepción de Urrea, que recibió un balazo en el muslo, sin que le tocara el hueso. Perdió alguna sangre, continuó a caballo, y al fin de la jornada le curó veterinariamente un práctico del escuadrón. Hasta el día 13 no tuvo Calpena noticias de Ibero, que no había sabido hartarse del manjar de su gusto: peligro, temeridad, gloria. Entre él con los de Luchana, y Echagüe con los Guías, habían tomado los parapetos que decidieron la victoria... El hombre no cabía en su pellejo. No quería grados, no buscaba recompensas. Bastábale el gozo de haber empujado a la Libertad hacia las altas cimas donde debía tener su asiento, de haber arrojado hacia los valles cenagosos al monstruo del obscurantismo.

Maroto se internó en Vizcaya; Espartero, fijando en Ramales su Cuartel General, dio descanso a sus tropas antes de emprender la ocupación del país vasco-navarro, contando con el desaliento del enemigo y con la descomposición y ruina de su antes poderosa unidad. Pasado el temporal de agua que en lo restante de Abril y principios de Mayo entorpeció los movimientos, avanzó el ejército cristino hacia Orduña, que fue ocupada sin disparar un tiro.

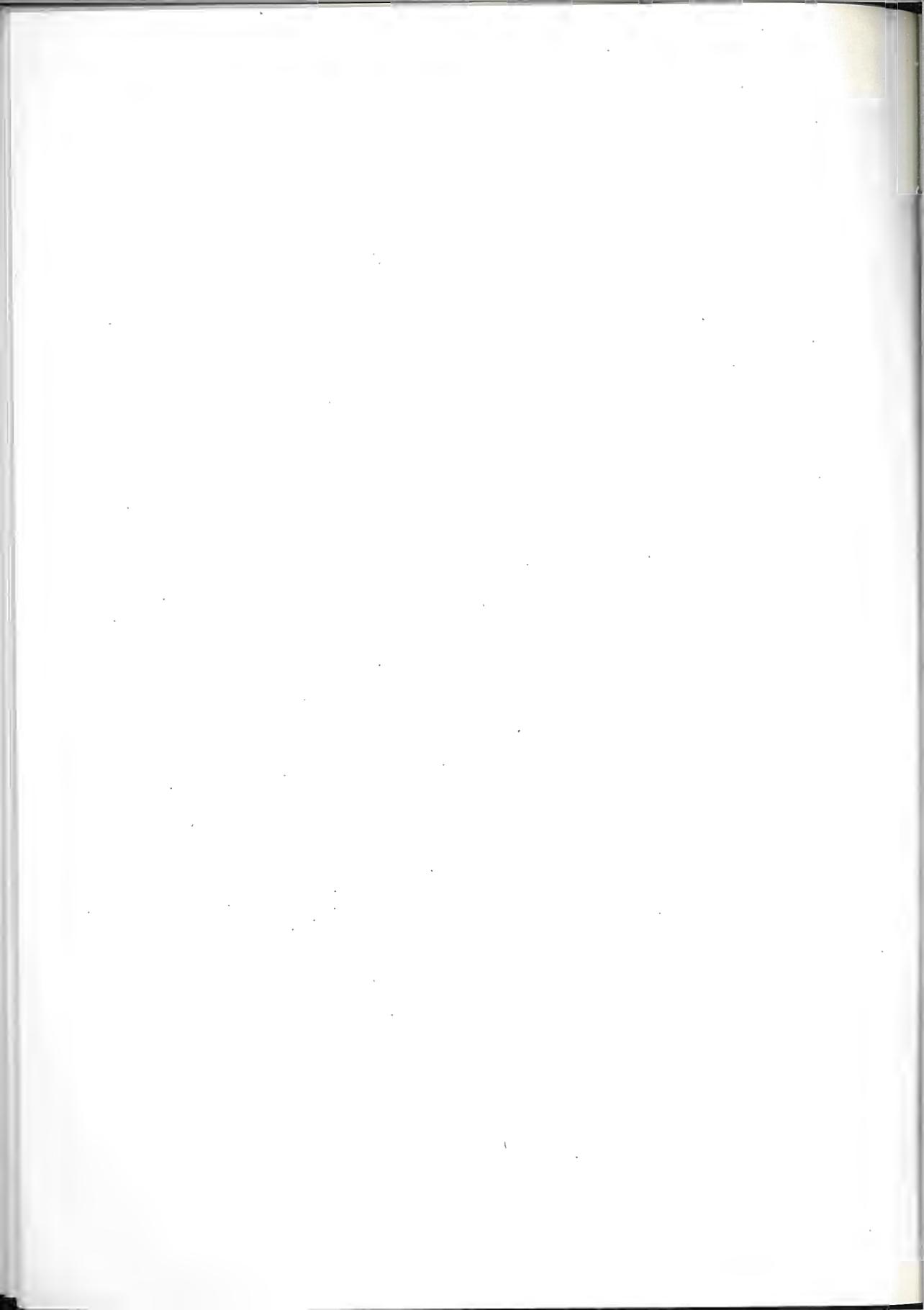
*B. Pérez Galdós, *Vergara*. Madrid, 1899, pp. 271-280. Título dado por nosotros al capítulo en esta antología.

C
UARENTA
LEGUAS POR
CANTABRIA A

Y OTRAS PÁGINAS



ÍNDICE



ESTUDIO PRELIMINAR	5
Pérez Galdós y Santander	5
El viaje por Cantabria	23
Otras páginas	28
Ediciones	29
Variantes	30
I- CUARENTA LEGUAS POR CANTABRIA	33
La Abadía	37
El Claustro	39
Alfoz de Lloredo	42
Comillas	43
San Vicente de la Barquera	46
Las Tinas	49
San Pedro de las Vaderas	52
Panes	53
Las Gargantas	54
La Hermida	56
Potes	58
Basta	59
II- OTRAS PÁGINAS	61
1. Santander	61
2. Laredo	67
3. De Laredo a Santander	68
4. La emigración veraniega al Norte	71
5. Invierno en Cantabria	72
6. La batalla de Ramales	73



Este libro se acabó de editar en
Santander el 28 de enero de 1996,
festividad de Santo Tomás de Aquino,
coincidiendo con el centenario de la fecha
en que Pérez Galdós estrenó su drama *Doña
Perfecta* en el Teatro de la Comedia de Madrid



El autor del estudio y notas del presente libro, Benito Madariaga, miembro de la Asociación Internacional de Galdosistas, ha publicado diversos trabajos relacionados con la vida y obra de Pérez Galdós, entre los que debemos destacar la *Biografía santanderina* del novelista (1979), *Galdós en la hoguera* (Tantín, 1994) y la edición de *Cuarenta Leguas por Cantabria* (1989), obra que tuvo una gran acogida por parte del público, hasta el punto de solicitarse su reedición y que ahora aparece de nuevo enriquecida con otras páginas referentes a diferentes comarcas de la región.

Biblioteca San Quintín:

Dirigida por J.R. Saiz Viadero

1-GALDÓS EN LA
HOGUERA

B. Madariaga

2-LOS VISITANTES DE
SAN QUINTÍN

J.R. Saiz Viadero

3- GALDÓS, EDITOR

M. I. García Bolta

4- CUARENTA LEGUAS
POR CANTABRIA Y
OTRAS PÁGINAS

B. Pérez Galdós



Biblioteca *San Quintín*



Dirección Provincial del M.E.C. en Cantabria